

EL REMO DE 34

JOAQUIM RUYRA



RIALP

JOAQUIM RUYRA

EL REMO DE TREINTA Y CUATRO

TRADUCCIÓN DE LUIS RAMONEDA

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

Título original: *El rem de trenta-quatre*

© 2013 de la versión en castellano, realizada por LUIS RAMONEDA,
by EDICIONES RIALP, S.A.
Alcalá 290. 28027 Madrid (www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN: 978-84-321-4264-2

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

A MODO DE PRESENTACIÓN

EL REMO DE 34

A MODO DE PRESENTACIÓN

Joaquim Ruyra i Oms es uno de los escritores más destacados de la literatura catalana. Josep Pla lo consideraba el mejor de su generación. Nació en Gerona el 27 de septiembre de 1858. Su padre era abogado y la familia poseía importantes propiedades. Su infancia y juventud transcurrieron en Gerona y en la villa costera de Blanes. Se familiarizó pronto con los grandes escritores clásicos —especialmente con Homero— y románticos. En 1874, inició la carrera de Derecho en Barcelona, donde conoce a Verdaguer, a Carner y a otros intelectuales. En 1879, regresa a Blanes, para ocuparse de la administración del patrimonio familiar y dedicarse a escribir y a pintar. A los treinta y un años, se casó con Teresa Llinás, de la nobleza catalana. En la revista *Joventut*, se publicaron sus primeras narraciones. En 1903, se edita *Marines i boscatges*, colección de relatos que se amplía en *Pinya de rosa* (1920) y se completa con *La parada* (1919) y *Entre flames* (1928). En ellos, describe con gran precisión, y con un realismo que se puede calificar de lírico, paisajes y costumbres de la comarca gerundense de la Selva, sobre todo del entorno marineramente de Blanes. También escribió poesía y alguna obra dramática y fue un destacado traductor y crítico literario, como se manifiesta en *L'educació de la inventiva* (1938). Solía pasar los inviernos en Barcelona y los veranos en Blanes, además de algunas estancias en Canarias, para recuperarse de los achaques de su frágil salud. Sufrió algún expolio al iniciarse la guerra civil y falleció en Barcelona el 15 de mayo de 1939.

La obra de Ruyra, no muy extensa, pero de alta calidad, ha sido poco traducida al castellano. *El rem de trenta-quatre* se publicó por primera vez en *Marines i boscatges* y es uno de sus mejores y más ilustrativos relatos. Con esta traducción, espero dar a conocer a un gran escritor, contribuir al enriquecimiento que la buena literatura aporta siempre a los lectores y ayudar a que, en vez de separación, haya acercamiento entre catalano y castellano parlantes.

Traducir a Joaquim Ruyra ha sido tarea ardua. Su catalán es muy rico y depurado y, además, suele usar abundantes términos y expresiones locales no siempre fáciles de definir ni de verter al castellano. Agradezco la ayuda de mi hermana Gloria, de Josep Maria Giralt Salvadó, de Fernando García-Nieto Porta y de su tío Joaquín Porta Echarte, que, casi nonagenario, sigue navegando por las aguas de Calonge y es el autor del dibujo de la *barca de mitjana* que figura en esta edición; y de Ricardo Vela García.

Para facilitar la comprensión del texto, he anotado —en notas a pie de página— el significado de algunas palabras de uso poco común, sobre todo de términos marineramente.

LUIS RAMONEDA (Madrid, octubre de 2012)

I



Puesto que siempre me pides que te cuente historias marineras —me escribió la señora Mariana Saura—, te narraré con pelos y señales un viaje que hice en barca de mesana[1]: un viaje de poca monta (no te hagas ilusiones); pero quiero contártelo con tanto detalle, con la ayuda de las notas recogidas en un memorial, que probablemente acabarás harto. Así tal vez no vuelvas a quejarte de mi parquedad.

Mi padre, como bien sabes, era patrón de barco y cubría la ruta de Alicante. Nacido en Blanes, se casó con una comerciante de granos, de Rosas, propietaria de una casita en el barrio mariner y de una viña en las afueras de la villa. Esto motivó que el matrimonio se estableciera en Rosas, desde donde mi padre siguió ocupado en la navegación de cabotaje[2] y amplió el negocio iniciado por sus suegros. Como era amo del cargamento y de la embarcación que capitaneaba, todo eran ganancias. Exento de fletes, en una época en la que el cabotaje era un trabajo lucrativo, puedes hacerte una idea de cómo supo sacarle provecho. Sus marineros tenían que ser de Blanes, porque pensaba que en ningún otro lugar del mundo nacían y se formaban hombres tan aptos para la vida marinera. Esta manía, mal vista por los vecinos de Rosas, provocó más de un choque con los patronos de Masnou, de Lloret y de otros lugares de la Costa Brava, defensores del honor mariner y de sus paisanos; pero se impuso a todas las desavenencias e incluso se hizo más obstinada e inflexible.

En la planta inferior de la vivienda, rodeada por un jardincito, estaba el almacén. Aquí arroz, allá algarrobos, más allá rollos de aros; en un rincón el trigo, en otro la alfalfa; utensilios de cerámica de diversos tipos, madera..., nunca estaba vacío. Bajo el dintel de la puerta, con vistas al mar, se solían cerrar los tratos. Mi padre, de pie, apoyado en la jamba, con las manos en los bolsillos, escuchaba pacientemente a los clientes, mientras fumaba con los ojos casi cerrados. Era hombre de pocas palabras: pedía precio y dejaba hablar. Después, llegaban las ofertas.

—¿Me lo dais por tanto?

—¡Sube!

—¿Por cuánto más lo queréis?

—¡Sube!

—¿Lo dejamos en tanto?

—¡Amarra!

Emitida la palabra *amarra*, la venta estaba hecha, pues era tan intangible y tan segura como si se hubiera firmado ante notario.

Mi padre era un lobo de mar, un hombre un poco extraño: más bien canijo, huesudo y flaco, con la cabeza grande, el rostro hurón y adusto y la frente surcada por penetrantes arrugas. Llevaba la cara afeitada, pero la barba le crecía debajo de la mandíbula como un collar. Tenía las cejas muy pobladas, juntas, y negras como el hollín, y solía observar de reojo, con una mirada que cortaba el aire. Ponle una pipa en los labios, añádele una voz carrasposa, vístelo con una camiseta azul, unos pantalones anchos de algodón y una gorra lanuda con una borla cimera, y..., tendrás su retrato. Pero le falta aún una peculiaridad destacable: andaba despatarrado, pero con tanta firmeza y aplomo, con los pies tan asentados que, al verlo, se comprendía que, aunque fuera empujado a traición, no se caería: caminaba siempre como quien está al acecho. Es lo propio de todos los marineros habituados a mantener el equilibrio sobre el puente de mando. Imagínatelo.

Nunca se reía. La calma y el mal humor eran en él inmutables. Sin embargo, a pesar de la aspereza de sus modos, me quería tanto que su voluntad era un juguete de la mía. No contaba con más parientes: como los otros hijos y la mujer habían muerto, concentró todo su afecto en mí. Era incapaz de negarme nada. Con una zalamería, una pataleta o una lagrimita, yo conseguía lo que quisiera. Si me hubiese empeñado, se habría dejado afeitarse los perigallos y habría dejado de fumar en pipa. ¿Pero por qué tenía que oponerme a sus caprichos? ¿Acaso no me gustaba que se respetasen los míos?

Crecí como los árboles ribereños. Se puede afirmar que yo misma organicé mi educación, porque mi padre solo se ocupaba de soltar pesetas («No te preocupes por el dinero: quiero los mejores maestros»). A coser, a planchar, a tejer, a hacer calceta o ganchillo, apenas aprendí. Sin embargo, soy bastante habilidosa para componer ramilletes y confeccionar bordados extravagantes, para tocar el piano y para pintar. Escribo correctamente, gracias a la cantidad de novelas que leí. Engullía todas las que me llegaban, pero las que dejaron más huella en mi imaginación fueron *Atala*, *Los viajes de Gulliver* y, sobre todo, *Corina* de Madame de Staël. Yo misma me consideraba una Corina, porque la forma artística preferida por mí no era la música ni la poesía, sino la pintura, en la que había progresado bastante, gracias a las enseñanzas de un anciano maestro, melencólico y misántropo, que, incomprendido por sus coetáneos, se vino a Rosas a lamentarse de sus sueños de gloria y de sus desengaños reales.

Mi especialidad eran las marinas. Me ensimismaba contemplando el riquísimo colorido del mar, su movimiento, las rocas que baña, el horizonte despejado, inmenso; las playas en las que el sol vierte su oro... ¡Qué maravilla estudiarlo, saturarme, soñarlo y, con los pinceles, plasmarlo sobre la tela! A menudo, me habrías encontrado en algún lugar de la costa con la caja de pinturas, la sombrilla, pintando o buscando perspectivas.

Los días de temporal, no podía quedarme quieta en casa. Bajo la lluvia, trepaba por las rocas enardecidas por el estruendo atronador del oleaje. Bajo la lluvia, y con el paraguas inservible a causa del vendaval, me entretenía, a veces, tomando unas notas, mientras el chaparrón me calaba de la cabeza a los pies. Lo que me llevaba a tales osadías no era solamente el interés por el apunte deseado, sino el convencimiento de que eran necesarias para responder dignamente al concepto de artista genial que había formado de mí. Era un alma apasionada, poseída por la ebriedad estética; por lo tanto..., que tronara, que relampagueara, que me empapara, que me enfriara, importaba poco, porque solo podía detenerme ante la belleza. ¡Cuántos engaños semejantes se representan en el corazón de cada uno! Ahora, cuando se ha enfriado aquella fiebre romántica y no pretendo ser más sabidilla que cualquier otra mujer de su casa, ¡qué ridículas me parecen aquellas inclinaciones!

Sin embargo, por muy extravagantes que resultasen, eran entonces el fuego de mi alma y el aliento de mi vida: lo sacrificaba todo por ellas y fueron el motivo por el que me empeñé en acompañar a mi padre en una de sus travesías: ¡un viaje en barca de mesana! ¿Hay algo más poético? Extiendes tus alas como un pájaro y te abandonas al soplo de la brisa por la llanura del mar. Las olas mecen tu sueño y, al despertar, percibes el armonioso movimiento del agua debajo del armazón en el que reposa tu almohada. ¡Y el espectáculo de la costa, del horizonte, del mar...! Era lo que me convenía: mi cuerpo y mi alma se irían acostumbrando... Lo necesitaba porque solo se puede pintar lo que se ha experimentado con pasión.

Primeros días de noviembre con el otoño en su plenitud. La *Santa Rita*, con la carga ya completa, se mecía fondeada a la espera del momento de levar anclas. Mi padre tomaba tranquilamente el sol junto a la puerta del jardín, mientras cebaba su inagotable pipa y, de vez en cuando, miraba satisfecho hacia la embarcación. Aún no le había hablado de mi antojo. Si me demoraba en planteárselo, perdería la oportunidad. Me lancé sin pensarlo dos veces. Me puse a su lado, apoyé la cabeza en su hombro y, tras dejar pasar un rato, le pellizqué la mejilla y le dije, con la sonrisa graciosa de un niño mimado:

—Mire, tengo un deseo: ordene que lleven mi equipaje a la *Santa Rita*, porque mañana me embarco con usted.

Jamás he visto una expresión como la suya al escuchar la propuesta. Aunque mi padre tenía un gran dominio de sí, no pudo evitar, por la sorpresa, que la pipa resbalara de su boca y le cayera sobre la pechera. Me asusté.

—¡Cállese, cállese...! —grité, mientras le tapaba la boca, temerosa de la andanada que me soltaría—. ¿No ve que se está quemando?

Le desabroché la camiseta para apagar las ascuas que le quemaban la ropa y sacudir la ceniza que la cubría. Mientras lo adecentaba, intenté convencerlo:

—No se oponga porque sería inútil. No es mucho lo que le pido: solo por una vez..., esta y nunca más. Y no me hable de peligros ni de incomodidades: lo he planeado todo al dedillo y... estoy completamente decidida. Desde hace tiempo, no pienso en otra cosa. ¿Y la alegría que me daría? Además, no soy una señorita melindrosa: ¿acaso mi sangre no es la suya?... Mi corazón es marinero como el de usted y adonde vaya, padre, yo

puedo ir también... Vamos, que no se le ocurra dejarme en tierra.

—¿No? —contestó con sorna, envolviéndome sombríamente con una de sus miradas más hurañas.

—¡No! —respondí resueltamente, pataleando y acariciándolo.

—¡Vete, vete, cabeza de chorlito! —exclamó mientras me rechazaba con los brazos—. ¿Has perdido la razón? ¡Que todas las mujeres sean fulminadas! ¡Todas!

Dio media vuelta y se fue, renegando, hacia la playa.

Aquel día no almorcé. Por la mañana, me quedé encerrada en mi habitación haciendo pucheros. Después salí, pasé de soslayo delante de mi padre, que estaba comiendo solo, crucé el jardín y me senté en el peldaño de la puerta con las piernas orientadas hacia la acera. Me tapé la cara con el delantal y adopté la actitud de quien sufre gran desconsuelo. No todo era comedia, pues veía frustrada la partida, y las lágrimas resbalaban por mis mejillas, aunque exageraba las muestras de dolor, porque, consciente de lo mucho que mi padre me amaba, sabía que así lo hacía sufrir y me vengaba. En aquellos momentos, hubiera deseado incluso morirme para que él, tan terco, desesperara. Si hubiera sabido provocarme un desvanecimiento auténtico y muy intenso...

Mientras tanto, mi padre, que había comido en un santiamén, se paseaba impaciente, arriba y abajo por el jardín, y callado como un muerto. Transcurrido un rato, salió a la calle —tuvo que cruzar junto a mí—, y sus pasos se alejaron. No obstante, supuse que no dejaría de vigilarme. «De cerca o de lejos, me observa —pensé—. Que vea que sufro». Y permanecí hecha un ovillo, tapada, retorciéndome... Así estuve durante toda la tarde; y el pobre hombre, que estaría sufriendo más que yo, al atardecer no pudo resistir por más tiempo. Regresó (lo reconocí por el ruido de sus pasos, porque, embozada de pies a cabeza con el delantal, no podía verlo); regresó, se dirigió hacia el comedor, subió al piso de arriba y se puso a gritar adrede para que lo oyera: —¡Paula!... ¡Juan!..., ¿estáis durmiendo? ¡Eh, espabilad...! ¡Recoged las maletas de la chica y a la playa! ¡Que las suban a bordo. Quiere ir a comer galleta, la insensata. Debe de estar demasiado bien en este mundo!, ¡maldita sea! ¡Válgame Dios...! ¡Que vengan el temporal y la tempestad! ¡A ver si nos ahogamos todos y los Saura se extinguen!

Yo lo escuchaba aguantando la respiración. Por un lado, me reía con disimulo por la alegría de haber logrado mi objetivo, pero, por otro, la ternura al sentirme tan querida conmovía mi corazón y se me humedecían los ojos. Percibí que mi padre bajaba hacia el jardín. «Tendría que levantarme y abrazarlo», pensé enternecida. Pero estaba avergonzada y no me atrevía a descubrirme el rostro. Él lo hizo de un manotazo.

—¿Hasta cuándo has de seguir llorando? —me dijo con entonación gruñona.

Me levanté sollozando y riendo, me aferré a los pelos de sus perigallos, tiré de ellos halagüeñamente..., y le di uno, dos besos...

—¡Basta, basta! —murmuró con su seriedad habitual—. Sécate las lágrimas, y... vete, que pongan la cena cuanto antes, porque estarás hambrienta y tenemos que acostarnos pronto, porque mañana hay que madrugar.

[1] La *barca de mitjana* o de *trâfec* era de vela latina, tenía dos palos y tres velas principales, se usaba para el comercio de cabotaje en la costa mediterránea y en las islas Baleares, con una capacidad que oscilaba entre 60 y 100 toneladas. Medía de 19 a 21 m de eslora. La tripulación solía constar de cinco marineros, a los que, a veces, se unía un capellán.

[2] *Cabotaje*: navegación o tráfico que hacen los buques entre los puertos de su nación sin perder de vista la costa, o sea siguiendo derrota de cabo a cabo.

II



Al día siguiente, embarcamos antes de que amaneciera. Levamos anclas al romper el alba, y, con un suave terral[1] que plisaba ligeramente las aguas del golfo, desplegamos todas las velas. Avanzábamos viento en popa sin balanceos ni cabeceos. El aire procedente del interior, fresco y oloroso como si acabara de levantarse de un lecho de hierbas húmedas, se deslizaba por encima de mí como una caricia; y yo le decía, sujetándome la falda ahuecada: —¡Ya basta..., oliscón!

Uno de los marineros, que oyó estas palabras, se echó a reír, y dijo:

—Dejad que os bese y abrace, mujer[2]. Este airecito es inocente como un niño y no creo que os acatarre. Dejadlo que os acaricie. Tened en cuenta que ha madrugado para despediros, mientras que en tierra todos duermen. Recibidlo como a un amigo.

—Efectivamente —comenté— no puedo reñirlo, ya que es el único de todos los hijos de la patria chica que se ha arrojado al mar para saludarnos.

—¡Ángela María! —asintió el marinero—. Y, al notar que mi padre daba un taconazo sobre el puente, corrió a sujetar un cabo, mientras gritaba: —¡No me olvido, no!

Aquel marinero era de Blanes, como el resto de la tripulación. Tendría unos cuarenta años y era alto, enjuto, con las cejas rubias y la mirada socarrona. Lo llamaban Vadó «Sietetrozos», porque parecía que estaba hecho con piezas mal casadas: al andar, los brazos le colgaban y se balanceaban, la cabeza se movía de aquí para allá y las corvas se le doblaban como goznes demasiado aflojados. Por carecer de caderas, la faja le solía resbalar en espiral hasta las piernas. La visera de la gorra se le ladeaba hacia una u otra oreja. Mi observación acerca de que los marineros suelen ser gente estable, de andar seguro, acostumbrados a resistir cualquier zarandeo, no sirve para Vadó. Todo lo contrario: no aguantaba un golpe de mar, sino que se sometía y se adaptaba a todas las ondulaciones, amoldándose a cada movimiento; sin embargo, esto no le impedía ser un buen marinero, competente, hábil en las maniobras y ágil como pocos para trepar por los mástiles y las entenas[3] como una ardilla.

Cuando me dejó, permanecí sola cerca de la borda de babor. No me podía arrimar, porque estaba cubierta por un rocío menudo y tupido, de un color gris metálico, que brillaba veladamente; no obstante, la marcha era tan suave que no corría ningún riesgo de perder el equilibrio. Mientras tanto, los gallos cantaban, allá en el pueblo, que se alejaba poco a poco. Era como si dijeran: «¡Adiós...! ¿Cuándo regresaréis? ¿Tardaréis mucho en volver?». Las casas blanqueaban sobre el azul apagado de las montañas, bruñidas por una vagarosa agitación de luz y de sombra. Algunas ventanas, con los cristales lavados por la aurora, brillaban como ojos ambarinos, entornados, demasiado somnolientos aún para mirar abiertamente. Todos los tonos eran delicados, tiernos, armoniosamente fundidos. Estaba encantada. Mi padre se acercó a mi lado, espatarrado, y me observaba a hurtadillas de vez en cuando.

—¿Qué haces? —me preguntó al fin.

—Miro el paisaje —le dije—, contemplo cómo va despertándose el pueblo... Qué maravilla... ¿Verdad?

—¡Uy! —exclamó, chascando la lengua—. ¡Cómo eres! Siempre deseas lo que no tienes. Ahora te fascinas mirando el pueblo, como si no hubieras podido hartarte después de estar allí durante toda tu vida. Entonces, ¿por qué has querido huir, cabeza loca?

—¡Oh, no me arrepiento en absoluto! Al contrario, ¡estoy contentísima...! ¡Sois un padre maravilloso! —exclamé, después de haberle dado unas palmaditas en la mejilla—. ¡Valéis más que vuestro peso en oro...! ¡Si supierais cuánto os quiero, papaíto!

La cara se le esponjó. Sus ojos reflejaban satisfacción y en su boca huraña se dibujó una sonrisa, aunque disimuló con una mueca. Tras lanzar un escupitajo, masculló:

—¡Va...! ¡Maldita sea...! ¿Has visto ya tu camarote?

—No, no me ha dado tiempo a ir.

—¡Claro!, como has tenido que efectuar la maniobra... ¿Se te han encallecido las palmas de las manos?

—¡Vaya, guasón! ¡Cuánta maldad se esconde bajo el frenillo de su lengua! No he tenido ocupadas las manos, sino otras cosas, ¿lo entiende? Estaba mirando...

—¡Cuánto habrás sudado! Ya veo que nunca estarás ociosa, si santa Lucía te conserva las herramientas con las que trabajas. Bueno, ¿cuándo tendrás tiempo para bajar al camarote?

—¡Qué prisas! Vayamos los dos, gruñón —dije—. Venga conmigo.

Y, casi abrazándolo, me lo llevé. Pero, tras dar tres o cuatro zancadas precipitadamente, refrenó mi impulso y se paró en seco.

—¡Para, para! No estoy para monsergas. Esto acabaría siendo un juego de criaturas. Pasas tú o pasará yo.

De todos modos, difícilmente hubiéramos podido pasar los dos a la vez, porque el sitio en el que nos habíamos parado estaba repleto de cabos, cadenas y rollos, que no dejaban más que estrechos pasillos. Cuando se lleva mucha mercancía, se añade carga de cubierta, que consiste en una estiba, tapada con trapos o esteras, por encima de la cual transitan los marineros, subiendo y bajando por sendas escaleras colocadas en cada extremo; pero, como en aquel viaje la *Santa Rita* no llevaba fuera de la bodega más

carga que una docena o docena y media de rollos de aros, no se habían estibado del modo habitual y se habían colocado donde menos estorbaran para maniobrar. Por esto, aunque uno podía moverse de un extremo a otro de la embarcación al mismo nivel, no encontraba muchos espacios libres de obstáculos.

Dejé pues que mi padre me precediera. Al llegar al tambucho, una estructura que se levanta con forma de caja delante del palo mayor, abrió la corredera y el portalón, y entró en un santiamén. Lo seguí y me metí también en aquel cubil. Bajaba de peldaño en peldaño, ya solo asomaban la cabeza y los brazos, cuando oí una voz infantil que me saludaba con marcado acento de Blanes:

—Buenos días, señora Anita.

Me volví y, en la cubierta, dentro de un barracón pegado a la banda de estribor, vislumbré el rostro tiznado de Miguelito Cadernera, el grumete, que estaba pelando patatas entre dos fogones encendidos que le canteaban la fisonomía.

—¡Hola, Cadernera...! ¿Eres tú? —grité—. ¿Qué haces?

—Preparo su menestra. Mirad: pelo patatas...

—¿Entonces eres el cocinero de a bordo?

—¡Caramba... No! No tanto, patrona. Digamos que soy... pinche de cocina: enciendo el fuego, venteo, barro, pongo el bacalao a remojo... Pero cocinar, no: de esto se ocupa Pablo Ternal, que tiene muy buena mano...

—¡Excelente noticia! A ver cómo nos tratáis.

El chico abrió un armarito, del que sacó un magnífico pollo desplumado y me lo mostró.

—¿Qué os parece?

—¡Anda! Si a bordo nos tratáis así, quién se sentará a la mesa en tierra. ¡Yo que pensaba que no comeríamos más que galleta y viandas saladas!

—¡Galleta para un viaje de dos o tres semanas, como mucho! Si fuéramos a América...

—Vaya, vaya. O sea, que no adelgazaremos. Me parece que me veréis a menudo por aquí.

—¡Ojalá!

—¿Te gustaría?

—Más que pan y miel.

—¿Por qué?

—Porque..., sin rodeos, patrona..., cuando estáis aquí, la cocina es el paraíso: solo con el olor de los armarios, el más desmedrado se reanimaría, ¡caramba! Y, cuando no estáis, no diré que nos morimos de hambre, porque restos para saciarse nunca faltan, pero ¡qué poco se asemeja a lo de ahora! Nos habéis traído el jueves lardero.

Entre risas, terminé de bajar. Al pie de la escalera, me esperaba mi padre que, en cuanto me tuvo a su lado, extendió los brazos, me mostró la diminuta pieza en la que estábamos y dijo entre majestuoso y burlón:

—La cámara capitana.

Imagínate una madriguera cuadrada, con el techo tan bajo que era imposible recorrerla

sin agacharse y cimbrear el cuerpo. El único punto en el que una persona podía mantenerse de pie y con la cabeza alta era debajo del tambucho, que servía de entrada y de tragaluz. Con dos pasos y medio, habrías medido el suelo de punta a punta. Sin embargo, como ya la conocía por haberla visitado en otras ocasiones, aquella cámara que tan pomposamente acababan de designar con el nombre de capitana, ni me gustó ni me desagradó. Tan solo me interesé por los muebles. En uno de los lados, había un coy[4] muy bien dispuesto, con el cubrecama rameado, la sábana limpia, la almohada con puntillas y una cortinita indiana. En otro lado, una jofaina de hierro con un cántaro de hojalata; un pequeño sofá que escondía, bien encajada debajo del asiento, aquella vasija que las persona elegantes usan y no nombran; y, colgado a una barra con una alcayata, un espejito, que si no te permitía contemplar la cara más que parcialmente, para compensar, multiplicaba las facciones de tal modo que, según como te situabas, te veías con dos narices o con tres ojos. En el lado de proa, había un perchero encortinado y, en el de popa, en una cavidad que se abría encima de un falso techo, mi equipaje: dos maletas, la caja de pinturas, la sombrilla, el taburete de tres patas... No se habían olvidado nada: dejaron incluso la caja de cartón con mi sombrero, un sombrero que mi padre me había traído de Barcelona por Santa Ana, tan repleto de flores y de colorines de un gusto tan pésimo que no me había atrevido aún a estrenarlo.

—Ya que no has querido eclipsar a las vecinas de Rosas —murmuró al darse cuenta de que estaba mirando la caja—, quizá en Valencia mostrarás más interés. Allí no saben que siempre has llevado mantilla y que tu madre solo la usaba blanca. Quiero que des el golpe, que vean que la hija de Saura es una señora como Dios manda. ¿Me comprendes?

—¡Bueno, bueno, sobre esto ya hablaremos en su momento!

—¿Cómo que ya hablaremos? ¡Ocho duros me ha costado y aún no te lo he visto exhibir!

—No sufra más. Vea.

Cogí la caja, saqué el sombrero y me lo puse allí mismo.

—A ver, ¿qué tal me luce? —dije mientras me dejaba caer en el sofá.

Mi padre se quedó boquiabierto, embobado, y movía la cabeza arriba y abajo como quien no sale de su asombro. Se notaba que buscaba una palabra de elogio, pero, al no hallar ninguna suficientemente adecuada, después de haber cogido aliento dos o tres veces sin encontrarla, asomó por el tragaluz del tambucho la figura desgarrada de Vadó «Sietetrozos», y lo llamó con toda el alma.

—¡Venid aquí, Vadó! ¡Bajad...! ¡Mirad! ¿Qué os parece?

Vadó se deslizó rápidamente por la escalera, resbalando por la espalda en los travesaños más que bajando con los pies; y, agachado y medio escondido detrás de mi padre, me miró ávidamente con sus ojos astutos, y dijo con la voz más tierna:

—¿Qué queréis que me parezca, maestro Saura? Veo que ha llegado la primavera y que este retoño ha sacado las flores que le correspondían.

—¡Muy bien dicho! —exclamó mi padre—. La cabeza y el sombrero parecen una única pieza. ¡Lejos de mí las señoronas de Rosas con sus caras ajadas y sus sombreros anticuados! —añadió, como si barrera a las aludidas con una mirada de desprecio—.

¡Fuera! Esto es resplandor celestial, ¿verdad, Vadó? Si la llevo un domingo a misa con este vergel en la cabeza y...

—¿Quién miraría hacia el altar? —apostilló «Sietetrozos» con tono compungido.

Entonces, mi padre encendió la pipa, y, con el dedo pulgar requemado, prensó el rescoldo, debajo del cual crepitaba el aire con cada chupada; después, se quitó la boquilla de los labios, escupió y se encogió de hombros.

—Lo malo es que todas las mujeres tienen algún tornillo suelto —murmuró—. Uno piensa que adivinará sus antojos, se gasta el dinero, ¡y hasta el día del juicio! No he podido comprender a ninguna. Vámonos, vámonos al trabajo, Vadó. Las embarcaciones son más fáciles de gobernar.

Vadó «Sietetrozos» se guardó la opinión acerca de este asunto; pero se pasó dos dedos por las aletas de la nariz, de un modo que expresaba cierta reserva llena de cavilaciones. Y sin alejarse de mi padre, me dedicó dos hondas miradas: una inclinando la cabeza sobre el hombro derecho y la otra inclinándola sobre el izquierdo, mientras los brazos zigzagueaban por delante del cuerpo en busca de la escalera y las piernas se le rezagaban inseguras.

Después de haber guardado el sombrero, con el propósito de no lucirlo más que en otras ocasiones semejantes, me tumbé en el sofá. ¡Me sentía maravillosamente! Como había madrugado mucho, el sueño cerraba mis párpados. La barca avanzaba con un movimiento suave que la balanceaba lentamente de popa a proa y la hacía crujir de un modo casi imperceptible, arrastrando una nota fina, que, con su larguísima prolongación y su perezoso decaimiento, describía musicalmente la bonanza que nos acompañaba. Me invadía el sueño. Aquel camarote pequeño y tranquilo, que flotaba sobre el agua y se alejaba de tierra, tenía un no sé qué poético que armonizaba dulcemente con las imágenes soñadoras que comenzaban a flotar por mi pensamiento. Sin darme cuenta me alejé de la realidad. Viajaba hacia un mundo desconocido, hacia un país de fantasía. Y así..., me dormí. No vayas a pensar que no se trató más que de una cabezada, no: el trance duró dos horas largas.

Una vez despierta y despabilada, me lavé y me encaminé hacia cubierta. Habíamos salido ya del golfo y navegábamos fuera. El mar era de un azul uniforme y purísimo, que contrastaba con los tonos dorados de los arenales y de las rocas, de los que nos apartábamos. El terral había dejado paso a un garbino demasiado novato para tener mucho empuje, pero que lo aumentaba al ir extendiendo su plácido vuelo por el espacio. La velocidad de la nave aumentaba paso a paso. El cabo de Creus se esfumaba, encogido... Los azules purísimos se ensanchaban.

Me puse a buscar un lugar retirado y un asiento; al darme cuenta de que el abuelo Mauva estaba sentado a sotavento, al pie del mástil mayor, me arrellané a su lado sobre un montón de cabos. El viejo estaba en ancas sobre el puente con las piernas cruzadas. Cabizbajo, con las gafas caídas hasta la punta de la nariz, con una aguja saquera y un dedal de corona en la mano, que apenas le cabía en la yema del dedo, remendaba unos pantalones.

—¡Hala, sastre!, aprovecháis el buen tiempo —dije—. El barco avanza como una oca

por un estanque, el mar solo ronronea como un gato que se duerme y el sol tiene un esplendor veraniego. ¿Quién diría que estamos en otoño? Vaya, no les he traído infortunio. Un tiempo así, ni comprado.

Mientras tiraba del hilo del remiendo, me miró por encima de las gafas, con una sonrisa bondadosa que dejó entrever sus encías azulinas, almenadas, con dos o tres dientes tiñosos y rotos.

—Sí —contestó—, buen tiempo para un paseo.

—Y mejor aún para un viaje —añadí.

—No diré que no sea ventajosa esta calma. Pero mira, mujer, tu padre no querría jamás un tiempo así. Al salir del golfo, hemos estado inmóviles durante más de hora y media. El viento que ahora sopla es avispado y va refrescando que da gusto, pero viene de proa, ¿comprendes? Hemos de navegar dando bordadas, estando pendientes de no ir a la deriva y de no orzar[5] demasiado, para no perder el rumbo. Cada paso nos cuesta cien zancadas.

—Vosotros hacéis como los payeses, que nunca están contentos del tiempo.

—No, a mí me da igual. Aunque, como estoy contratado a tanto por viaje, la duración me acorta el jornal, pero no me quita el sueño. Desde que se me murió la mujer, que bien haya, me da igual ser rico que pobre. ¿Para qué he de querer el dinero?

Se calló apenado y reemprendió la tarea. La costa se alejaba. Los azules purísimos se extendían.

—¿No tenéis hijos?

—Una hija casada.

—¿Entonces?

—No es lo mismo. Su marido la cuida. Yo... más bien sería un estorbo.

—¿Hace mucho tiempo que enviudasteis?

—El día de Santo Tomás se cumplieron ocho años de que lo supe, al regresar de un viaje.

—¡Vaya, cuánto lo siento!

—Sí, fue muy penoso. La había dejado en casa, sana y animosa. Estaba muy contenta, porque con el dinero ahorrado habíamos comprado una casita y un laúd, y yo hacía el último viaje para obtener unos artes de sardinal. ¡Ya no más viajes...! Viviríamos juntos. Yo sería pescador..., patrón de barcada... Un buen descanso. Mi viejecita me cuidaría, la tendría siempre a mi lado como un ángel de la guarda. Ella me lo decía con la mirada. ¡Cuántas cosas expresaban los ojos de aquella mujer! En el dintel de la puerta nos abrazamos sin pensar en malos augurios, y me dijo: «Tráeme melones de Alicante.» «De acuerdo, mujer.» ¡La sangre de las venas le habría dado, si me la hubiera pedido...! Sabes que soy de Blanes, ¿verdad...? Nuestra casa estaba junto al mar, en un extremo de la playa; en cuanto desembarqué, me fui para allá, con muchas buenas noticias en la punta de la lengua para alegrar el corazón de mi vieja. Llevaba el dinero en la pechera para enseñárselo enseguida: «¡Mira lo que he ganado!». A mitad de camino me acometieron dos vecinas. Me importaban un bledo. ¡Al diablo, con las fisgonas! «Tu mujer está enferma», me dijeron. Apreté el paso..., y ya no recuerdo qué más me

contaron, hasta que, cuando iba a llamar a la puerta, me dijeron sin rodeos: «Amigo Mauva, tu mujer ha muerto: la enterramos anteayer.» No podía creérmelo. Me parecía que oía sus pasos dentro..., y seguí llamando. Aún noto aquellos aldabonazos, en la boca del estómago. Nada: como golpear un sepulcro.

Cuando el abuelo concluyó el relato, no pude contener las lágrimas y, para disimular, miré hacia el mar y el cielo. Todo era azul: el verdadero país azul, purísimo, inmaculado.

—Pero, ¿por qué no vivís con vuestra hija?

—La chica se cansaría de mí. No quiero ser un estorbo. Con la mujer era distinto. Mira: era siete años mayor que yo y un poco jorobada; pero no la habría cambiado por la más joven y guapa del pueblo. Sus ojos me..., ¿lo comprendes...?, ¡me amaban! Desde que murió, mi vida carece de sentido. Lo he vendido todo: la casa, la barca..., y no tengo ningún deseo de desembarcar.

Una lágrima resbaló por su nariz y se paró en la montura de las gafas. Avanzando con las velas desplegadas por el país azul y desierto, la amorosa añoranza de aquel hombre desenraizado de la tierra me pareció tan santa, tan santa, que nuestra barca me recordó la que nos pintan los místicos, cargada de almas que van hacia el Paraíso. No dije nada más. El viejo, también callado, cosía el remiendo en sus pantalones con un repunte basto.

Las penas nobles traen al corazón un dulce reposo, como una aprobación celestial que hay que saborear en silencio. Mi alma se ensanchó por el espacio. Qué bien me sentía entre aquellos azules purísimos. La brisa zumbaba en el aparejo como en una gran arpa, esparciendo sordas armonías. Las olas se escurrían charloteando inarticuladamente como niños que gorjean. ¡Hacia allá, hacia allá...! Todo era hermoso, pero se añoraban aún ciertas bellezas presentidas. ¡Hacia allá, hacia allá!

De pronto, resonó en el aire un dejo en el que reconocí la voz aflautada de Varó «Sietetrozos». Sin embargo, no veía a nadie en parte alguna.

—¡Vaya! —exclamé—. Oigo el trino, pero no veo el pájaro por ningún lado.

—Es que la vela lo tapa —me dijo el abuelo Mauva—. El pájaro está en lo más alto del palo mayor. Ha subido a arreglar algo de una corona y trabaja debajo de la galleta[6], abrazado a la espiga[7] por encima de los calcés[8]. ¡Anda, fíjate en cómo baja!

En aquel momento, Vadó «Sietetrozos» descendió como una santateresa[9] por el aparejo.

—¡Hola, patrona! —gritó al verme—. Vengo de la montaña, donde los aires son tersos y abren un apetito de lo más endiablado. Si los caminos fueran más transitables, os diría que subierais... ¿Sabéis qué hora es?

—No, he dejado el reloj en el camarote.

—No hace falta que vayáis a buscarlo. Si algo nunca falta son relojes. Veréis como pronto habré encontrado uno.

Miró hacia la banda de tierra y exclamó:

—¡Vaya! Son solo las once y media. Y Pablo Ternal, que todo lo calcula según las manecillas de su reloj, no nos dará la menestra hasta que tañan las campanas.

—Pero, ¿dónde os han pintado la hora?

—En la sombra de las colinas, mujer. Si estuvierais enclavada como ellas, sin moveros

ni agitaros, vuestra nariz también la pintaría. El sol no engaña nunca: no hace como el ahílo que siempre va por delante.

A la hora prevista, comimos. La mesa consistía en un cuartel de batiporte colocado sobre un rollo de aros; pero, en cuanto estuvo dispuesta con el mantel, blanco como un copo de nieve, el aspecto era tan bueno como si la hubiera fabricado un ebanista de ciudad. Allí solo comeríamos mi padre y yo, porque los marineros preferían hacerlo por los rincones de la embarcación con el plato en la mano. Nos sentamos en los cajones de popa, con las piernas de lado porque no podíamos meterlas en ningún hueco. Yo tenía un vaso cerca del plato y mi padre un porrón azul, atado por el pico con un cordel, que servía para pasarlo de mano en mano. Entonces, apareció Pablo Ternal, andando con la majestad de un personaje que conoce su importancia: traía a pulso, entre las manos, la gran olla con el estofado: la dejó sobre el salvamanteles y la destapó con un movimiento del brazo, como si dijera: «Probadlo, relameos y decidme si no habéis encontrado la quintaesencia de mi arte».

Mi padre se llenó el plato hasta rebosar, probó una patata, torció la boca, arrugó la nariz, se dio media vuelta y, mirando a Pablo con ojos estrábicos, se quejó sin dejar de masticar:

—Está quemado como una chimenea.

Al oír estas palabras, Pablo, que esperaba un cumplido, palideció más que un envenenado. Se inclinó sobre la olla y, apartando con la mano el humo que desprendía, se la acercó al rostro y aspiró profundamente.

—¡Co... gines! —exclamó, desfigurando la palabrota que había comenzado a salir de sus labios.

Yo me partía de risa; el abuelo Mauva, que estaba en la caña del timón, soltó también la risotada; y Vadó «Sietetrozos», si no fuera tan descoyuntado, se habría dislocado las articulaciones, porque reía sin parar y cada vez con contorsiones más extravagantes. Pablo Ternal estaba desolado. Mi padre, serio como siempre, nos observaba con su oscura mirada, harto de tanta necedad.

—¡Vaya, no hay para tanto! —dijo al fin—. Una cosa es reír y otra hacer el indio. ¡Ya basta, Vadó, ya basta! ¿No os dais cuenta, bobo, de que, para un hombre, que lo vean aletear como un pollo a punto de cacarear, es un modo de rebajarse? ¡Dónde iremos a parar!

Pero Vadó «Sietetrozos» no era dueño de sí: sudaba de angustia, se le hinchaban las venas, cerraba la boca y adoptaba por unos instantes un porte compungido. Pero, inmediatamente, la risa volvía a abultarle las mejillas y tenía que soltarla, muy a su pesar, y lo sacudía de la cabeza a los pies. Al fin se levantó, huyó tambaleándose entre la carga, pero aún se oyó durante un buen rato un glu-glu, parecido al de una botella que se vacía borbollando.

Entonces mi padre se encaró con Pablo Ternal.

—Tenéis un gran defecto..., fijaos bien. Ya sabéis lo que os dije: entre hombres no es necesario hilar fino; pero hay una señora a bordo y quiero que se respeten sus faldas. De hablar, poco: ¿lo entendéis? En vuestra lengua, se crían los juramentos como setas.

Hacedle un nudo. Mira: no habéis pronunciado más que una palabra y por poco..., si no rectificáis a tiempo..., lo echáis todo a perder.

Pablo Ternal era un hombre robusto, tieso, de caderas abultadas, cuerpo ancho, piernas firmes y hombros a escuadra de un cuello siempre erguido. Tenía los ojos muy separados, asustadizos y azules, la piel enrojecida y las cejas blondas. Se dejaba un bigote también rubio, despuntado, áspero como hilos de esparto y recortado a ras de la boca en forma de dos cepillos. El resto de la cara estaba afeitado. En su cabeza destacaba una partición característica: la frente, abombada de lado a lado, formaba en el centro un hoyuelo vertical que, prolongándose, bajaba casi borrado por el caballete aplanado de la nariz, saltaba al labio superior, muy marcado entre las dos mitades gemelas del bigote, y se hundía en la ancha barba, surcada como un albaricoque; y, por detrás, completaban la prominente cabeza el cogote, dividido en dos ramificaciones robustas y redondas, y la crencha, que rayaba los oscuros cabellos pegados a cada lado del pescuezo con bandolina. Tras un primer vistazo, se descubría que tenía que ser presumido. Usaba gorrita de satén negro, vieja y deslucida, pero doblada cuidadosamente sobre la frente; pañuelo de seda deshilachado, ceñido al cuello con un nudo de carretero; chaleco desabrochado de cuadritos rojos, que mostraba la faja azul, que le abrigaba el cuerpo por encima del vientre, con el lado izquierdo adornado por una verdosa cadena de reloj, en la que tintineaban colgajos de medallas y de otras bagatelas; pantalones de pana, del color del musgo seco, gastados y amarillentos con roces producidos por el frotamiento, con un repulgo en los tobillos que mostraba el cuidado con que aún eran tratados; y, por último, botas de cuero recio, grandotas, pesadas, con doble suela claveteada y muy limpias. No vestía chaqueta y, a pesar del tiempo fresco, llevaba las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos, que mostraban unos brazos robustos, coloridos por la pelambrera rojiza.

En aquella ocasión, se notaba que su vanidad había sido herida; pero aguantó el chaparrón con cara de pocos amigos, sin mover un músculo. Intenté consolarlo en lo que más lo hería.

—Pablo —le dije entre cucharada y cucharada—, el estofado es de primera. Si no fuera por el tizón que el demonio ha metido en vuestros fogones para desacreditaros, os aseguro que habría sido un plato muy apetitoso y que todos lo habrían reconocido. Pero no temáis que vayamos a tirarlo. No sobraré ni gota. El ahumado se detecta solo tras la primera cucharada; después, el paladar va apreciando las calidades..., y cuanto más se come, mejor sabe. Las hojitas de laurel están en la proporción adecuada, el vino añejo bien medido y la sal en su punto. ¡Vaya estofado! Ya quisiera en mi casa una cocinera que lo preparara así, aunque me lo pusiera todos los días.

Estas palabras lo animaron en buena medida.

—No, mujer, no lo queráis alabar. Precisamente todo el mérito del estofado radica en el aroma, ¿lo entendéis? Ponedle cualquier mal olor, y, ¡vaya..., entonces, se puede echar a los perros! Si no se hubiera producido este contratiempo, sí que estaría en su punto. Pero la culpa no es mía: hay algunas tareas que han de encargarse al mocoso. ¡He de tirarle de la orejas, mal rayo me parta! Pero ahora quiero que prueben unas sardinas a

la marinera, ¡ya verán! Y si no, que me caiga aquí muerto repentinamente y con el alma condenada...

—¡Basta, basta! —lo interrumpió mi padre—. Ya os descarriáis, Pablo: más vale que digáis «cucharas». Pero será mejor que traigáis las sardinas y que hablen por vos.

Mientras tanto, llené el plato para el anciano Mauva y para Vadó «Sietetrozos» y se lo llevé adonde estaban.

—Dios te lo pague —me dijo el primero—, y el otro me piropeó:

—Nunca me habían servido manos tan bellas, patrona. Sea año de bienes.

Cuando regresé a la mesa, oí un gran estrépito por la zona del barracón que servía de cocina; pero, antes de haber podido preguntar, vi salir, por entre el mástil de mesana y un montón de rollos, un pie embutido en una bota claveteada, y al final de aquel pie enorme al pobre Miguelito Cadenera que, botando como una pelota, cayó de bruces a dos palmos de mí.

—¡Dale fuerte! —se quejó mi padre—. Así hay que hacer con los chicos que se distraen. Que aprenda a trabajar bien.

—¡Esto es demasiado! —repliqué mientras acudía a ayudar al chico, que se levantaba dolorido, palpándose las magulladuras—. ¿Dónde te han dado, amiguete mío?

—Primero en la rabadilla y después aquí, en las espinillas y en las rodillas..., y en los codos... y... ¡Demonio de Pablo! Es una mala bestia. Se aprovecha de que soy pequeño, porque si no...

—Vamos, vamos, no te preocupes. Ven, te sentarás a mi lado. Hoy serás mi novio, ¿te parece bien?

—Los Cadenera no son para vos, patrona.

—¿Y por qué no?

—Porque sois rica y en mi casa no hay pan en la mesa.

—¡Mirad cómo discurre este niño! Pero no... Ya te entiendo, te conozco bacalao aunque vengas disfrazado: no me quieres porque te resulto desagradable por demasiado vieja.

—¡De ninguna manera! —dijo con el rostro encendido y bajando los ojos—. Os mantenéis bien lozana... Y no estáis nada mal.

—Ya me doy cuenta: tienes miedo de que envejezca pronto; pero por un día ya puedes aceptarme, sobre todo si te trato bien. ¿Qué me dices de esta ración de estofado?

Esbozó una risita y se puso a comer con los dedos.

—Toma, gorrino: no uses los dátiles —le dijo mi padre, mientras le daba un tenedor de boj.

Después, se acercó Vadó «Sietetrozos» y Pablo Ternal trajo las sardinas, que fueron muy elogiadas. Todos se saciaron. El porrón pasó de mano en mano cuatro veces, con los correspondientes viajes hacia el anciano Mauva, que no dejaba la caña del timón. Los bebedores se afanaban en seguir libando y en bromear entre trago y trago, mientras el vino les colmaba la boca.

—El vino es sangre —dijo Vadó «Sietetrozos», que bebía con las piernas cruzadas de una manera rara—; pero, si no es sangre bautizada, se puede beber sin miedo a pecar.

—No tengas escrúpulos, santo cristiano —saltó Pablo—. Te aseguro que ningún bodeguero lo ha aguado. Es un buen vino de Llansá.

—No seré yo quien derrame ni una gota —respondió enseguida el bebedor, jugando con la palabra[10].

—No lo tiras para ti, pero sí para nosotros. ¡Por el alma de un ahorcado! ¡Eres un colador! —observó Pablo Ternal.

—Ni siquiera beberé el que puede tolerar un pollo —replicó Vadó.

Lindezas parecidas se dijeron muchas. El único que bebía con seriedad y respetado por todos era mi padre, que aprovechó los turnos que le correspondieron; cuando estuvo satisfecho, se levantó, encendió la pipa y dijo:

—Ya estoy saciado. Medio porrón más para vosotros y basta. Hoy os dejo que estéis de juerga.

Y se fue paso a paso hacia proa, con la pipa en la boca y las manos en los bolsillos del pantalón.

Con su ausencia y la vuelta del porrón, aumentó el jolgorio. El porrón pasó de Pablo a Varó y de Varó al abuelo Mauva, que lo vaciaron. Después tenía que recibirlo Miguelito Cadenera, que lo esperaba hechizado, mirándolo sin parpadear, con sus ojazos redondos como botones y llenos de un deseo que brillaba en sus pupilas, de un color oscuro y aterciopelado parecido al de la felpa negra colocada debajo de un cristal; pero Pablo se afanó en coger el cordel cuando el gollete pasó rozando la naricita chata del chico, tiró para que saltara el porrón y, a horcajadas, se puso en actitud de beber.

—¡Ay, madre, madre! —exclamó Cadenera desesperado—. ¡Esto no es justo! ¿Y vos lo permitís, benefactora?

—¡Cállate mal bicho! —replicó Pablo—. ¡Querría verte muerto de sed y no te daría una gota de agua, grandísimo quemaoallas!

—¿Aún no me habéis zurrado bastante, verdugo de niños?

—¡Habrased visto!

—¡Ayudadme, patrona: soy vuestro novio!

—¡Tú, boñiga esmirriada!

—Sí —dije—, es un trato que hemos hecho ahora mismo.

—Si es así —arguyó Vadó «Sietetrozos», riéndose y haciendo exagerados gestos de cortesía—, el chico de a bordo se ha convertido en patrón y todos tenemos que respetarlo. ¡Pablo, a someterse y no se hable más! El que no tiene padrino no se bautiza; pero, con unos asideros tan buenos, Cadenera puede hacer lo que quiera a bordo. Pablo, dale el porrón para que se refresque a la salud de su novia.

—Está bien —respondió Pablo transigiendo—. ¡Maldita sea mi sangre si no sé respetar a la gente que se lo merece, aunque sea en la persona de un piojoso y mal nacido como este aventador! Pero tiene que entretenernos un poco. ¡Que beba como un fantasma!

—Muy bien, muy bien —gritó Cadenera saltando—. Haré de fantasma y me beberé todo el vino de golpe. Podéis hablar por los codos. Pero..., ¡jojo!, ¡no vale tocarme! Si derramo una gota, me matáis.

Se subió a los bancos y, en un instante, invirtió los párpados, puso los ojos en blanco, y, con la cabeza echada para atrás, cogió maquinalmente el porrón, lo levantó y, volcándolo a pulso, dejó caer el chorrito poco a poco por el centro de la frente. El vino se partió en dos regueritos, que se separaban entre ceja y ceja, bajaban por los lacrimales y eran absorbidos por la boca, que mantenía entreabierta con el labio superior pegado a los dientes y el inferior como un resalte del ancho de un dedo. La figura del muchacho no podía resultar más tétrica y rara. Con sus ojos de estatua, que parecía que lloraran sangre, la cara pálida y la inmovilidad casi absoluta, no parecía un ser humano. Me daba más pena que agrado, y las pullas que soltaban Pablo y Vadó para que se riera y se atragantara no me han dejado ningún buen recuerdo. Aquel pobre chico de diez años, pálido, flaco y desgarbado, con las ropas que le quedaban pequeñas en brazos y piernas y mostraban su pobreza, criado entre lobos de mar, entre juramentos y malos tratos, me inspiraba una gran compasión. Me dispuse a defenderlo en el caso de que, por derramársele alguna gota de vino, lo maltrataran los dos granujas que extendían sus manazas detrás de él, preparados para propinarle un pescozón. Pero Cadenera tenía tanta seguridad en el papel que representaba que no necesitó mi intervención. Cazó al vuelo el chorrito hasta el fin y, después, alzó la mano izquierda, lo deslizó por el gollete y tapó el agujero con el pulgar, para evitar que alguna gota rezagada se escurriera inesperadamente; enderezó poco a poco la cabeza y encaminó hacia la boca, con estudiadas inclinaciones, el líquido rojizo, que le lagrimeaba por las mejillas. Después de haberlo apurado, lanzó un suspiro y sonrió.

—¡Había poco! —exclamó—. Estos borrachines se han dado un atracón y, con un poco más que se hubieran atizado, el fantasma no habría encontrado ni gota.

—¡Cállate, maldito! —dijo Pablo riéndose—. Eres el rey de los espectros; eres un embudo de taberna; eres la gloria de nuestra bodega. Ven, me has ganado el corazón. Hagamos las paces.

Abrazó al rapazuelo, se lo cargó a hombros, y se lo llevó saltando.

Vadó «Sietetrozos» se rozó la nuca con el dorso de la mano mientras me miraba con sus ojitos de color verde oliva, e, inclinándose, me tocó el hombro con el codo del brazo que tenía libre.

—Patrona, ciertas bromas no me las volváis a gastar, ¿lo comprendéis? —me dijo en voz baja—. Son malas para el estómago. Un hombre se hace ilusiones y..., luego no, mujer.

—¿Y esto a qué viene?

—¿De qué queréis que me aflija, sino de vuestro noviazgo, que me ha dado gozo sin alegría? No habléis de estas cuestiones mientras no vayan en serio. Pero, cuando el casamiento se celebre y paséis por la vicaría, tenéis que arreglar esta barca para que parezca el valle de Jauja. Os diseñaré el patrón de cómo ha de quedar: veréis. Todas las banderas y gallardetes que ondeen al viento; un ramo de flores en la galleta y otro en el espolón[11] para taparle la calva. Seguid escuchando. En cada tomador[12], una longaniza colgada; las regaldas[13], rebosantes de turrónes exquisitos; los encendedores, adornados con barquillos; en cada bita[14] un cabritillo asado; un pavo ensartado en

cada tolete[15]; los mástiles, reforzados con barriletes de vino blanco; los...

Un silbido le quitó la palabra de la boca y el buen hombre corrió a maniobrar, no sin antes indicarme, con un serpenteo de los brazos y con las manos tendidas, que se reservaba la continuación del plan para más tarde.

Entonces, se cambió la posición de las velas. Primero permanecieron flojas y el viento restallaba; pero la barca fue virando y volvieron a henchirse, para impulsar la nave hacia la costa como hasta entonces la habían empujado hacia fuera.

Me fui a proa a observar. La costa parecía una larga bruma tendida sobre el mar, con los contornos superiores de un azul fluido y claro, que casi se fundía en las espesuras del aire y se mezclaba con la calina, pero manchada en la parte inferior por difuminados arboles y sombras moradas. Las ondulaciones de la costa habían desaparecido. El cabo de Creus y el golfo de Rosas no se distinguían por ninguna entrada ni relieve. Los Pirineos, con sus vertientes nubladas, se divisaban con dificultad; y tan solo surgía nítidamente la cumbre del Canigó, que blanqueaba en el cielo sereno como un astro naciente deslucido por la luz del día. Griseaban algunas montañas hacia poniente y, más allá, se extendía el horizonte vacío.

Puesto que probablemente no volvería a ver aquel paisaje en circunstancias semejantes, quise tomar unos bosquejos. Cogí la caja de pinturas para captar los colores adecuados. Cuanto más pintaba, más me encandilaban aquellos tonos suaves delicadísimos; ¡pero qué difíciles de plasmar con precisión! Los ocre, excesivamente terrosos; todas las pinceladas resultaban demasiado toscas... Si detallaba, perdía la fluidez; si pintaba con manchas grandes, me salía un borrón en el que nadie habría vislumbrado la costa. Sudé de lo lindo. Sin embargo, aquello era hermoso: la profundidad del aire, la lejanía, el azul del mar que se extendía vibrante por la atmósfera... ¡Tenerlo delante y no saber plasmarlo! Y no fui capaz. Tuve que desistir, convencida de mi impotencia.

Mi padre, apoyado en la banda de proa, lanzaba un silbido de vez en cuando y gritaba: —¡Orza, orza!

La barca arrumbó bastante hacia el sur, hacia el horizonte vacío, por la zona de las últimas tierras visibles.

—¿Qué hay por allí? —le pregunté.

—¿Por dónde? Allí está Palamós —dijo, mientras señalaba con el dedo una mancha dorada—. Más allá, las montañas de Tosas, las sierras de Bandina y otras.

—¡Vaya, de esta bordada nos plantamos en Blanes!

—¡Por Dios! —exclamó mientras se daba la vuelta.

—¿Qué significa esto? ¡Sois tan desabrido...!

—¿Pero cómo quieres que te conteste, si dices disparates tan grandes? ¿Piensas acaso que esto es una bala que va directamente a donde se apunta con la escopeta? ¡A Blanes!

—¿Pero qué sabe una?

—Si por lo menos supieras callar... —masculló entre dientes. Y añadió, remarcando mucho las palabras, como el maestro que se siente en la obligación de explicar a un alumno necio una lección que, por ser tan clara, resulta enojosa—: con el viento de proa

no se va a donde se quiere, sino a donde se puede. Avanzamos de lado, de lado, como los cangrejos. Apuntamos hacia Blanes, pero seremos afortunados si nos acercamos a Palamós. ¿Lo entiendes, marinera de agua dulce? Si esta noche puedes dormir en aguas de Palamós, date con un canto en los dientes y di que la *Santa Rita* es la barca más fina de la mar.

—Fama de fina tiene.

—Entonces, si obedece mal, será culpa del patrón, ¿verdad?

—¡No, por Dios: esto jamás! No hay patrón ni piloto que os llegue a la suela del zapato en estos mares. Los Saura son de casta marinera, lo llevan en la sangre.

—¿Incluso tú?

—¿Por qué no? Si no fuera por ser mujer, no me veríais pintar mares y barquichuelas, sino mandar una bien airosa. ¡Y hala..., lejos, abríos, vastedades! Me gustaría pelearme con el viento y las olas...

—Y derrotarlos con el dedo meñique. ¡De ilusión también se vive! ¡No sé cómo demonios me he dejado engañar para embarcarte...! Pero no hay vuelta atrás... Dios quiera que aguante el buen tiempo.

Se puso a examinar las brumas del horizonte remoto, como si quisiera desentrañar algún augurio, y yo volví a contemplar la costa lejana que acababa de burlarse de mi arte. Aún presentaba el mismo aspecto vaporoso. ¡Qué inmensa es la mar y qué engañosas sus descubiertas distancias! Nos habíamos desplazado y avanzábamos bien... Las vedijas de espuma que levantaba la roda al partir el agua huían rápidamente por los costados de la barca... Y, sin embargo, parecía que llevábamos media hora sin movernos de sitio.

Al poco rato, compareció el viejo Mauva.

—Saura —dijo—, como no me avisabais, vengo para saber vuestros planes. Si queréis que vele esta noche, será oportuno que me vaya a dormir unas horas. Son las dos y media pasadas.

—Tenéis razón, me había despistado —respondió mi padre—... Sí, Mauva, no quiero que por la noche toque la caña nadie más que vos y yo. Pablo y Vadó son demasiado dormilones. Id, id. ¿Quién está gobernando ahora?

—Pablo Ternal, pero reniega más que una oropéndola, porque dice que tiene que pergeñar los faroles y preparar la cena.

—De acuerdo, cada uno a su tajo. Del timón me ocupo yo. Idos, idos a dormir.

La tarde transcurrió sin ningún incidente destacable. A medida que el sol iba cayendo hacia poniente, el viento perdía empuje: la barca se emperezaba paso a paso. Una bandada saltarina de delfines se acercó a nosotros. Cuando me di cuenta, busqué un asiento cerca de la banda y aquellos grandes peces con hocico de cerdo fueron mi distracción. Me placía verlos jugar dando saltos aquí y allá con una agilidad que me parecía algo ridícula. Unas veces, levantaban más de la mitad del cuerpo por encima del mar, enhiestos, tiesos; otras, se ondulaban graciosamente, describían al saltar airosas curvas y se zambullían sin levantar apenas espuma; pero otras, se debatían agitándose espantosamente. Cuando nadaban sumergidos, lo hacían a tanta velocidad que las

manchas amarillas de los cuerpos se alargaban como franjas, y aletas y lomos dejaban el agua rayada como un cristal cortado con diamantes. Nuestra barca no les daba ningún miedo: más bien al contrario, parecía que la hubiesen tomado como objeto de diversión y que, dando vueltas y más vueltas a su alrededor, se animasen a burlarse de un ente tan grandote y que se movía con tanta torpeza.

Vadó «Sietetrozos» se acercó mientras fregaba el suelo de la banda con un cubo; al toparse conmigo, se detuvo.

—¿Os gusta esta comedia, patrona?

—Tanto que no sé qué decir. No me cansaría nunca de contemplar los chapuzones de estos bichos revoltosos. Me disgustaría que se marchasen de aquí.

—No tengáis miedo, no se alejarán mucho. Estamos en los caladeros de su pasto y, además, la basura que suelta el barco también los engolosina.

—¿De verdad? ¿Y si les echara pan?

—Se lo comerían. Pero no queráis cargar vuestra conciencia, patrona: es pan que, ¡hay que ver!, no es para estos granujas.

—Siempre he oído decir que los delfines no hacen ningún daño a nadie.

—Los delfines quizá no. Pero esto no son delfines, sino arroaces de los más grandes, la peste de estos mares costeros, el castigo de los pescadores. Se lanzan sobre las redes para comerse la sardina, y, embestida por aquí, tirón por allá, abren unos agujeros que en tierra cuestan un mar de lágrimas. Mirad: si ahora pudiera con un bufido matar a todos estos arroaces y a sus compañeros de levante y de poniente hasta el fin del mundo, creed que lo haría a gusto hasta consumirme. No me lo pensaría dos veces.

—¡Menos mal que no tenéis esta capacidad! ¡Sería muy penoso, pobrecitos! Parecen un grupo de criaturas, con el inocente salero de la chiquillería. ¡Matarlas de un bufido!

—Ya que las amparáis, quedaos tranquila, que yo detendré mi aliento por si tenía la virtud de matarlos; pero... ¡ojo!... Solo me aguantaré hasta el día en que seáis sardinera, porque entonces cambiaréis de parecer.

Siguió fregando y se alejó; ya casi había dado la vuelta a la barca y se encontraba en el lado opuesto al mío, cuando dejó de golpe el cubo y el trapo y corrió hacia mí con grandes zancadas, cortando el aire con sus brazos desarticulados.

—¡Aquello sí que merece la pena, patrona! ¡Observad cómo borbolla la sardina! — dijo, señalando un punto en el mar.

Miré hacia donde me indicaba y ¡qué espectáculo fascinante! Un gran cardumen de sardinas centelleaba a flor de agua y la cubría en una amplia extensión. Formaba una marca escamosa y viva, que surgía bulliciosa de las olas, levantando salpicaduras de plata fugaces y espesas, lanzadas en una misma dirección. Se desplazaba hacia el sudoeste. A veces, se sumergía completamente y dejaba un rastro umbroso y erizado, para reaparecer a lo lejos. Así siguió avanzando como una aguja que cosiera el mar con gruesos hilvanes, ora reapareciendo resplandeciente como una neblina luminosa, ora como un rocío oscuro, según como lo hería la luz; y así, cada vez más leve, más confuso, hasta que los ojos dudaban de si se trataba de algo real o de un espejismo, y desistían de seguirlo en las olas lejanas. Pero otras masas no menos tupidas y extensas surgían por

otros parajes. Parece mentira que, después de ser tan perseguida y pescada, quede aún tanta sardina para bordar de plata el ancho telar marino.

Mientras tanto, nos habíamos acercado a la costa, que se agrandaba paso a paso y se abría en gargantas por las que se divisaban verdes hondonadas. Los peñones más adelantados destacaban, se agigantaban y nos mostraban sus toscas figuras, adornadas con chumberas y pitas. Se asemejaban a un grupo de gigantes viejos y desgarbados, disfrazados con coronas y ramos para celebrar, con los pies en el agua, una fiesta marinera. Un grupo de velas blanqueaba delante de ellos como alas de palomas que nos hubieran lanzado para celebrar nuestra llegada.

—¡Hola, hola! —gritaba nuestra gente.

Y nombraba a modo de saludo las calas y pueblos que se iban columbrando. Bagur aparecía como una blanquísima guirnalda de margaritas, colocada en la frente de una cabeza calva y puntiaguda. Las Medas[16], tres barcazas desarboladas, reposaban al fondo, cerca de la orilla protectora. San Antonio de Calonge asomaba por detrás del roquedal, y, con sus casas bajas, semejava una reunión de niñas, vestidas de blanco y encapuchadas de rojo, que se hubieran alineado para bailar un contrapás. De Palamós, solo se oteaban algunos edificios; la colina rocosa que la protege por la parte de levante escondía el resto. Y detrás negreaba, por un lado, el gran alcornocal; y, por otro, verdeaban pálidamente los olivos del Ampurdán, visibles solo en pequeños andurriales.

El sol estaba ya muy bajo. El viento menguaba paulatinamente... Nuestras velas languidecían sobre los mástiles, sacudidas de vez en cuando por un ahuecamiento fugaz. Los sardineros aún no recogían las suyas, pero solo les aportaban una ayuda limitada que los obligaba a bogar. Salían a pescar hasta el anochecer y pasaban a nuestro lado, saludados a gritos por Pablo Ternal y Miguelito Cadernera, inclinados en la borda.

—¡Adiós y buena suerte!

—¡La sardina se dirige hacia el sudoeste! ¡La encontraréis a espuertas, pero mucho cuidado con los arroaces!

—¡Hola, feo! ¡No bogues tan fuerte, que vas a deslomarte!

—¡Cuidado, abuelo, que se te cae la barretina!

—¡Por el cayado de san Cristóbal, chaval! ¡Ojo que desleír el agua, habiendo tanta, es la muerte!

—¡Os cansaréis mucho, manejando estas cucharas tan grandes!

—¿Por qué no montáis en los laúdes[17] una máquina de fuego como la del *Marsellés*, que tiene pacto con el demonio, y va contra el viento y corre sin fatigar a nadie? ¡Adiós, espatarrado! ¡Adiós, tú, también...! ¡Y no me mires mal, bizco!

—¡Adiósos!

Los remeros contestaban con el mismo tono y unos y otros se reían a lo loco de sus propias bromas, sin molestarse por los reproches que se hacían ni por los motes que se asignaban. Detrás de un laúd, venían dos o seis o siete de golpe, ¡y hala!, vuelta a empezar. Se armaba un buen jolgorio... De cada ola, surgía una risa o un grito de bulla; Pablo y Cadernera se desgañitaban para contestar a unos y a otros. Vadó «Sietetrozos», sentado en la botavara[18], blandía el pañuelo y de vez en cuando lanzaba un grito que

asustaba a las gaviotas y las obligaba a acelerar el vuelo.

Tras el paso de todos los sardineros, la calma se hizo completa y el mar era un espejo de luna turbia en el que nuestras velas extendían largas manchas blancas y temblorosas. ¡Qué quietud en el entorno! No hay sosiego como el de la mar en las grandes bonanzas. Las medusas, como vastas flores de cristal arrancadas de un árbol maravilloso, abrían sus corolas gelatinosas, flotantes entre dos aguas, como formando un jardín sobre la oleosa planicie. Tenían tonos de hielo más o menos deslustrado y, a la sombra de la barca, se revestían de encantadoras fosforescencias. ¿Estábamos encima de un reino de hadas y aquello eran lucernas que se encendían para un fantástico baile submarino?

El sol languidecía al descender hacia la oscura sierra de Bandina. Se ocultó repentinamente detrás de una nubecilla y después reapareció debajo, con fulgurantes arboles brumosos, que esparcían por el mar —con la rapidez con la que un estremecimiento pasa por la piel— unos reflejos dorados, rojizos y anhelantes, de una pureza ideal. El aire se perfumaba con aquel olor de marisco tan grato de respirar, exhalación suave de las aguas costeras. La nave, inmóvil como si estuviera fondeada. Por los pliegues abatidos de las velas, abandonadas por el viento, se escurría, jugueteón, el resplandor azufrado del crepúsculo. El cielo, cada vez más profundo, más puro, más pálido, se preparaba para recibir la mirada de las candidas estrellas.

La cena resultó deliciosa: sopa de rape y pollo con pimientos y tomates. Pero no fue la comida, por mucho que se hubiera esmerado el cocinero, lo mejor de la cena, sino las circunstancias, la hora apacible, la luz encantada y escurridiza... y, ¿qué sé yo?..., para mí los placeres de un mundo nuevo que me comunicaba su belleza. Casi no se habló; y, si algo se dijo, no presté atención. Después de los postres, que consistieron en unas galletas y confituras, nos fuimos todos a dar una vuelta por la cubierta. Me emparejé con mi padre; y, al llegar a un rinconcito, lo abracé por el cuello y le di un beso en la mejilla.

—Me ha hecho feliz —le dije, cogiéndolo del brazo y sin apartar mi cara de la suya—. Hasta ahora no sabía lo que era el mar, pero hoy lo he conocido. Llevándome con usted, me ha proporcionado el día más grato de mi vida. ¡Estoy contentísima!

Mi padre volvió un poco el cabezón, acercó una mejilla a la mía y me miró satisfecho. Estoy convencida de que iba a decirme alguna palabra cariñosa, pero Vadó «Sietetrozos», que en aquel momento surgió de la penumbra, tosió con cierta inflexión maliciosa y dio al traste con las buenas intenciones. Mi padre, al percatarse de que era observado, cambió inmediatamente el semblante.

—Vete, vete, no me estrujes. No estorbes la chupada —dijo, cogiéndome por la muñeca y apartando mis brazos de su cogote—. Guarda las caricias para cuando tengas hijos. Yo no necesito carantoñas.

¡Mira de qué se avergonzaba aquel hombre! Sin embargo, por mucho que tratara de esconder sus sentimientos, ¡estaba convencida de que yo era la reina y de que todos lo aprobaban!

En aquella época, la velada solía prolongarse y nos juntamos en la popa a charlar. Nos habíamos emparejado Vadó «Sietetrozos», mi padre, el abuelo Mauva y yo; y, un rato más tarde, Pablo Ternal y Miguelito Cadernera comparecieron con la olla de la lejía y el

balde de lavar los platos.

—Nosotros también queremos participar en el palique —dijo Pablo—. ¡Por las tripas de Judas! Aquí podemos lavar mejor que en ningún otro sitio. Las aguas sucias correrán hacia limpios imbornales. Armaremos un poco de ruido, pero... paciencia.

—¡Con los platos no hay problema! —comentó mi padre—. Aunque haya alguno que hable en castellano, no nos molestará. Más miedo me da vuestra lengua.

—¡No hay para tanto! —replicó Pablo mientras se arremangaba la camisa—. Advertido..., advertido. Me parece que hasta ahora mi lengua no ha desentonado de la del señor más quisquilloso. ¡La tengo controlada con el timón, maestro Saura, y cuando se dice a guardar, lo hago, mal rayo me parta!

—¿Lo ves?, ya has soltado una maldición —puntualizó «Sietetrozos» muy socarrón—. Esto no es propio de bocas delicadas, amigo mío.

El otro lo miró de la cabeza a los pies por encima del hombro y, tras un prolongado vistazo, le dijo con desprecio:

—¡Sacristán!

—¡Dejadlo! —intervino Cadenera con descaro al oír nuestras risas—. ¿No veis que por las buenas no sabríais qué hueso descoyuntarle?

A Vadó, esta ocurrencia lo hirió claramente; pero procuró tomárselo como el que oye llover.

—¿Tú también, enano? Ya te cogeré en otro momento. Hoy no quiero enfadarme, porque todo mi ser rebosa alegría. A ver quién acierta esta adivinanza. Atended. ¿Qué es una cosa... con la panza detrás, la espalda delante, piernas son, orejas de asno? Zoquete será el que no lo adivine.

Ternal y Cadenera sugirieron numerosas soluciones. El último en intervenir fue el viejo Mauva:

—Sois unos bobalicones: no os estrujáis ni pizca. Él mismo os lo ha soplado: piernas son, orejas de asno. Son las piernas. ¿Aún no lo cogéis? Las orejas de burro son las vuestras.

Pablo permanecía atónito.

—¿Todavía no caéis? —le preguntó Cadenera.

—No, por mi fe de cristiano, no lo pesco. ¿Y tú?

—Sí, hombre, sí.

Los dos estaban agachados cerca del balde y Cadenera dejó el plato que lavaba, se secó con cuatro manotadas mal dadas a un paño y, palpando de arriba abajo una de las canillas de Pablo, le dijo:

—¿Veis? La espalda delante: esto es la espalda. Ahora el vientre...

—¡Calla! —exclamó Ternal con un gran grito. Y, golpeándose la frente con la palma mojada por la lejía, añadió con entusiasmo:

—¡Maldito sea el jubón de santa... golfá! ¡Qué bueno! ¡Esto sí que quiero aprendérmelo de verdad! ¡Qué brutos hemos sido!

Con estas y otras conversaciones parecidas, la velada nos resultó corta y amena. El anochecer devenía frío, pero como no soplaba viento, era como si estuviéramos dentro

de una casa. En la medida en que la luz difusa se extinguía, un fanal, colgado del palo de mesana a la altura de un hombre, extendía y consolidaba la amarillez de sus rayos por la popa hasta los bordos[19], sin traspasarlos, detenidos como si se tratara de una valla de la oscuridad, que era más espesa alrededor de la embarcación.

Hacia las nueve, oímos chapoteo de remos. Eran los sardineros, que regresaban de la pesca. Por el jaleo que armaban, se notaba que estaban contentos. De la oscuridad del mar, se levantó una voz clara que gritó:

—¡Viva la *Santa Rita*!

Entonces, mi padre se puso de pie, y, con las manos abocinadas alrededor de la boca, respondió con un bramido retumbante:

—¡Viva los sardineros!

¿Parece una nimiedad, verdad? Y, sin embargo, no puedo recordarlo sin emocionarme. Después, mi padre, se encaró con Vadó «Sietetrozos».

—Hoy el reloj del cielo se debe haber parado, ¿no?

Vadó inclinó la cabeza mientras se rascaba el cogote y contestó con voz afónica:

—Corre demasiado, maestro Saura. Ya hace rato que las Pléyades me avisan para que me vaya a la cama; pero me retiene la agradable conversación, y he querido recortar un poco de sueño en honor de vuestra hija.

—¡Está bien, pero ya basta por hoy!

Nadie replicó. Pablo Ternal y Cadernera se fueron sin dar las buenas noches. Vadó, que estaba en cuclillas, se afanó durante un buen rato, irguiéndose primero hacia un lado y después hacia el otro, mal asistido por sus propios miembros, que eran más inestables que nunca a causa del entumecimiento. Al fin se levantó, y desperezándose con el brazo izquierdo y ocultando con la mano derecha un inconmensurable bostezo, se arrimó, tambaleándose, al anciano Mauva.

—Déjeme mirar por la popa, abuelo, que quiero ver cómo está el tiempo. Aunque no sea tan rico como usted, me gustaría que el terral no madrugara demasiado, que san Martín calmase los vientos durante su veranillo y que este viaje durara bastante. Nunca había disfrutado tanto.

—Pues mañana tendrás que sacudirte la pereza —dijo el viejo Mauva—. Los indicios son de levante o de tramontana.

—Sí —murmuró mi padre—, mañana correremos de lo lindo.

Vadó examinó el cielo y dijo:

—Nubes en cruz, viento en la puerta. Vaya, pues: aprovechemos la calma para descansar. Que Dios nos dé buena noche.

Yo también me despedí de mi padre y del abuelo Mauva y me encaminé hacia mi camarote. Antes de bajar, me senté un momento en el tambucho. Allí no había ningún fanal que estorbaba la visión de la noche. La costa negreaba como una solidificación de sombras entre la oscuridad fluida y transparente. Un rocío de gotitas de oro luminosas indicaba el punto donde reposaba la villa de Bagur, aquella sarta de blancas margaritas que me había imaginado mientras me lo permitió la luz del día. El cielo, desplegado limpiamente en el horizonte, era una cúpula sin fondo, dentro de la cual brillaban serenas

lámparas colgadas a incalculables alturas. La Vía Láctea me hizo pensar en el rayo de luna que, al atravesar la atmósfera umbrosa de un templo, ilumina una multitud de tamitos. ¡Qué grandioso todo! Estaba convencida de que en ningún otro lugar rezaría mejor mis oraciones. Y, después de haberlo hecho, me encerré en el camarote y me acosté, satisfecha por encontrarme tan a gusto y con tantas comodidades en el mar, con un montón de brazas de agua debajo de mi celdita.

[1] *Viento terral* es el que viene de la tierra. A lo largo del relato, los demás vientos que se citarán con más frecuencia son: *tramontana* (procedente del norte), *garbino o ábrego* (viento del sudoeste) y *levante* (procedente del este).

[2] Traduzco así, en esta ocasión, el sustantivo catalán *pubilla* (heredera, mayorazga, hija mayor), que no tiene palabra equivalente exacta en castellano. El término sale a menudo a lo largo de la novela y he tratado en cada caso de buscar la traducción que me ha parecido más adecuada según el contexto.

[3] *Entena*: vara o palo encorvado y muy largo, que hace oficio de verga y al cual está asegurada la vela latina.

[4] *Coy*: trozo de lona que, sujeto en el aire por las cuatro puntas, sirve de cama a bordo.

[5] *Orzar*: dirigir la proa hacia el lugar de donde viene el viento.

[6] *Galleta*: disco de bordes redondeados en que se rematan los palos y las astas de banderas.

[7] *Espiga*: cabeza de los palos y masteleros.

[8] *Calcés*: parte superior de los palos mayores y masteleros de gavia, comprendida entre la cofa o cruceta y el tamborete.

[9] *Santateresa*: insecto ortóptero, zoófago, de seis a ocho centímetros de longitud, que tiene las patas anteriores largas y robustas; cuando el animal permanece en reposo, recuerdan las manos de una figura orante.

[10] Juego de palabras entre *Llançà*, nombre de una población del noreste de Gerona, y el verbo *llançar* (lanzar, arrojar).

[11] *Espolón*: punta en que remata la proa de la nave.

[12] *Tomador*: trenza de filástica, larga, con que se aferran las velas.

[13] *Regala*: tablón que cubre todas las cabezas de las ligazones en su extremo superior y forma el borde de las embarcaciones.

[14] *Bita*: cada uno de los postes de madera o de hierro que, fuertemente asegurados en la cubierta en las proximidades de la proa, sirven para dar vueltas a los cables del ancla cuando se fondea la nave.

[15] *Tolete*: estaca pequeña y redonda, encajada en el borde de la embarcación, a la cual se ata el remo.

[16] Es el nombre de unos islotes próximos a la costa.

[17] *Laúd*: embarcación pequeña del Mediterráneo, de un palo, con vela latina, botalón con un foque y una mesana a popa.

[18] *Botavara*: palo horizontal que, apoyado en el coronamiento de popa y asegurado en el mástil más próximo a ella, sirve para cazar la vela cangreja.

[19] *Bordo*: lado o costado exterior de la nave.

III



Al día siguiente, me levanté tarde. Abrí un poco el portalón, para que entrara aire y luz, y comencé a peinarme enfrente de aquel espejo que multiplicaba las fisonomías. El aire húmedo me había descompuesto los rizos. Los cabellos se me habían vuelto blandos y pegajosos. Me los até, aparte, en sendas castañetas a cada lado de la cabeza, y, con la mata más grande, me urdí una trenza, que me colgaba por detrás, adornada al final con un lacito. Me puse, como una maja, un pañuelo de seda chillón y he ahí una cabeza original de las que gustaban a Madame de Staël. Quedé satisfecha: con poco trabajo, había conseguido un aspecto elegante. Me estaba arreglando el lazo de la frente, que formaba dos cuernecitos graciosos como los de una mariposa, cuando, al faltarme de golpe la luz, me di la vuelta y vi la cabezota de mi padre en el portalón del tambucho.

—¡Válgame Dios, Mariana! ¡Con qué madrugada nos has premiado! —exclamó el buen hombre—. ¡Si tu madre viviera!

—Buenos días, patrón —le dije—. La cama es un poco dura, pero vuestra pasajera le ha encontrado el acomodo. Debemos estar ya muy lejos.

—No lo creas. El terral se ha cambiado a gabacho y el viento, que no ha soplado hasta hace unos instantes, salta más que un gamo. No hace aún media hora que hemos largado velas y ya estamos agotados de bracear. Ponte la capa, ¿me oyes?

Lo hice y subí a cubierta. Nos habíamos alejado de la costa, pero estábamos prácticamente en los mismos parajes de la noche anterior. Hacía frío. El mar estaba revuelto y umbroso. Las aguas, tan claras el día anterior, habían tomado una negrura desagradable, que me recordó la de los ojos de un hipócrita oscurecidos por tenebrosas maquinaciones. El cielo estaba cubierto de tenues nubarrones, que clareaban en algunos puntos y formaban escamitas rubias; y, en uno de estos claros, lucía un jirón mortecino de arco iris.

Me senté para tomar chocolate y, mientras Pablo lo vertía en la jícara, le dije:

—Hoy el día no es muy agradable; pero me parece que el tiempo mejorará. Las nubes

son delgadas, apunta el arco iris...

—Esto no es el arco iris ni el de Dios. Esto, ¡maldita la gracia, si no se viene abajo!, es la bandera flameante del viento —rechazó Pablo interrumpiéndome—. El cielo está abrasado por el vendaval. Mal tiempo, patrona.

—¿De veras, Pablo? No os vayáis aún. Hablemos un poco, hombre. Me gusta vuestra opinión, porque me parece que sobre los asuntos del mar sois un lince.

Se engalló un poco, feliz por el elogio; se aderezó la gorra en la frente y, mientras se peinaba los cabellos del cogote con las manos y adoptaba el porte de un orador que pretende mostrar su valía tras lamentarse de su incapacidad, dijo:

—Puesto que uno no ha estudiado..., la verdad sea dicha..., no sabe explicarse con la precisión y la sofisticación a las que estáis acostumbrada. Perdonadme... Pero tampoco soy tan bruto como pretende vuestro padre, que me ha prohibido conversar con vos. ¡No, maldita sea! Lo que se dice avergonzarme, no me avergüenzo de hablar cara a cara ni con el mismo rey. Sé lo que es la gente de alto copete..., ¿comprendéis? Y si alguna palabrota se me escapa de la boca, a causa de la vida arrastrada que uno lleva, sé reorientarla enseguida hacia la buena educación, ¿comprendéis?... y sé respetar. ¿No os habéis dado cuenta, mujer?

—¡Ya lo creo! Si no fuera así, no os hablaría con esta confianza. Y también me he dado cuenta de que sois experto en las cosas del mar. Por tanto, ¿significa que tenemos mal tiempo?

—Tiempo de rachas. No se pueden desplegar las velas. Tan pronto hay viento que viene de tierra como viento que viene del exterior. Ahora sopla tramontana de regolfo del garbino, que quiere entrar forzosamente, a empujones y dando tumbos..., y desconfiad del levante, que durante todo el día enseña sus garras. Siempre que veáis en el cielo este trozo estridente, santiguaos. Es bandera de batalla. El infierno la ha inventado, por jo..., fas..., burlarse de san Martín y de todos los santos. ¡Hay que sufrir...! ¡Vaya oficio malvado el nuestro! ¡Sería mejor..., hablando en plata..., que enloquecieran las preñadas, antes que parir a un marinero!

—¡Bah! ¡No sois tan cobarde como queréis aparentar! Si siempre hubiera bonanza, ¿qué mérito tendría vuestro trabajo?

—¡Cobarde yo! No me conocéis. Pero uno necesita desahogarse, ¿sabéis? Lo que agota es la maniobra. ¿Pero yo cobarde? ¡Maldita sea mi alma si las calmas no me consumen la sangre! ¡A mí dadme ráfagas fuertes y agua por arriba y por abajo; y aquel huuu... de viento, que parece que de todo reniega!

—¡María Santísima! ¡No digáis esto, no llaméis al mal tiempo!

—No lo llamo. Y me parece que si el Maestro de arriba tiene modales...

—¡Por Dios, Pablo!

—¡Está bien, por la vara florecida de san José! ¡No hay duda de que debe tener modales un señor tan poderoso! Pero... vamos, patrona, si hay que hilar tan fino, abandono, porque yo no he estudiado los misales..., y, sea como queráis, lo que iba a decir no era nada malo. Veréis: a mí me parece..., sin faltar al respeto a las personas celestiales..., me parece..., veamos..., que Dios ha de tener cierta consideración con una

mujer de vuestra categoría. Y que, viendo que estáis a bordo, se meterá las turbonadas en el bolsillo. ¡Ángela María, así lo pienso! ¿Encontráis en esto algo impío? ¿Lo queréis mejor explicado?

Sonreí y me levanté de la mesa. Cogió el plato, la jícara y la chocolatera y se fue erguido como siempre; pero, antes de llegar a la cocina, se encontró con mi padre y oí que le decía:

—No me miréis mal, maestro Saura. Me han tirado de la lengua, y... no soy un pato mudo. Pero podéis preguntar a vuestra hija..., he hablado como un libro de sentencias. —Bajó la voz y añadió—: ¡me ha hecho sudar de lo lindo...! ¡Hay que ver cómo hila fino! ¡Tengo los nervios a flor de piel! La tenéis muy bien educada. Incluso os diré que quizá demasiado, porque uno se siente inepto y no hay modo de soltar lo que lleva dentro.

Mi padre se volvió sin responderle. Vadó «Sietetrozos» salió en aquel momento del batiporte y tomó cartas en el asunto:

—¿A ver, rey de los fiesteros, dónde guardas la miel que engolosina a las muchachas? ¿No decías que las chicas eran lo tuyo?

—¡Y lo son, así me parta un rayo! —respondió Pablo—. Pero hay chicas y chicas. Búscame un grupo de labradoras o de pescadoras de la zona y sin bagatelas de urbanidad, y no me llamo Pablo si no les busco enseguida las cosquillas. Pero, con las señoras, que quitan la libertad para desahogarse, se me echa a perder la galanura. Vamos, que no es para mí... ni tampoco para ti, gata salvaje. Eso se guarda para los señoritos que parecen figuras de cera y que pasan la retórica por siete alambiques. ¡Hala, a fregar suelos, cabeza de chorlito, pedante! ¡Qué te has creído!

Vadó se reía, cerrando sus ojos pequeños; y, con los pies metidos en el batiporte[1] y las rodillas a la altura de la brazola[2], se removía como un pisador en el lagar.

Mi padre soltó una regañina.

—¡Ya basta de tonterías! Pablo, estáis lleno de monsergas y yo para muy pocas. ¡Hala, a guardar esta vajilla y de hoz y coz a la maniobra! A ver si el ábrego nos raja las velas o nos deja patas arriba. Aferraremos[3] la vela mayor e iremos con el foque[4] y la mesana.

—Muy bien —dijo Vadó—. Si el mar está revuelto, hay que proceder así, porque la vela grande se maneja muy mal.

Los marineros se dispusieron para la faena y no tardé en darme cuenta de la destreza con que se estaba realizando. La tramontana cedía y el garbino, que había atesorado sus fuerzas para dominarla, entró de un tirón, sacudió las velas y arrastró la nave de lado, hasta que adquirió buena marcha y se deslizó sesgada por el viento mientras dejaba en el agua un surco separado en largos pliegues, parecidos a la hechura de las aristas de una espiga. Si la racha nos hubiera pillado con las velas extendidas, no sé si la habríamos resistido. Estaba cerca del viejo Mauva y le dije:

—Ahora sí que avanzaremos. Corremos como treinta demonios.

—No durará mucho —repuso—. Si te fijas, ya el ímpetu del viento va desvaneciéndose y se aleja. El tiempo está loco y tenemos que someternos a su talante.

Zigzaguearemos mucho, patrona. Y, además, como hemos aferrado la vela mayor para ahorrarnos trabajo, nos falta el ala grande.

El abuelo Mauva estaba sentado en una banqueta al pie del árbol de mesana, con la caña[5] en la mano. Lo miré atentamente. ¡Qué cabeza para un estudio! Por la variedad de colorido y por el relieve, podía compararse con un paisaje. ¡Qué detalles más interesantes! Aquellas orejas de un rojo fino, pobladas de pelos canosos, que salían de sus raíces como una salpicadura de espuma por una grieta de rocas marinas; aquellas arrugas gruesas de la frente, tostadas y grandes en la parte baja y más pequeñas y pálidas hacia arriba hasta desvanecerse en la tersura marfileña de la parte superior, que el sombrero de fieltro, echado hacia atrás, permitía atisbar; aquella nariz larga, surcada por pliegues y arrugas, musgosa y con la punta enrojecida, agujereada por las fosas nasales y discretamente ladeada sobre la boca; aquellos ojos acuosos, en los que las pupilas flotaban dulcemente, como un claro de cielo azulino por el espejo temblón de un tremedal, rodeados de unos párpados marchitos y tapados por unas cejas ásperas y voladizas; aquellas mejillas enjutas, ligeramente ahuecadas debajo de los pómulos, que caían en flácidos pliegues sobre las mandíbulas, como velas arrugadas por la falta de viento; aquella boca medio cerrada con una sonrisa melancólica, por la que mostraba dos o tres puntas de dientes verdosas; aquellos y otros detalles, que solo se pueden mostrar con los pinceles..., ¡qué hermosos me parecieron! Bellos y de fácil ejecución. Era como si me dijeran: «cógeme, que me entrego». Aunque esta aparente facilidad, que es uno de los primeros estímulos del arte, me había engañado a menudo. Pero esta vez no sería así. Veía ya las pinturas extendidas y amasadas sobre mi paleta: la luz, la sombra, los tonos de la carne... Sería un estudio delicioso. Procedería por partes, con calma, con veracidad..., y el conjunto resultaría, porque la suma de verdades es la verdad total; y tendría sobre la tela aquella estampa de hombre fuerte y bondadoso, estrujado por los años y lenificado por las penas. La nave no se balanceaba mucho y la marcha era calmosa.

—Si no se mueve, lo retrataré —dije al anciano.

—¡Vaya, patrona! ¿Quieres sacar mi mapa?

—¡Claro!

—¿Por qué no sacas el de la gente joven, que tiene una piel más hermosa?

—Esto es asunto mío, sé lo que hago. Si se viese tan guapo como yo lo veo, carillo, no se cansaría de mirarse al espejo. ¡Ojo..., nada de lo que gusta a las chicas...! Es algo distinto, que usted no entiende.

—¡Ja, ja: no pienses que se me hincha la vanidad, mujer! ¡Conozco el percal! Quieres cogermé por la estampa caricaturesca, para deleite de mirones... Pero haz lo que quieras porque estoy de vuelta de casi todo. Haz lo que quieras.

—No es así. Usted es un anciano encantador, créame. Ya lo verá. Procurará no moverse, ¿verdad?

—No te preocupes. La caña y yo estamos comprometidos hasta mediodía. ¡Arrea!

Y lo hice. En un momento, tuve preparados mis trebejos: pocas veces he pintado con más ganas y deleite. No por que no encontrara dificultades imprevistas: siempre ocurre

en el momento de la ejecución. Para empezar, comprendí que no podía proceder por detalles, como me había propuesto. A plena luz del sol y sobre el puente de una embarcación que navega voltejando, con pequeñas bordadas que la obligan a girar constantemente, las sombras son fugitivas y cambiantes. Era necesario plasmarlas en una posición determinada, lo que exigía que se hiciera primero el esbozo general. Había que tener también en cuenta un conjunto de circunstancias que realizaban la belleza de la figura: la superficie del mar, en la que los contornos se diluían y bañaban; la atmósfera de aquel día ceniciento, que armonizaba todos los tonos en una gama fría... Esto era precisamente lo que tenía que dar a mi lienzo cierta originalidad que lo distinguiera de los trabajos manidos de taller. Me puse manos a la obra. No me daba cuenta del balanceo ni de los mares por los que navegábamos. Rebasamos San Feliu de Guíxols, uno de los pueblos más importantes de la costa, pero no lo supe hasta después de haber acabado mi boceto, cuando ya lo habíamos dejado muy atrás. ¡Ah!, el contacto con la belleza produce una noble ebriedad. Mis sentidos y mis facultades se embebían de la luz y los colores y disfrutaban de una quintaesencia misteriosa, una especie de elixir excitador del espíritu. No sé cómo explicarlo: los grandes artistas podrán no ser comprendidos, podrán ser objeto de mofa, de escarnio, y padecer los mayores sufrimientos; pero, sin embargo, nadie da fruto como ellos, no; nadie. Se acercan a la divinidad. Un dios los invade, como a las sibilas; pero es un dios creador. La palabra *inspiración* no se ha inventado por que sí: es la única que puede aplicarse a aquel estado. El artista se ve convertido en un sonámbulo impulsado irresistiblemente a producir. El trabajo se convierte en gozo, y las dificultades se allanan maravillosamente. Todo resulta fácil y se perciben las armonías de una creación que nace y palpita y se ensancha y... Bueno, basta: no nos liemos. He querido que supieras, que probaras algunas salpicaduras del néctar divino; sin embargo, no por esto estoy menos convencida de que soy una pintora del montón. Pero..., ¿quién sabe?..., tal vez los grandes artistas, en una esfera más serena y elevada que nosotros, no experimentan estas embriagueces que nos hacen desiguales en nuestras obras; o puede que la locura sea en ellos un estado habitual: vete a averiguarlo. Lo que puedo afirmar es que pinté la cabeza del anciano Mauva con la mayor de las ilusiones y que, cuando le di los últimos toques, me sentí tan satisfecha que no podía ocultar mi alegría. Me levanté para examinar mi obra desde diversas perspectivas y entonces me di cuenta de que mi padre, Vadó, Pablo y Cadenera la contemplaban en silencio formando un arco a mis espaldas.

—¡Por Dios!, ¿vosotros aquí?

—Es él mismo —exclamó mi padre con su vozarrón cavernoso, como si despertara de un sueño—. No puede estar mejor. Te aseguro que no le ahorraré los dineros para comprarle un marco dorado. Quiero ponerlo en el salón de casa, para que todos lo vean.

Los otros seguían arrobados. Por último, Vadó «Sietetrozos», después de mover la cabeza a los cuatro puntos cardinales, extendió la mano hacia la tela y dijo:

—Esto es lo mejor: esta humedad de los ojos..., dan ganas de sacar el pañuelo para secarla..., y la postura de la boca. ¡Parece que habla! Parece que dice: «¡La paz sea en esta casa!»

—¡Cierto! —exclamó Pablo Ternal, riendo y dándose un puñetazo en el muslo—. ¡Y las orejas, por la última mueca de Judas!, ¿no parece que se pueden palpar con los dedos? ¡Y los dientes, con las mellas y la mugre como piedras tiñosas! ¡Virgen Santísima! ¡Y las arrugas de la frente!

—Y estos rizos de los cabellos, que sobresalen y se separan pelo a pelo como si el viento los levantara —añadió Cadenera juntando sus manos con admiración.

—Venid, abuelo, contemplaos —dijo mi padre, mostrando la pintura al viejo Mauva—. ¿No es usted?

El anciano posó sobre la tela una mirada indiferente que fue cambiando a atenta, triste y compasiva.

—Está bien..., sí. Es mi aspecto —murmuró.

Y después de palparse las arrugas de la frente, como si quisiera cerciorarse de la realidad, volvió la cara y miró a lo lejos con un rictus melancólico:

—Los años lo transforman todo —dijo, como si hablara para sí mismo—, ¿pero, a mí, qué más me da?

—Si vuestra costilla regresara del otro mundo, quizá no os reconocería —comentó Vadó.

—No volverá —contestó el viejo con voz apagada.

En estas, Cadenera, que no había abandonado el cuadro y lo contemplaba ansiosamente, cogió al anciano Mauva por una manga y le preguntó:

—¿Es muy caro esto?

—¿Qué quieres decir, mocoso?

—Si os ha costado mucho dinero haceros retratar.

—¡Huy! —exclamó Vadó «Sietetrozos» guiñando un ojo al abuelo Mauva para que callara—. Estas pinturas vienen de París de Francia y se pagan a precio de oro, sin contar las manos de plata que las manejan y que no se alquilan como mano de obra barata. Pero no te preocupes: el abuelo algunos ahorros guarda y no necesitará pedir prestado.

—¡Oh, él ya puede! —contestó Cadenera, rascándose el cogote—. Pero yo también tengo algo: tres pesetas y cinco cuartos en la hucha..., y ganancias que irán llegando.

—¿Te gustaría que te retratara? —le dije.

—¿Si me gustaría? —contestó con decisión—. Soy pobre y por adelantado ya sabéis lo que os puedo dar. Pero no perderéis nada, patrona, ¡mal rayo me parta! De mis ahorros os iré dando hasta que lo complete todo. Gano en cada viaje, ¿comprendéis? Y, cuanto más crezco, más. Pablo y Vadó son buenos testigos. Y la cruz de mis dedos, que beso, me obligue, amén, si falto a la palabra.

—Vaya, patrona, esto vale casi tanto como la escritura de un notario —dijo Vadó cruzando brazos y piernas con un aire que quería parecer solemne—. Podéis cerrar el trato sin miedo. Y, además, un chico tan guapo y delicado ha de ser muy grato de retratar, pero no tenéis que hilar fino en la mano de obra.

—Yo no regateo —repuso Cadenera con dignidad.

—¿Hay motivos para regatear, despilfarrador? —exclamó Pablo Ternal, dándole un manotazo en el hombro—. A ti qué más te da uno que ciento.

—¡No corras! —saltó Vadó—. Ahora me percato de una dificultad. Tú, chaval, querrás guardar el retrato, ¿verdad?

—¡Hombre!, ¿tú qué crees? ¡Claro que lo quiero!

—Esto es harina de otro costal —dije de sopetón—. El abuelo Mauva me ha cedido el suyo, y...

—¡Vaya por Dios! —protestó el chico, asustado—. Esto de pagar y que no te toque... ¡Ya es mucho que el abuelo Mauva, tan experimentado, se haya dejado pillar en la trampa! ¿Cuántos reales le habéis soplado?

—¡Habla bien, zopenco! —protestó mi padre, pinchándole la oreja con el índice, lanzado a guisa de disparador desde el nudillo del pulgar. Las mujeres no esquilman a nadie.

—Pero... —replicó el muchacho— al pan, pan; y al vino, vino.

Temí que la terquedad del chico y las asperezas de mi padre llevaran la broma por malos caminos, y decidí cortar por lo sano.

—No, Cadenera, no te envalentones —dije—. No he cobrado nada al abuelo Mauva. A mí me basta la dicha por que se haya dejado retratar. Soy yo la que está en deuda con él. Y se la pagaré: un paquete para la pipa.

—¡Ca..., caracoles! —exclamó, tartajeando, Pablo Ternal, que se había creído lo de la venta del cuadro—. ¡Vaya con el viejo consumido! ¡Mal rayo lo parta! ¡Siempre tan afortunado! Yo me dejaría pintar de la cabeza a los pies e incluso daría el paquete y alguna cosa más. ¡Y hala, jo... San Ahogo me proteja!

La conversación se zanjó con el compromiso de retratarlos a todos durante el viaje, si teníamos ocasión, buen tiempo y buen humor.

Era la hora de comer y mi padre y yo nos sentamos en el banco, delante de la mesa puesta, e hicimos el honor a los alimentos que nos sirvió Pablo con la seriedad acostumbrada. Cadenera no se presentó hasta el final. Estaba mustio y preocupado, y, cuando me quedé a solas con él, se me acercó y me dijo cariñosamente:

—¡Si supierais cuánto os aprecio, ama! Yo, por vos, haría cualquier cosa.

—¿De veras?

—¡Lo aseguro...! Pero habéis de tenerme contento. ¿Cómo arreglamos lo del retrato para que pueda guardármelo para recordaros? Me doy cuenta de que los materiales son caros y no quiero que salgáis perdiendo por mi culpa. A razonable no hay quien me gane, y...

—Mira, carillo: te regalaré lo que deseas, pero ni una palabra a nadie, ¿lo entiendes?

—¡De balde!

—¡De balde! Pero solo a ti y que nadie se entere.

—Que viváis muchos años. No temáis: nadie se enterará de nuestro trato. Soy discreto como la muerte. ¡Me dolería mucho que Pablo pudiera burlarse!

—¡Ay, ay! ¿Por qué?

—Porque es una mala pieza. ¡Si oyerais cómo refunfuña en la cocina! ¡Maldice el cielo y la tierra y habla mal de vuestro padre e incluso de vos!

—¿De mí?

—¡Huy, huy!

—¿Y qué dice?

—¡Mucho ojo! Si sospechara de que os informo, me mata.

—Pero me lo puedes decir al oído.

—¿Y qué sacaréis? ¡Menuda tirria le cogerais!

—¡No, hombre! Todo me lo tomo por el lado bueno.

—De acuerdo, pero si os duele..., resignaos porque yo no intervengo sino para servirlos. Mirad, dice que sois nuevos ricos... Un navío con más gallardetes que velas..., una señora solo aparente..., que, por muchos afeites que os pongáis, no ahogaréis el tufo a alquitrán que os han dejado las manos de vuestro padre..., que parecéis la Majestad de Caldas..., y: «¡Ay, no tiréis ni un grano de hollín a la chimenea, que se podría atascar!» y «¡ay, qué limpia la barra del gallinero...!» y «¡cuidado, no ensuciéis el paño de la cocina!»..., y, vaya, ahora no recuerdo más, ¡pero menudas letanías...!

Solté una risotada; pero, la verdad (a ti te lo puedo confesar), cada uno de aquellos ultrajes caía como una perdigonada candente en mi corazón. Y, con el escozor que me producían, ¡concebí un rencor y unos pensamientos vengativos...! ¿De qué podía quejarse de mí Pablo? ¿Y por qué yo no era tan señora como las de mi alcurnia? ¿Acaso no sabía vestir tan bien como ellas? ¿Y no había sido mejor educada que otras y mejor instruida que la mayor parte y con más inteligencia y más carácter que las más sabihondas? Pasé un mal rato. Pero no tardé en echármelo todo a la espalda. Al fin y al cabo, ¿quién era Pablo para juzgarme? Y, por otra parte, ¿acaso un hombre como él podía hablar de otro modo? Estas reflexiones mitigaron las llagas de la vanidad herida, y acabó casi de curarlas el propósito cristiano que saqué de tratar con la misma bondad de siempre al insensato que me había causado aquel enojo.

Habíamos entrado en una ensenadita formada por dos promontorios rocosos. El viento nos había abandonado, pero la resaca era grande y creciente. El cielo estaba más cubierto que nunca de nubarrones oscuros y espesos que se deshilachaban alborotadamente hacia la parte de levante, donde el velo ceniciento de la lluvia difuminaba el mar y borraba el horizonte. Allí las aguas estaban moteadas de colores diversos y presentaban, en medio de franjas de un brillo crudo y lechoso, otras umbrosas y erizadas. Aquella lejanía tenía el aspecto de un gran lienzo peludo, cepillado a contrapelo de trecho en trecho. Más acá se extendía una especie de riada de un color negro alquitranado; y, detrás, en primer término, la oscuridad de las olas azuleaba, pero, alrededor de la costa, adquiría el tono verdoso de las pitas. El conjunto era una tabla admirable de umbrosas grisallas. «Tendría que tomar nota», pensé. No me apetecía trabajar, aquel clima cargante me emperezaba. Pero el hecho de haber emprendido el viaje para estudiar lo marino y, de que, no obstante, aún no lo había aprovechado, removi6 en mi conciencia el malestar por el deber incumplido.

—¡Fuera desgana! —murmuré-. Y me encaminé a mi camarote en busca de la caja de pinturas. Pero, al embocar un pasillo abierto entre dos montones de rollos, me llamaron la atención algunas palabras que oí cerca. Había reconocido la voz de mi padre y la del viejo Mauva y quise saber de qué trataban. Me seducían porque hablaban con cierto tono

misterioso. Así pues, permanecí escondida y fui toda oídos.

—Sí, sí: el tiempo tiene mal cariz, abuelo —dijo mi padre amortiguando con pena su voz enronquecida que, al disminuir de tono, aumentaba las oscuras vibraciones y sonaba como la cuerda floja de un contrabajo—. En otras circunstancias, no me preocuparía demasiado, pero lo que me perturba es tener a mi hija a bordo. Con hombres, se puede afrontar todo, pero... ¡con mujeres! Supón que sufra un ataque de histeria..., un mareo, un accidente... Vamos que uno pierde la cabeza...

—Sí, sí —contestó el viejo Mauva—. Os entiendo perfectamente: sé lo que es amar, Saura. Uno se juega la vida cien veces sin pensarlo y, en cambio, se horroriza con solo imaginar que puede romperse una uña de estas criaturas tan queridas y delicadas.

—La sangre propia nunca se convierte en agua —dijo mi padre en el tono de ramplona indiferencia que solía tomar—. ¡Dichoso el que no se enreda nunca con el mujerío! ¡Si no fuera por esta insensata! ¡Ella es la que me estorba! Por esto enloquezco... ¿Y qué pensáis del nubarrón?

—Le cuesta tanto parir que hay que suponer que viene muy preñado —contestó el anciano Mauva—. El viento permanece allá, frenado por el barrido de nubes que le cierra el paso; pero tarde o temprano lo reventará, y ¡vete a saber...! Agua caerá a cántaros. Pero, en cuanto al vendaval, podría tratarse de cuatro rachas o podría traer cola. Esto solo lo sabe el de arriba.

—¿Y si fondeáramos aquí?

—Estamos a resguardo. Pero..., una de dos: o viene temporal o no viene. Si no llega, aquí habremos perdido el tiempo en vano; y si viene, el oleaje batirá como treinta mil demonios por esta ensenada. Si con la resaca de ahora ya resulta inhóspita, ¡figuraos entonces...! Es fácil que las anclas se suelten, y, en tal caso, vaya apuros para salir con viento de regolfada; y, si queréis desembarcar con el bote, se revolverán contra nosotros los rompientes y las rocas que despuntan por delante de la cala. Mal por mal, que Dios me envíe una buena masa de agua para correr. En el mar, me dan más miedo los huesos que el caldo. Podríamos llegar a Tosas..., o, si queréis, desembarcad aquí a vuestra hija y que se vaya a San Feliu.

—¿Sola?

—¡Amigo, vamos muy justos de gente para la maniobra...!

—¿Y si desembarcáramos todos y dejáramos la nave a la buena de Dios...?

—¡Estáis muerto de miedo! ¡Abandonar la *Santa Rita*!

—¡Si no fuera por este demonio de hija...! ¡Cuántas veces habría deseado un tiempo así! Viento y mar en popa.

—Si el viento soplara franco y prolongado...

—Racheará, abuelo; pero dejad que pueda descargar bien: ¡veréis con qué reciedumbre soplará! ¿De dónde viene este mar de fondo? ¿Qué será, sino un coletazo del golfo de León? Fijaos en aquella franja tostada que se extiende en medio del mar. Es un hilero[6] de la corriente que entra. El viento que lo trae no será una ráfaga, no.

—¿Por qué me preguntáis, si sabéis más que el inventor de las cartas marinas? ¿Qué hacemos, entonces?

—¿Qué hacemos...? ¡Tenemos la negra! Si el viento entrara pronto... Tosas no está muy lejos. ¡La hija me complica, la hija!

Los dos siguieron hablando en voz tan baja que no se entendía lo que decían. Se me subió la sangre a la cabeza. ¡Vaya opinión tenían de mí! ¡Poco conocían el temple de mi alma! ¡Yo se lo explicaría...!

Iba a presentarme cuando oí que mi padre me llamaba.

—Estoy aquí —dije, poniéndome delante—. ¿Qué quiere?

—Apareces como las brujas —masculló, mirándome de reojo con recelo—. Vacío la pipa, golpeándola contra un madero, sopló por la boquilla y por la cazoleta, y, mientras la rebañaba con un cuchillo, procurando romper la costra como si no tuviera otra preocupación, balbució:

—Pensaba... Como el tiempo...

—No os molestéis en explicármelo. He escuchado vuestra conversación —declaré resueltamente.

—¡Nos escuchabas! —exclamó, entre consternado y regañón—. Mujer tenías que ser, ¡curiosa, como todas! Pero... mejor: no estoy para misterios. Veamos, ¿qué opinas?

—Proa adelante y a andar camino —contesté—. ¡Cómo se burlarían los marineros de Rosas, si supiesen que usted y sus blandenses abandonaron la nave por miedo a que se mojaran las faldas de una chica! Si estuviera asustada, dejaría que me desembarcaran y me iría a casa yo sola, pues no necesito andaderas; pero ni lo estoy ni quiero separarme de ustedes. ¡Solo faltaría que hubiera que navegar únicamente con terral y brisitas! ¿Cuándo llegaríamos a puerto? Me he abandonado en las manos de Dios y no me escabullo. Si alguno es cobarde, que no se excuse conmigo. ¡Haceos a la idea de que no soy una mujer!

Mientras tanto, mi padre seguía rebañando para descostrar la mugre rígida de su pipa. El viejo Mauva exclamó:

—¡Viva la moza valiente! No temáis, Saura, todo saldrá bien. Barca parada no gana fletes. Además, ¿acaso en tierra no se mueren también las personas queridas? ¿No es mejor tenerlas por lo menos a nuestro lado y que finen en nuestros brazos? Si mi mujer me hubiera podido acompañar, tal vez aún viviría como yo. ¿Lo veis? En tierra perdió pie y..., ¡abajo! No tuvo ni el consuelo de mi último beso.

—Bueno, bueno... —protestó mi padre, mientras se metía la pipa en el bolsillo.

Irguiéndose de golpe, me miró de hito en hito muy arrebatado.

—Estamos en el baile y quieres bailar, ¿verdad? Procura asentar bien los pies. ¿Por qué te has embarcado? ¡Ya te avisé!

Y se marchó gritando:

—¡Iza la mesana! ¡Todos al tajo!

—Es huraño y regañón —señaló el abuelo Mauva—, pero, sea como sea, te quiere más que a las niñas de sus ojos. Por fuera, parece hiel, pero por dentro es miel. Protégelo, mujer, cuídalo porque está envejeciendo. Tiene el pelo de la cara negro, pero los cabellos ya se le encanecen. Cuando lo hayas perdido, te darás cuenta de su valía.

Me quedé muy satisfecha, convencida de haber representado un brillante papel, de los

que me entusiasmaba encontrar en las novelas. En aquellos momentos, no me daba cuenta de la gravedad de la situación.

Al cabo de un tiempo, vi que Pablo y Vadó enarbolaban unos remos muy largos, los armaban a estribor y se ponían a bogar para girar la barca, inmovilizada por falta de viento. Me acerqué con ganas de jolgorio y tiré de la lengua a Pablo.

—¡Hola, Pablo, hola! ¿Y esto...? ¡Ya podéis burlaros de los sardineros! Parece que, si ellos deslíen el agua, nosotros tampoco nos libramos, y las cañas se nos vuelven lanzas.

—¡Bravo, patrona! Pero ellos tienen que remover el caldo casi todos los días y nosotros solo de cuando en cuando y por poco tiempo.

—¡Dios nos guarde de mucho, amigo Pablo! —saltó Vadó «Sietetrozos»—. Cuando la perdiz ha de apeonar, uno deja de ser persona para convertirse en un nervio de sus piernas! ¡Hala, tira y afloja! Si no fuera porque te veo la raya tan bien partida desde la nuca, te tomaría por un muelle flexible y no por un conquistador.

—¡Mi raya no te debe nada ni está peinada para tu gozo! ¡Antes se me lleve el diablo! —replicó Pablo—. Y, además, si yo como boga, tú no comes vaga.

—¿Pesano mucho los remos? —pregunté—. ¿Cuántos palmos miden?

—Tienen cuatro veces mi altura y cinco la de Cadenera: contad —respondió Vadó—. Son remos de treinta y cuatro. Pesano como un asno muerto, y no los usamos más que para entradas o salidas de puerto o para ganar el rumbo del viento. Es tarea que dura poco.

En cuanto la barca estuvo con la proa hacia fuera, mi padre y Cadenera armaron otro remo en el costado de babor. El viejo Mauva me hizo señas para que me acercara.

—¿Qué quiere?

—Ven, buena moza, escucha. Tu padre y Cadenera no pueden mover más que un remo. Si yo armara otro, iríamos parejos por banda y ganaríamos mucho; pero la caña del timón no se debe abandonar. He pensado que tú podrías encargarte de ella, ¿verdad que sí, mujer valiente? Mira: la aguantas así, que no se mueva. En cuanto hayamos remontado la punta, volveré. No te consumirás mucho.

Cogí la caña tal como me indicó y permanecí erguida al pie del palo de mesana. Los remos batían el agua acompasadamente. La barca se movía con una lentitud penosa. A cada instante, me parecía que el mar se ponía más oscuro y que el cielo se entristecía. No sé si sucedía realmente así o si era efecto de mi aprensión. Aquel mar y aquel cielo me sugerían a dos enemigos que se vigilan rencorosos, con las miradas cada vez más torvas... Sentí un desmayo. ¿Adónde íbamos a meternos, pobres motitas, en medio de aquellas dos inmensidades amenazadoras? Comprendí de golpe la ligereza de mis bravuconadas de hacía un rato. Me había dejado llevar por un engaño y me parecía que mi vida había sido una comedia, en la que había tomado por real lo que no era más que fruto de mi fantasía. Escuché una voz interior que me decía: «No, esto no es una farsa: despierta, fíjate... Eres tú, tú misma que te estás jugando la vida». Y la conmoción de mi yo aterrorizado me invadió hasta la médula. El terror fue tan intenso como repentino: parecía que en mi alma se había abierto un ojo que se embebía de las sombras de la muerte. Estuve a punto de llamar a mi padre para obligarlo a retroceder; pero el orgullo

me frenó, al pensar en el descrédito que merecería ante el abuelo Mauva por mi cobarde acción. Aquel hombre había sido testigo de mi arrojo: me tomaría por loca. «Bueno, ¿y qué? —pensé—. ¿Esta reflexión no es acaso también un engaño?». No obstante, la mentira seguía a flor de piel y me frenaba. Pasé una angustia que no se puede describir. Un sudor frío me resbalaba por las mejillas. Desvié la mirada hacia la costa en busca de distracción. No había ni una casa ni un campo cultivado: nada que indicara trabajo o presencia humana: solo peñascos y montañas frondosas y la playita solitaria. También reinaba la tristeza. Los dos farallones extendían su fondo rocoso y desnudo en el mar. ¡Ay, parecía que aquella tierra, como buena madre, alargara los brazos descarnados para retenernos, desolada por nuestra partida! Y nosotros huíamos de allí. Los remos batían el agua y la barca salía poco a poco de la ensenada y entraba mar adentro intrépidamente.

Cuando el viejo Mauva regresó al timón, debió de darse cuenta de que estaba pálida y me preguntó si me mareaba.

—No. Siento solo un dolorcito..., no es nada.

Me fui a popa y me dejé caer abatida en el banco. El aire no se movía. La calma era honda y pesada. Observé que el velo lechoso de la lluvia se expandía de levante hacia el sur por el horizonte, como una cortina que se extiende por una balconada. En la mar, no se divisaba ni una vela. Estábamos solos. Recriminé a mi padre interiormente. ¡Ah, si hubiera vivido mi madre, no me habría encontrado en aquel peligro! Ella no habría hecho caso de mis caprichos y fantasías de niña mimada: me habría arropado con su cariño y me habría protegido de mí misma. Las lágrimas acudían a mis ojos. ¿Qué hacer...? ¿Grito para que me desembarquen...? Lloré por mi desamparo, por la humillación... Y, llorando, llorando, conseguí un rayo de esperanza. Me acordé de que se había hablado de entrar en Tosas. No estaba muy lejos: con la primera ráfaga de viento podríamos llegar. Y, una vez fondeados en aquella bahía, el peligro personal desaparecería por completo e incluso, si fuera preciso, el pueblo nos ayudaría a salvar la carga y la embarcación. ¡Estaba claro! ¡A ver si mi padre, que me quería tanto, se habría expuesto a...! ¡Qué va...! ¡Qué tonta! Una onda de consuelo y de alegría esponjó mi pecho. Sentí que el calor de la vida se dilataba por mi cuerpo y subía hasta las mejillas. ¡No, no pasaría nada y, quién sabe, quizá ni siquiera habría temporal! Por muy expertos que fueran los viejos marineros, erraban en muchos pronósticos, para luego salir con la excusa de que si el viento había cambiado, de que el aguacero lo había sosegado, de que si el nubarrón, de que si la corriente... ¡Nunca aceptan un error, eso por descontado, los muy sátrapas! ¡Ah, qué bronca les iba a echar! Una risita afloró en mis labios. Y, sonriendo, con los ojos todavía humedecidos por las lágrimas, miré a mi alrededor, para cerciorarme de que nadie había presenciado mi desfallecimiento. Me habría dolido. ¡Con lo valiente que me consideraban! ¡Solo faltaría que me hubiesen visto llorar! Corrí a un escondrijo para secarme la cara, y, allí, friega que fregarás con el pañuelo, me repasé todos los lacrimales; y, una vez compuesta y despabilada, salí musitando una canción.

Entonces se oyó la voz áspera de mi padre.

—¡Atento, abuelo, ya llega el atolondrado!

Inmediatamente sobrevino una ráfaga violenta, que sacudió la nave, rugiendo

estremecedoramente en los palos y en las antenas. Las olas se encamaron como hierba de trigo cuando se abate en gavillas bajo un fuerte aguacero. La barca arrancó medio volcada.

—Pero, abuelo —exclamé—, ¿por qué arrumbáis hacia fuera?

—Conviene rebasar las puntas —me contestó.

La mar, primero rasa y abatida, volvía, alzándose y engulléndose, y aparecían en ella grandes depresiones huidoras. Por dos o tres veces, el viento cesó y volvió a soplar. Vi que los nubarrones de oriente se enroscaban y se abrían grandes grietas por las que se divisaba un cielo verdoso. Entonces, entró el levante con toda su furia, acompañado de brumas rastreras que se rebatían por la inmensa llanura de agua y pasaban como humaradas de colosales chimeneas. El horizonte volvió a cerrarse y a oscurecerse y la lluvia lo difuminó bajo su velo gris y rayado.

—¡A popa, abuelo, a popa! Ya nos hemos salido bastante. No perdamos tiempo. Intentemos la derrota de Tosas —dijo mi padre.

—Intentémoslo —murmuró el viejo timonel.

Arrumbamos paralelos a la costa. ¡Qué vendaval, Dios mío! En cada momento, la nave se topaba en su camino con altibajos más abismales. El agua se encogía y se hinchaba por aquí, por allá, por donde quería, sin orden ni concierto. Los salientes se convertían en abismos y los abismos en salientes, con una agitación desordenada que la vista no podía seguir. Por todas partes, la fluctuación, los altibajos de la masa líquida desnivelada. Las olas eran apariciones de un instante, alomadas, cavernosas, absorbidas a continuación y sustituidas. Solo hacia el interior adquirían cierta individualidad y consistencia y avanzaban encadenadas y compactas, formando a lo largo de la costa unos frunces comparables a un volante en la orla de un vestido.

La marejada crecía gradualmente, pero deprisa, deprisa, y aumentaba los jadeos a cada instante. Y la *Santa Rita*, subiendo, bajando, inclinándose, perdía nervio, se enervaba al hundirse, y los tumbos[7] la asaltaban por la popa y se precipitaban con trompazos secos sobre la cubierta, donde hervían y burbujeaban ruidosamente como la secreción de los tizones verdes en el hogar. El viejo Mauva llamó a mi padre:

—¡Saura, Saura! ¡Llevamos poco trapío! Con esta corriente tan fuerte es difícil gobernar: ¡nos acosa y nos vence! ¡Trapo, trapo, aunque se rasgue! No podemos ir con el palo mayor desnudo. Yo dispondría el foque.

—¡No, mejor será un treo![8] —replicó mi padre—. ¡Voy, voy, abuelo: tened paciencia! Esto es un vendaval maldito que no deja tiempo para nada, pero por lo menos será firme. Hemos de seguirlo a lo largo, lo veo, no hay otro remedio. ¡Aguanta y fuera, abuelo...! ¡Eh, eh..., Pablo..., Vadó..., rápido, a la maniobra...! ¡Eh..., eh!

Se fue corriendo y durante un largo tiempo lo oí, a intervalos, maldecir y rezongar. El treo no debía ser tan fácil de armar como deseaba.

Pero tú no sabes de qué te hablo y convendrá que te lo explique. El treo es una lona que, amarrada al palo mayor, se extiende, a modo de ala de tejado, en declive hacia proa, donde se ata a las bordas con dos cabos.

Mientras lo desplegaban, el viento lo sacudió con tanta violencia que se rompió una de

las amarras, y la vela, ancha y pesada, quedó libre por una punta, aleteando como un pájaro enorme que, herido y sin poder levantar el vuelo, se defiende de los lebreles. Con uno de sus trompazos, hubiera podido matar a un hombre. Todos huyeron de debajo. No sé de qué destreza se valieron para sujetarlo porque, aunque presencié la operación, no me hice cargo. Me parece que fueron acortándolo y cobrándolo poco a poco desde uno de los extremos atados, pero no estoy muy segura. No guardo de aquella escena más que un recuerdo mal pergeñado y confuso como el que suele dejar un desvarío. Veo a unos hombres que flotan entre la llovizna, culebreando entre el cordaje, como las orugas en una telaraña cuando la ventisca desbarata la copa del pino en la que hilaron su nido en momentos de bonanza: bracean, trabajan... Pero de aquella maniobra no guardo más que impresiones sueltas. No puede ser de otro modo: con el movimiento confuso de la barca y con el viento compacto e impetuoso que me zurraba violentamente, empujándome, estrujándome, lanzándome a la cara el pañuelo y obligándome continuamente a cerrar los ojos, no era posible observar nada. ¡Pobres marineros! No sé cómo podían trabajar; pero lo cierto es que lo consiguieron y que el treo fue atado y dio un impulso más vigoroso a nuestra marcha.

Volábamos. El viento esquilaba los rompientes de las olas y los pulverizaba, convertidos en espumas sombrías que se alineaban como malos espíritus en fantástico desfile. Pasaban apelotonadas con un silencio siniestro, pero a veces la imaginación les atribuía los aullidos que sonaban, y entonces parecía que aquellas hijas del temporal chillaban con torva alegría, corriendo hacia donde el mar y el cielo mezclaban sus tempestades. Y nosotros corríamos también hacia allí, a trompicones, por las aguas negruzcas y revueltas.

En poco tiempo, alcanzamos la punta de Tosas. Un bramido espantoso y creciente llenaba el aire conforme nos íbamos acercando. No sé cómo explicar lo que vi. Tendré que recurrir a lo pequeño para dar idea de lo grande. Tú pon las dimensiones. Así como el aceite hirviente, al echarle algunos alimentos jugosos, salta de la paella con escandaloso ruido, así el mar huía de su lecho y se lanzaba rugiendo hacia las peñas.

Comprendí enseguida que era imposible llegar a tierra. Allí el peligro era mayor que en ninguna otra parte. En la boca de la bahía, las olas se agigantaban al ovillarse, devanando el agua como grandes tornos, y llevándosela de tal modo que sus senos se perdían en auténticos abismos. Delante de Tosas hay un escollo en el que reventaban en buena parte; y, al desgarrarse en las asperezas, se levantaban formando un haz de briznas de cristal que se prolongaba en arco y caía como pesados copos en el lado contrario. Para un espíritu tranquilo, aquel espectáculo habría resultado realmente espléndido; pero ya puedes imaginarte que yo no estaba para juegos: únicamente deseaba alejarme de aquellos parajes, que solo con el ruido ya me aturdían.

La atmósfera, espolvoreada por gotitas de vapor hasta gran altura, solo permitía ver el escarpado paisaje como a través de un cristal cubierto de rocío. En aquel ambiente turbio, destacaban, en sombra sobre el cielo, las casas y murallas antiguas de Villa-Vella, agrandadas por la refracción, temblorosas, desvencijadas, estremecidas con cada golpe de mar que investía el risco en el que se encaraman; y una campana, volteada sin duda

por el temporal, dejaba oír su vocecita clara y plañidera en medio del trueno interminable de la resaca.

Al apartarnos de aquellos lugares, me pareció que la tempestad amainaba: no es que fuera realmente así; pero se encontraba, mar adentro, una tranquilidad relativa, y el corazón se esperanzaba instintivamente. Me había hecho a la idea de que no había más solución que seguir la marcha sin pensar en desembarcos. La suerte estaba echada.

Comenzó a llover de una forma atípica. De vez en cuando, caía un chaparrón de goterones semejante al que desprende de golpe un árbol hojoso, cargado de humedad, cuando alguien lo agita por el tronco.

Mi padre se acercó a mí.

—¡Ala, Mariana: basta de curiosear! Hay lluvia para rato. Métete en el camarote.

Negué con la cabeza.

—¿Que no...? ¡Solo nos faltaba esto...!

—No. Quiero ver qué pasa, no quiero amadrigarme —dije angustiada—. ¡Ah, si supierais lo que sufriría! ¡No os hacéis idea, hombre de Dios...! ¡Tened piedad de mí!

—Fuera, fuera... Estarías mejor. Pero..., tú verás. Por ahora no te lo ordeno. Te he traído una capa aguadera. Toma, pónstela y cálate bien la capucha, marinera.

Se sacó de debajo de la axila un capote que pesaba como el plomo, alquitranado por fuera, y forrado con un tejido muy áspero. Al cogerlo, me resbaló de la mano y estuvo a punto de desollarme los dedos. Mi padre lo recogió antes de que se lo llevara el vendaval y me lo puso después de haberme quitado la esclavina de lana, que estaba ya empapada.

—Queréis hacer como los hombres, pero no sois más que un tabique de cañas —protestó—. ¡Hala, toma, ya estás protegida! Ahora, por lo menos, vete debajo del treo.

Al ver que no me atrevía a separarme de la escota[9], a la que me había aferrado por el miedo a caerme, rodeó con el brazo mi cintura y me condujo con paso experimentado y seguro.

—El treo es cauce del viento, pero por lo menos te protegerá un poco de la lluvia —me dijo—. Mira, siéntate aquí.

En el sitio que me indicaba, junto a un montón de cabos, velas y otros pertrechos en desorden, había un pallete de esparto. Me senté con las piernas cruzadas. El montón de carga me resguardaba del viento y me servía de respaldo.

Me di cuenta de que mi padre estaba más pálido que de ordinario, de que la cabeza le temblaba sobre el cuello y de que la boca cerrada y los pliegues de las mejillas tenían aquella contracción que suele producirse cuando se ha paladeado alguna bebida amarga. Evitaba mirarme a los ojos, lo hizo de soslayo y se fue.

Inmediatamente compareció el abuelo Mauva.

—¡Hola, hola, mujer valiente! —exclamó, forzando la voz para que no la ahogara el bramido de la marejada, y usando, sin duda para darme coraje, un tono más alegre que el que solía tener—. El maestro se está encargando de la caña, aprovecharé el reposo para echar una cabezada. Si no te molesta, me prepararé la cama aquí, delante de ti. Hoy, aunque ronque no me oirás. ¡Cómo bailamos, patrona! Es lo de la danza de Lloret: tocan a correr, tocan a correr..., ¿sabes? ¿No estarás asustada, verdad?

—Yo..., tanto como asustada..., pero...

—¿Pero qué?

—No estoy muy tranquila. ¿Sabe qué pienso? Que esto puede durar mucho: tanto que no sé cómo terminará. Porque..., verá..., nosotros avanzamos con el viento; y como el viento trae el temporal, iremos siguiéndolo, siguiéndolo...

—¡Ay, ay, patrona, qué cosas dices! Según tu modo de ver, hasta el fin del mundo no se acabaría la mala travesía. No tengas miedo, guapa: el viento corre treinta veces más de prisa que nosotros y no tardará en dejarnos atrás. Se calmará, mujer, se calmará.

—¿Se ha encontrado otras veces con un tiempo como este?

—Unas cuantas. Esto no es nada. La barca es fuerte y, mientras no choque de golpe, saldrá victoriosa de todo, por muchos baches y obstáculos que encuentre en nuestro camino. Y, mira, puede que mañana haya cambiado el tiempo: no te preocupes. Este temporal viene del golfo de León y coge una cola. Quizá por la parte de Barcelona su rumbo sea más calmoso.

Mientras hablaba, había sacado de en medio de la carga un serón vacío, lo había extendido cerca de mis pies y se había echado.

—Ahora intentaré dormir —dijo mientras se tapaba con la bufanda—. Cuando pasemos por Blanes, despiértame, ¿me oyes, buena chica? Quiero ver la villa. ¡Guardo tantos recuerdos! Es una debilidad que uno tiene. Aunque duerma, tengo el sueño ligero: me tocas con la puntita de tus pies y enseguida estaré en danza.

Se calló y no sé si se durmió; pero, en la relajación de los miembros, en la quietud de los párpados cerrados y en la suavidad de la respiración, había un descanso tan plácido, un sosiego tan auténtico... ¡Dios mío, quién pudiera tener una calma así en medio de las tempestades! Casi daba pena.

¡Cómo rugía el mar! ¡Y cómo crujía la barca! ¡Qué balanceo, qué desarticulación de todo! La agitación aumentaba. Con cada desplome, parecía que nos hundiríamos para siempre. Bajábamos, bajábamos... Entre el trece y las bordas, no se veía más que la masa verdinegra de la ola jaspeada de vetas blancas. ¡Y para abajo! El estómago se encogía con una sensación de vacío, como suele suceder cuando en un sueño pesado parece que nos despeñamos. De vez en cuando, un golpe de mar descargaba sobre la cubierta y la barca se hundía por el exceso de peso y se ladeaba peligrosamente bajo la avalancha, que se agolpaba en la banda, muy cerca de una de las bordas; se oía el borbollar de los sumideros, el golpear de los motones en los palos, el chirriar de alguna charnela que se abría o se cerraba, la cantinela estridente de las cadenas de la botavara removidas por el oleaje: un coro indescriptible de ruidos quejumbrosos. Al fin pasaba un estremecimiento de reviviscencia a lo largo de la nave, que se levantaba como un pecho que recupera la respiración perdida, y... arriba..., arriba... El vendaval nos recogía, enarbolándonos con nueva furia: parecía que el ascenso iba a convertirse en vuelo; y renacíamos arrebatados, ligeros, saltando por encima de las encrestadas aguas. Entonces, veía la grisura del cielo rayada por la lluvia y oteaba algún detalle difuso de la costa.

Con los balanceos, algunos montones de rollos se habían desatado y las piezas desbaratadas rodaban por la cubierta. Hacía rato que Vadó «Sietetrozos», Pablo Ternal y

Cadenera, chorreando por todos los pliegues de los impermeables que vestían, se movían en aquel desorden, intentando recomponer las estibas; pero no lo lograban, porque cuando las ataban de un lado, se les aflojaban por otro, y, cuando acababan de sujetar la de aquí, ya la de allí se soltaba o la de más allá comenzaba a desatarse.

Mi padre gritó desde la caña: —¡Fuera! ¡Rollos a la mar y la cubierta limpia! Y, al darse cuenta de que no lo obedecían en el acto, repitió la orden.

—¡Malogrado bien de Dios! —oí que exclamaba Pablo.

—No tiramos nada nuestro —respondió filosóficamente Vadó mientras se disponía a ejecutar la tarea.

Los otros dos lo secundaron y, en poco tiempo, la cubierta quedó despejada.

Me levanté para seguir con la mirada aquellos haces de cercos de castaño que flotaban en las aguas revueltas. ¿Adónde irían a parar? Seguramente serían arrojados en la costa y tal vez servirían a un campesino para reforzar su pobre tonelería rota. Era una limosna involuntaria por nuestra parte, pero quise acompañarla con un sentimiento de caridad, besando con todo el corazón la mano que se adueñaría de aquellas cosas y deseando que fueran útiles para el que las recibiera.

Estábamos enfrente de Lloret, la gentilísima villa que ha tomado el nombre del laurel que perfuma sus huertos y jardines. Completamente mojada, blanqueaba con sordos brillos de plata, y los cristales de sus ventanas perlaban. Como una joya en un estuche abierto —presentalla de ajuar de bodas que la tierra parece que ofrece al mar—, descansa en un valle fresco y retirado, que las peñas de la costa dejan vislumbrar entreabriendo su cortina escarpada. Lo malo es que, de vez en cuando, el novio se desvela y, revolcándose en su enorme lecho, extiende su zafia garra para cerciorarse de que la joya no se aparta de su almohada; y esta es la pena de los lorentenses, que, a veces, han visto amenazada alguna de sus casas. Que Dios les conceda bonanza y les multiplique las horas primaverales, que son las más idóneas a su bella morada.

La playa estaba llena de rompientes que se extendían hasta la calle por el sudoeste. Las barcas negreaban, protegidas en la rinconada de levante en la parte más alta, al pie mismo de los muros. La lluvia borraba casi toda la villa y el paisaje. De la costa, solo se distinguían las peñas más próximas, unas masas informes, sin perfiles. Pero hubo un momento en que la espesura del aguacero se aclaró un poco y, entonces, se colorearon débilmente en la grisura algunos montículos y lomas lejanos, que parecía que flotaban en el aire con un efecto de proximidad, bañados por una llamita de sol mortecina; allí el dorado promontorio de Fanals, con su cuartel almenado y la torre grácil; más allá, como una blanca magnolia en el remate de un ramo verde, el santuario de Santa Cristina en la cima del montecillo poblado de encinas y de pinos... Era una nota simpática, pero no tuve tiempo de embelesarme: como ocurre con los colores del arco iris, que se apagan, palideció rápidamente en el cielo y la triste opacidad se comprimió por todas partes.

Conocía aquellos parajes por haberlos recorrido durante la infancia, cuando pasaba temporadas en Blanes, en casa de mis tías. Guardaba un recuerdo imborrable de sol y buenos aromas. ¡En qué circunstancias volvía a verlos! Un sinfín de imágenes largamente olvidadas, impresiones de un pasado lleno de vida y esperanza, revivió de

golpe en mi pensamiento. Los rostros avispados de mis compañeros blandenses; los rastros en los que buscábamos lechuguillas dulces y juncos; la fuentecilla del torrente, tan fresca y cantarina; el camino del bosque, donde el ruiseñor, como único amo, nos daba la bienvenida con sus gorjeos; la capilla en la que echábamos ramilletes de lentisco y romero, para calcular, por los tiros errados, los años que tardaríamos en casarnos; la playita cubierta de lirios blancos; las tardes largas y placenteras; los atardeceres dorados..., todo me venía a la cabeza. Recuerdos de paz y de felicidad, ¡cómo contrastaban con mi situación presente! ¡Cómo gemía mi alma! ¡Apañado estaba el que intentase convencerme de embarcarme alguna vez más en mi vida!

Me habría gustado volver a ver el templo de Santa Cristina, despedirme... Pero en vano lo buscaron mis ojos a través de la lluvia cenicienta que empañaba el espacio.

La masa oscura de una ola se levantó por encima de mi mirador y un fuerte balanceo me hizo caer boca abajo sobre el montón de carga en el que me apoyaba. Quedé inmóvil, tendida, con los ojos cerrados, sin atreverme a abrirlos por temor a presenciar una catástrofe. En cambio, oía con toda mi capacidad auditiva. Escuché chirridos de maderas que se rompían, el ronquido del agua brava que corría por encima de la barca y... un grito de dolor..., un grito desgarrador... ¿Quién lo habría soltado? Las palpitaciones del corazón me ensordecían de tal modo que las sensaciones del exterior se enturbiaron y apagaron en mis oídos. Y, sorda y angustiada, me convertí en tacto. A través del montón de cabos mojados en el que se amoldaba mi cuerpo acurrucado, mi sensibilidad se extendía a toda la embarcación y la sentía fluctuar y moverse como si fuera un miembro vivo de mi cuerpo. Ahora se hunde, ahora se encalla, ahora se endereza, pega una sacudida, bornea, se empeza, se levanta, sube, bota... Me di la vuelta y abrí los ojos.

El anciano Mauva estaba de pie delante de mí.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté.

—No lo sé —respondió—. ¡El barracón de Pablo se ha ido a pique!, pero...

—Alguien se habrá hecho daño. He oído... ¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre?

—No, no te preocupes por tu padre, no es él el que ha chillado.

—¿De verdad?

—Lo veo en la caña gobernando y..., vaya..., está entero como una manzana sin gorgojo.

La respuesta me quitó el peso que me oprimía. Respiré hondo y la garganta se me llenó de sollozos, que estallaron a borbotones.

Yo, llora que llorarás.

—¡Quiero a mi padre, quiero que venga mi padre!

—Pero, santa mujer, si te aseguro que...

—¡Lo quiero, lo quiero aquí, aquí..., quiero tocarlo...! ¡Quiero a mi padre, quiero a mi padre...!

El buen marinero no sabía qué hacer. Agachó la cabeza, se rascó el cogote, blandió de arriba abajo la manaza extendida con un gesto que quería ser una llamada a la calma, y abrió la boca para decirme alguna palabra consoladora; pero, al ver que mi desasosiego aumentaba y que los gritos eran más fuertes, renunció de golpe a persuadirme.

—Vamos, calla, calla, voy a buscarlo —murmuró mientras se ponía en marcha.

Al poco rato, compareció mi padre y me abracé a sus piernas y le besé las rodillas. Estaba como loca. Le dije que no permitiría que se separara de mí; que no tenía más amparo que el suyo; que nunca se imaginaría la ansiedad que pasaba por él; que aquello no era vida; que, puesto que teníamos que perdernos, no me negara al menos el consuelo de su amor y de su abrazo; que, si me hubiera querido, no me habría abandonado como me abandonaba; que era un padre sin entrañas...; que... ¡Qué sé yo lo que le dije, en medio de un raudal de gemidos y de lágrimas! Cosas que yo misma sabía que eran injustas, pero la rabia me las quitaba de la boca, ¡intenta detenerlas!

Él, a cada una de mis palabras, me pasaba la mano por la cabeza, acariciándomela, y susurraba con su voz grave:

—¡Vamos, vamos, vamos...!

Y yo, una y otra vez, a estrechar sus piernas contra mi pecho, llora que llorarás y debate que debatirás desazonadamente, golpeando la frente contra sus rodillas:

—¡Basta, basta...! —me decía, acariciándome. Y, de vez en cuando, taconeaba impaciente. Por último, al darse cuenta de que me había tranquilizado un poco, se inclinó sobre mí y refunfuñó en mi oído:

—¿Dónde estamos, Mariana? ¿Ha de durar mucho esto?

Y, con la voz entrecortada, añadió bajito, muy bajito:

—¿A quién quieres que ame yo, sino a ti, que eres mi dios?

Me levantó suavemente, me acostó encima de la estera de esparto y se plantó de pie delante de mí, con los brazos cruzados y las piernas separadas.

—¡Vamos, se ha terminado! —exclamó—. ¡Si hacemos tonterías, esto se va al cuerno! Me parece que ya noto la resaca. No me extrañaría que el viejo Mauva se hubiera dejado llevar a la deriva. No ve mucho y no es fino de oído; y, con este tiempo tan tenebroso... ¡Maldita sea! ¡Y tan cerca de la costa...! Mariana, ya lo ves, no puedo estar contigo. Sé razonable: haz de la necesidad virtud. Llorando y pataleando no se mejora el tiempo. El levante es fuerte... E incluso puede que crezca, porque ahora el chaparrón lo amortigua un poco. ¡Pero... ojo, nada de ahogarnos ni de morir ni de los disparates que imaginas! La *Santa Rita* ha soportado temporales peores. Déjamela a mí, que le conozco las entretelas. ¡Ahogarnos! Aunque tuviéramos que navegar a zambullidas, entre dos aguas, llegaríamos a puerto, ¡estoy totalmente convencido...! Pero he de guiar la caña, no me fío de nadie más. Sé lo que tengo entre manos, lo sé, Mariana. ¡Tú aquí..., paciencia y... chitón! Si te mueves, digo que te aten..., y al camarote como un atadizo. Aquí no seré un padrazo, no lo pienses. ¡Aquí... Dios y yo: no hay más dueños! Y si el mar arrecia, no te querré en la cubierta. Mira, Pablo ya se ha lisiado un brazo: mira lo que se gana. Bueno, ahora ya lo sabes. Desgréñate y patalea, y haz lo que quieras, pero contente. Me voy a lo mío, a salvarlo todo. Respondo de seis vidas.

El rumor del mar y del viento oscurecía y cortaba muchas de estas palabras, demasiado ásperas para no confundirse con él. Pero las entendí todas, por muy mal que las oyera. No se me pasó por la cabeza contradecirlas. Comenzaba a comprender que mi obsesión de hacía un rato no era más que una enajenación muy inoportuna, fruto de la

tensión de mi alma. Al principio, gimoteaba. Después, ya no: escuchaba embobada, con la boca abierta, y experimentaba el consuelo que suelen encontrar los enfermos en el razonamiento de un médico que sabe animarlos. Aquella seguridad y aquella energía con que se expresaba mi padre ejercían una influencia sanadora en mis nervios. Su fortaleza tonificaba mi corazón. ¡Qué confianza tenía en su pericia! Y se notaba que no hacía comedia, no. Inspiraba confianza porque la tenía. ¡Al escucharlo, mi pensamiento descansaba en él con un sosiego...! Y, cuando dio por terminada la conversación y me dejó, sentí, sí, la pena sorda que el alejamiento de una influencia beneficiosa produce siempre, pero ya sin angustia. Me quedé encantada, con la cabeza vacía y con un gran letargo mental. Pensé que era bueno que mi padre trabajara para salvarnos, pero no que se emperezara a mi lado halagando mis ventoleras.

Se oía un rumor de fondo, que crecía y decrecía a ratos. No se veía nada. La lluvia, despabilada por el viento, formaba por todas partes una tupida tolvanera, en la que se distinguía con dificultad el ahuecamiento del oleaje con sus enormes lenguas de espuma voladoras.

El viejo Mauva regresó, cabizbajo y preocupado, acompañado por Cadenera, que temblaba de frío y le rechinaban los dientes. El viejo se tendió en la estera y el chaval se sentó en un pico que sobraba, con la espalda apoyada en las piernas del viejo, mientras me miraba desolado con el semblante confidencial de quien espera encontrar la solidaridad en el sufrimiento compartido.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Dónde están Pablo y Vadó?

—Están en vuestro camarote —contestó el abuelo—. Han bajado porque allí está la bitácora, ¿sabes?: la despensa, se podría decir. Pablo se ha lastimado un brazo y necesitábamos trapos y vendas. En la bitácora hay de todo.

Se calló, puso una mano alrededor del pabellón de la oreja y escuchó hacia estribor. El rumor crecía.

—Pobre Pablo —dijo Cadenera con un suspiro.

—¿Se ha hecho mucho daño?

—La ola impetuosa le ha arrojado el armarito sobre un brazo contra la borda. ¡Podéis imaginároslo...! Tiene el brazo aplastado.

—¿Tú qué sabes, lenguaraz? —saltó el abuelo Mauva, incorporándose sobre un codo.

—Sí, sí —balbució el chico bajando la cabeza—. Usted lo sabe también. No removerá más cazuelas.

—¡No vuelvo a contarte ninguna desgracia! —dijo el viejo—. ¡Hay que ver! No lo creas, hija: este mocoso hoy todo lo ve con lentes de aumento. Más valdría que te callases y que durmieses, bobo: has perdido el oremus. Mira, aquí viene Pablo. No debe de estar tan mal como dices.

El fragor aumentaba.

Pablo llevaba el brazo en cabestrillo, enfundado en un pañuelo del que asomaba parte de la mano vendada. Se movía con lentitud y procuraba zafarse de Vadó «Sietetrozos», que lo seguía atento por si necesitaba ayuda, pero que, en realidad, no le causaba más que molestias con los golpes que le daba con sus miembros quebradizos y su cuerpo

descoyuntado.

Ambos se sentaron cerca de mí. Pablo estaba pálido y abotargado y casi no podía abrir los ojos a causa del picor que, al caer, le producían las gotas de sudor que le empapaban el rostro.

—Vete a echarte a tu petate, hombre —le dijo Vadó.

—No —contestó Pablo con voz ronca.

—¿Qué es esto? —preguntó el abuelo Mauva.

—Nada —respondió Vadó «Sietetrozos»—, carne desgarrada y nervios lesionados. Pero Pablo es muy delicado y grita por cualquier cosa, como un perro cuando le cortan la cola.

—¡Ya! —exclamó Pablo. Y, con un rechinar de dientes y levantando un puño cerrado y tembloroso, añadió:

—¡Me gustaría regalarte la mitad de mi dolor, y ya te oiríamos, ladrón! ¡Me ha amasado la llaga viva, recorriendo la osamenta de arriba abajo, que si me la ensambla que si no me la ensambla..., puñ... alada!

Unas cuantas sacudidas violentas, que nos obligaron a vigilar para que nuestras yacijas y asientos no se salieran de sitio y nos arrastrasen, cortaron la conversación.

El ruido era pavoroso. La lluvia había amainado. Contemplé una extensión de mar muy revuelta y espumosa. Allí las olas se levantaban como surtidores, se replegaban en el aire y blanqueaban como un almendro florido. En medio, descollaban altas peñas y, detrás de estas, una costa cavernosa bramaba por todas las gargantas y dejaba sentir un áspero tambaleo de grava arrastradiza; y, de cuando en cuando, unos estallidos como de barrenos subterráneos.

El abuelo Mauva se asustó.

—¡Por María Santísima! ¡Parece que la tierra nos ataca! ¿Dónde estamos?

—¿No conocéis el rumbo? —gritó Vadó «Sietetrozos»—. Es la Forcanera, que no sabe ladrar sin arrastrar por la boca su lengua de guijarros.

—¡Relámpagos! —exclamó el viejo, levantándose alocado—. ¡Esto no me gusta nada! ¡Que Dios nos ampare! ¡Podemos embarrancar...! ¡Y yo soy el culpable: me he dejado ir a la deriva y estamos engolfados...! ¡Si Saura no nos saca... Alerta, alerta! ¿Dónde está la punta de Santa Ana? ¡Ay, María Santísima!

No había terminado de hablar y ya corría anhelante hacia la borda. Todos lo seguimos. No sé cómo fue posible que yo que, con tiempo sereno, no habría dado cuatro pasos sin perder el equilibrio, hubiera sido capaz, con aquel temporal, de cruzar la cubierta sin vacilar, no me lo explico. Pero lo cierto es que ni me di cuenta de que no pisaba suelo firme, y, corriendo como los marineros, llegué junto con ellos al talamete[10] y me agarré a las bitas, al lado del abuelo Mauva.

El peligro no estaba muy lejos. Dos moles, semejantes a dos puntiagudos edificios góticos mal esculpidos, con sus agujas y torreones desgastados y maltrechos, sobresalían de la costa y casi interceptaban nuestra derrota. Eran las peñas de Santa Ana, a las que las olas trepaban para escarmenar alocadamente sus melenas de Furias. ¡Desdichada la nave que fuera arrastrada contra aquellos escollos puntiagudos! Era casi imposible que

un tripulante saliera con vida.

Al principio, parecía que íbamos por buen camino, pero nuestra dicha duró poco. Con el reflujó, el agua se hundió alrededor de los peñascos con arañamiento hurgador, y, combándose, combándose nos absorbió hacia la oquedad, modificó nuestra posición y nos acercó al peligro. Entonces, por una ilusión óptica, pareció que los dos monstruos de piedra crecían brotando del mar, removiendo y arrastrando las posaderas. Se diría que tenían alma y voluntad y que nos abordaban provocadores con una honda y tambaleante respiración. Por sus crestas, rezumantes de espuma, bajaba la oscuridad y el aire se ennegrecía sobre nuestras cabezas. Casi no tuve tiempo para emocionarme ni para pensar en nada. La máquina de mi cerebro se había parado; de tal modo me sentía atraída por los dos monstruos con una aspiración de engullimiento. Para mí eran seres vivos, feroces... Ya el olfato percibía su áspera tufarada, parecida a la de un viejo crustáceo. No sé qué maleficio, que hechiza y paraliza, exhala de las cosas terribles. Todos estábamos inactivos y encantados.

Mi padre, sin embargo, gobernó con decisión. Con el riesgo de volcar la nave, que con el treó no es manejable más que con viento de popa, orzó a la desesperada. Sufrimos una recaladura[11] tan fuerte que la banda en la que estábamos arrimados se sumergió completamente y las salpicaduras me cegaron. Cuando nos enderezamos, vi que corríamos derechos hacia un escollo, que gruñía de modo terrible a poca distancia.

Sin duda nos íbamos a estrellar. Doblé las piernas y la cintura con un movimiento instintivo. Pero no: la trayectoria había sido perfectamente calculada por el timonel. Volvió el flujo, una ola gigantesca que corría hacia la costa nos empujó y levantó y, en un abrir y cerrar de ojos, nos escurrimos por la tempesteadada cresta y salvamos el freo[12] que se abría entre el escollo y la punta de Santa Ana.

Así pasamos; y, mientras un chaparrón de rocío y un trueno ensordecedor nos revelaban que la ola había reventado en las peñas, nosotros la faldeábamos en plena mar y solo pudo engolfarnos, con su furia mortal, unas cuantas brazas en la ensenada de Blanes.

Allí un espectáculo interesante nos retuvo echados de bruces en la banda. En medio de la maraña confusa de la resaca, una embarcación de mesana, sorprendida en lo profundo por el mal tiempo, rotas las cadenas de las áncoras, medio tumbada y de través, era arrastrada por los rompientes hacia las rocas del sudoeste. Pero no estaba abandonada: unos cuantos toros le habían acercado un cabo que la unía ya a la tierra. Chirriaba entre la espuma el negro costillaje del laúd que utilizaban, lanzado de aquí para allá por las olas, que lo levantaban y se lo llevaban como soldadesca embriagada que juega con una bandera del enemigo. Las campanas tocaban a rebato, ¡nang, nang, nang! Por todas las calles, salía gente en oleadas.

—Si no se dan prisa, no la salvan —dijo Vadó—. Es la *Larga*.

El abuelo Mauva asintió con la cabeza. Tanto él como sus compañeros permanecían circunspectos y miraban sin parpadear.

Un gentío inmenso llenaba la playa. Había acudido el pueblo entero, ricos y pobres, bajo el chaparrón. Todos se habían lanzado a la calle, como una sola alma, al reclamo de

las campanas, ¡nang, nang, nang! El hormiguero humano vibraba y se ondulaba al son del bronce sagrado, y, ¡ea, al trabajo...! Cien azadones cavan en el arenal y abren un amplio surco para formar el varadero. Si un brazo se cansa o se pasma, diez se aproximan a reclamarle la herramienta. Y, mientras tanto, hay una hueste que enseba palos y una hueste que los acarrea, ¡nang, nang, nang! Los jefes de grupo se improvisan, el orden se establece solo, las tareas se realizan con la rapidez del pensamiento.

Los desocupados, hombres y mujeres, ansiosos por acercarse a la zona para colaborar, buscaban paso por el desvío mismo del agua, metiendo a veces los pies sin miramientos. Todos querían ser útiles. Y, cuando el cabo de arrastre les fue cedido, se enristró inmediatamente una multitud de personas de todos los estamentos, que se extendió como una sarta hacia una bocacalle.

—¡Están todos, madres y críos! ¡Todos menos los campaneros! —exclamó Vadó «Sietetrozos», emocionado.

Pablo se olvidó de deformar los juramentos.

—¡Caray, qué pueblo! Así no hacen falta cabrestantes[13]. ¡Arrastrarían una montaña!

—¡Ánimo, buena gente, ánimo! —gritaba el abuelo Mauva traspuesto—. ¡Pueblo de buena estirpe! ¡Benditas las madres que nos criaron! ¡Hala, aquí, a la lucha, que el jornal lo paga Dios!

Según la maroma de arrastre iba saliendo del mar, más y más gente se agarraba a ella. Aquello era el delirio. A un señor de casaca y chistera (estas dos prendas en aquel tiempo eran de uso cotidiano entre personas de cierta posición), el viento se le llevó el sombrero; pero el buen hombre no dejó la cuerda: siguió tirando con la lluvia sobre su cabeza desnuda.

A pesar del ruido ensordecedor del temporal, se oía el grito de ¡iza, iza!: porque no lo proferían solamente los que trabajaban, sino todo el pueblo al unísono, ya que, al no poder contribuir de otro modo al salvamento, lo estimulaba y se unía al menos con su voz. Y el ¡iza, iza, iza! sonaba con más intensidad en la medida en que la barca, objeto del esfuerzo común, se acercaba a la orilla. Y cuando la quilla rozó los primeros palos al atracar y la tripulación lanzó al aire sus gorros en señal de ardorosa acción de gracias..., ¡Reina del Cielo...!, entonces aquel grito de trabajo, aquel ¡iza, iza! se repitió con un tono de victoria que arrebatava el alma. Era un himno grandioso, cautivador. Los elementos lo orquestaban con sus trompas y bajones[14] de gigante. Subía, bajaba..., fundía la música terrible de la naturaleza con un sentimiento excelso. Me había olvidado completamente de mí. Los cabellos se me erizaban.

—¡Viva! —clamó el abuelo Mauva, pálido como un muerto y con un reguerito de lágrimas en cada mejilla.

Todos agitamos los brazos y estallamos en un saludo que, en mi boca, no fue más que un chillido histérico, agudo e inarticulado. ¡Ay! Probablemente nuestra voz no pudo llegar a la buena gente a la que iba dirigida y, aunque la hubieran oído, no podían imaginarse que los aplaudieran unos míseros navegantes medio perdidos en la revuelta. Pero, sea lo que fuere, nunca un pueblo ha sido saludado con un entusiasmo más verdadero y generoso.

Mientras tanto, Blanes huía, huía...

—Si ahora atracáramos, no nos faltaría ayuda —insinuó Pablo.

—¿Pero cómo lo harías? —replicó Vadó—. Si te lanzaras a lo loco a embarrancar, probablemente no lo contarías, amigo. Si acaso tendrían que traerte un cabo y preparar...

—¡Vaya! —saltó el abuelo Mauva—. Gracias a Dios no necesitamos que nadie exponga su vida por nosotros. Abusar de la caridad del prójimo es pecado.

Mi padre debía de tener la misma opinión. Blanes huía, huía... La lluvia y la distancia borraban a la muchedumbre que tanto nos había cautivado. Las siluetas de las personas se fundieron en una única mancha oscura, el conjunto se esfumó... Después, la gente y la playa desaparecieron detrás de la blanquecina humareda que levantaban los rompientes. La villa, anidada en un vallejo, presentaba un aspecto fatídico. El campanario de su encumbrada iglesia, desmochado por una extraña corona, con su estructura parda y enhiesta y su gran reloj a modo de medalla pectoral, tenía la figura de un augur ciclópeo, de pie junto al ara, con todo el pueblo arrodillado a sus pies. La Palomera, cubierta de agua borbotante, como un ronco perol que hierve y borbolla y se derrama por todas partes, pasaba fantásticamente. Por todas partes, brumas, lluvia, estridor... El paisaje se fluidificaba con el ambiente turbio y ensombrecido: un paisaje de sueño pesado. La imaginación sugería la presencia de aquella sombra sin nombre de que habla *Macbeth*.

—¡Blanes, Blanes, tierra de la alegría! —exclamó Vadó—, hoy afliges el corazón de tus hijos. Los demonios bailan por tus colinas y el infierno ruge sobre tus playas.

[1] *Batiporte*: puerta que cierra una abertura horizontal o inclinada y que se abre hacia arriba.

[2] *Brazola*: reborde con que se refuerza la boca de las escotillas y se evita, en lo posible, la caída del agua u otros objetos a las cubiertas inferiores de las naves.

[3] *Aferrar*: plegar las velas.

[4] *Foque*: la mayor de las velas triangulares de un navío

[5] *Caña*: palanca encajada en la cabeza del timón y con la cual se maneja.

[6] *Hilero*: huella que forman en la superficie las corrientes del mar o de los ríos.

[7] *Tumbo*: ondulación de una ola de mar, especialmente la de una ola grande.

[8] *Treo*: vela cuadrada o redonda con que las embarcaciones latinas navegan en popa con vientos fuertes.

[9] *Escota*: cabo que sirve para cazar las velas.

[10] *Talamete*: entablado o cubierta en la parte de proa en las embarcaciones menores.

[11] *Recalcar*: aumentar la inclinación de una nave a consecuencia de una nueva racha de viento o de la salida de las olas a sotavento.

[12] *Freo*: canal estrecho entre dos islas o entre una isla y tierra firme.

[13] *Cabrestante*: torno de eje vertical que se emplea para mover grandes pesos.

[14] *Bajón*: instrumento musical de viento, construido de una pieza de madera de unos 80 cm de longitud, con ocho agujeros para los dedos y otro u otros dos que se tapan con llaves. En su parte lateral superior, se encaja un tudel de cobre, de forma curva, y en este una pipa de cañas con la cual se hace sonar el instrumento.

IV



Nos habíamos engolfado demasiado y con el treo no era posible remontar la punta de Tordera: fue necesario arriarlo y bordar hacia fuera con el foque y la mesana. Mientras tanto, permanecí aferrada a las bitas. Al coger el viento por el car[1], la barca se inclinó por mi banda. Muy a menudo, el agua subía hasta mojarme los codos y, a veces, me flagelaba incluso el pecho y la cara; y, después de hincharse, caía de golpe, prolongándose hacia el suroeste, y presentaba una superficie negra y rugosa como la costra que forma el alquitrán cuando prende de golpe bajo una ventolera fría y violenta. Por barlovento[2], batía el oleaje furioso. ¡Adiós, tierra! Las montañas no se veían más que como jirones azulados en medio de la nubosidad. El estrépito había cesado y los oídos encontraban cierta paz. La embarcación parecía un ser desesperado que corriera por un desierto, quejándose roncamente.

¡Adiós, tierra! ¿Cuándo y dónde la volveríamos a alcanzar? ¿Qué iba a ser de nosotros? Los lugares aptos para la vida humana se nos cerraban, éramos exiliados por un tiempo incierto. Esta idea me oprimía el corazón pero, sin embargo, me sentía más animada que al iniciarse el temporal, tenía confianza. Después de tantos sustos y emociones y de haber superado tantos peligros, comenzaba a confiar en que saldríamos de esta. «Si hasta ahora no nos hemos ido a pique —pensé—, ¿qué puede venir que nos derrote?» Lo único que me angustiaba era la noche, pero la *Santa Rita* era valiente y el timonel, experto: ¡difícil sería que...!

Una vez alejados de la costa, viramos a popa y se armó de nuevo el treo.

—¿Te has dormido, patrona? —me dijo el abuelo Mauva resoplando, fatigado por la maniobra—. ¡Hala, ya podemos volver a la cama!

—Deteneos, abuelo —intervino Pablo—. Desde aquí se ha de ver el cerro del Vilar y...

—No lo busques, amigo —saltó Vadó—, la lluvia se lo come. Pero la Virgen tiene los ojos más transparentes que nosotros y seguro que nos estará viendo.

—Que no nos deje de su mano —exclamó Pablo—. Tendremos que rezarle una Salve, ¿no?

—Muy bien, pero ella nos escuchará donde quiera que estemos —contestó el abuelo Mauva—. Aquí nos mojamos demasiado, vayamos a cobijo. Apóyate en mi brazo, mujer.

En cuanto me alejé de la banda, me di cuenta del gran desfallecimiento que padecía. Los ojos se me llenaban de chiribitas; la cabeza me daba vueltas; las piernas apenas podían sostenerme... Si no hubiera sido por el brazo de mi acompañante... Casi pasmada, me dejé caer sobre el petate con el estómago dolorido y la garganta contraída. Estaba tan exhausta que no tuve fuerzas ni para arrodillarme para rezar la Salve.

El abuelo Mauva había sacado del bolsillo interior de la chaqueta unos gozos de Nuestra Señora del Vilar y los había clavado con cuatro agujas al montón de carga, en un hueco resguardado del viento, de modo que se viera la estampa de la Virgen. Delante de aquel modesto grabado, los marineros, de rodillas y con la cabeza descubierta, levantaron su plegaria en voz alta y al unísono; y me fijé en que el que la seguía con más suspiros y más ponía los ojos en blanco era Pablo. ¡Pobre Pablo, qué desmejorado estaba! «¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia...!» El fragor mataba las voces. Los motones[3] repicaban tristemente, como las matracas en Jueves Santo:

—Trac, trac, trac...

Terminada la oración, Vadó y Pablo trajeron galletas y vino añejo.

—Un parco refrigerio, ama —me dijo el abuelo Mauva—. No carecemos de todo, todavía la cantina está bien provista. Pide, no dejes que se te enfríe el corazón.

Probablemente el decaimiento era la causa de la angustia que se había adueñado de mí. Me puse a comer con la buena voluntad del que quiere curarse; pero la galleta se me deshacía en la boca como serrín seco, que se me agarraba a las encías y al velo del paladar, y solo podía tragármela a base de beber. Mi corazón no estaba para viandas. En cambio, el vino me sentó muy bien. Despertaba en mi estómago un calorcito suave, difundía por mis miembros unos calambres deleitosos y me nublaba la cabeza dulcemente. Apuré mi vaso hasta las escurriduras. Después me estiré y encontré una postura cómoda. Se adueñaba de mí cierto estoicismo. Pasara lo que pasara, ¿podía yo arreglar algo? ¿Por qué preocuparme y perder la calma? En el peor de los casos, morir. ¡Bueno...! ¿Y qué...? Me adormecía.

Los marineros se habían reanimado con la bebida y conversaban entre ellos; pero sus palabras me inspiraban una supina indiferencia, por lo que no les prestaba atención y solo captaba frases volanderas:

—Sin embargo, desde que he añadido aceite a la lámpara, el pabilo de mi alma tiene otra claridad —dijo Vadó «Sietetrozos».

Y vi cómo se perneaba a cuatro patas por encima de la carga, como una enorme araña despatarrada, y escondía nalgas, piernas y espalda, hasta debajo de las axilas, dentro de un rollo de cabos. Pablo soltó una perorata de la que solo capté alguna exclamación y la frase: «¡Esto no se hunde!», acompañada de un enérgico pisoteo. Más tarde, el viejo Mauva se levantó, con la bufanda que le abrigaba el cuello:

—¡Adiós! ¡Si conviene, ya avisaréis! De momento la cosa marcha.

Y desapareció hacia proa. Su imagen bailó en mi cerebro durante un buen rato..., arriba y abajo, con la bufanda convertida en unas alas vaporosas... Me quedé completamente dormida.

No debí de descansar más de un cuarto de hora. Me desperté, cuando la barca dio una fuerte zambullida, con una penosa aprensión: la de que me habían doblado por la mitad y la cintura se me segaba. Ciertamente tenía la boca del estómago debilitada y magullada. Me dolía la cabeza, un sudor frío me rociaba la cara y el aire se enrarecía en mis labios. Me entró un gran desasosiego. Llovía a raudales. El treo, hinchado por el viento en forma de arco, recibía con ronco rumor el chaparrón furioso y rebosaba a chorros por todos los costados. Mi inquieta actividad cerebral no encontró mejor modo de excitarse que siguiendo y contando aquellos chorros, desbaratados y variables, que confluían y retoñaban por todas partes, ora manando como una gruesa trenza, ora deshiliándose en voladores chorritos de plata. Los conté y volví a contar un montón de veces. ¡Qué manía!: «¡Hala, otra vez: busquemos la media de los resultados obtenidos. No, no, dejémoslo a medio sumar!». ¡Y se me iban los ojos a contar de nuevo! ¡Una tarea demencial! Intentaba rechazarla, pero aquello era como un vicio: me entregaba sin darme cuenta.

Mientras tanto, Cadenera se había ido acercando hacia mí y casi se sentó encima de mi ropa. Buscaba mi compañía, pero el pobrecillo no decía nada. De vez en cuando, fijaba en mis ojos una mirada de condolencia y agitaba la cabeza en silencio o suspiraba profundamente. Mi mano se encontró con una de las suyas y se enlazaron:

—¡Carillo, qué mano más fría tienes!

—¡Oh, si solo fuera esto! —dijo, con un apretoncito de agradecimiento.

Le devolví aquella muestra de afecto y permanecimos cogidos de la mano. A veces, con el movimiento de la nave, la carga que nos servía como respaldo se caía por un lado o se extendía hacia delante y nos molestaba, y teníamos que recomponerla. Entonces, naturalmente, nuestras manos se separaban; pero en cuanto habíamos terminado la tarea, nos echábamos de nuevo y ellas se buscaban a tientas y volvían a enlazarse. Este contacto era un consuelo para ambos, un antídoto contra el miedo. Nuestras almas temerosas se confortaban acercándose, así como en una jaula dos pájaros enfermos se abrigan mutuamente, erizados y juntitos en una misma varilla.

Así estuvimos durante mucho tiempo. Pablo y Vadó no se movían ni se desplazaban, tiesos en sus asientos, mudos; vueltos de cara a estribor, nos daban la espalda. Seguía contando los chorritos que rezumaban del treo; y era tan impertinente mi manía que, cuando, agotada por aquella morbosa tarea, cerraba los párpados para olvidarme, la mano se me iba a contar los nudillos de los dedos de Cadenera.

El espeso chubasco reducía la visión a un círculo muy limitado. Apenas se divisaban las olas que chocaban muy cerca de la barca. Aquella agitación me recordaba la que se forma en un pozo alrededor de un cubo sacudido por los primeros tirones del que quiere izarlo. ¡Y siempre igual, siempre la misma fluctuación, siempre encerrados en el mismo emplazamiento plomizo!

Cadenera movía la cabeza con pesar.

—Esto es tiempo de brujas —susurró.

—¿Por qué?

—No sé, lo he escuchado a menudo. Las barcas van Ramoncín, Ramoncín, qué pared tocas. Si las guía el ángel, bien, no se pierden, pero... Es cuando hay más desdichas.

Al final de la tarde, el vendaval arreció, se abrieron huecos en la tolvanera del chubasco y se descubrieron grandes manchas de mar de un color verde rojizo. Aquella coloración se debía al agua terrosa de las ramblas y de los torrentes. La nariz percibía el olor tan característico de la arcilla. Juzgué que no debíamos estar muy lejos de la costa; y, efectivamente, un poco más tarde, la lluvia menguó, se abrió el espacio y divisé una playa larguísima, ocupada por un inquieto rebaño de carneros que corrían hacia el sudoeste en interminable desfile. No se veía ningún pastor por parte alguna. Las masas lanudas avanzaban solas, saltando. Pero no, no eran carneros: me fijé en que algunos revoloteaban: se trataba de vedijas de espuma que las grandes olas dejaba, al fundirse, en el arenal, y que el viento se llevaba arrastrándolas a trompicones por la orilla desierta. La campiña estaba inundada. Algunas sargas, con los troncos desmochados, se erguían con aspecto de desesperación sobre el charco, mostrando al cielo sus brazos hinchados, mutilados. Y, en el mar, los tumbos de la resaca, aquel fragor..., y bancos peligrosos que rebosaban arroyados en el reflujo, y que, cuando el flujo los invadía, escupían, a través de los rompientes, violentas arenadas. Anochecía.

Mi padre se había acercado a la costa para llevar a cabo un reconocimiento. Se alejó enseguida con toda la orza que el treo le permitía.

—Ya el día no enseña más que la punta morada de sus alas —dijo Cadenera—. La noche llega rápidamente.

—Sí, querido. ¿Has reconocido la orilla?

—Era la punta de Besós.

Pablo y Vadó se fueron a encender los faroles. El aguacero, que se había retirado hacia levante, regresaba y se desprendía de las nubes en largos flecos.

Casi no hubo atardecer. La noche entró con el regreso de la lluvia. Pablo y Vadó llamaron al abuelo Mauva, que dormía debajo de proa, y los tres juntos, alumbrándose con un farolillo, se reunieron con nosotros para cenar.

—La paz de Dios sea con vosotros —dijo el viejo Mauva al saludarnos.

Vadó nos dio un plato de barro a cada uno.

—¡Hoy la pelota está todavía en el tejado! —nos advirtió Pablo—. Con este temporal no se puede cocinar, pero... hambre hay. He abierto una lata de sardinas al caldo y otra de butifarras. ¿Por cuál queréis comenzar?

Nadie le respondió. El abuelo se acercó a la borda.

—¡Vaya modo de llover! —exclamó, estremecido por el repentino temblor de un escalofrío.

—Es el mar de arriba que cae sobre el mar de abajo —dijo Vadó.

—Que caiga. ¡Que Satanás suelte de un golpe toda su ponzoña, a ver si así revienta! —saltó Pablo—. Así se ahoga el viento y se aplaca la marejada. El tiempo ha de

obstaculizar de un modo o de otro. Ahora es cuando vamos hacia la bonanza: el cabeceo no es tan fuerte y desde hace media hora no ha embarcado ni una gota de agua salada.

—¡Eh, eh...! —musitó Vadó.

El abuelo Mauva volvió a estremecerse.

—¡Qué negrura! Como si estuviéramos metidos en un tintero.

En ese instante, oí un gran fragor..., un jadeo monstruoso, una invasora vaharada resollante. No estalla, crece, aturde y retumba más rápido en el cerebro que el zumbido de un abejorro ofuscado que viene a chocar con nuestra oreja. No tuve tiempo ni para pensar:

—¿Qué es esto?

Sufrí una gran conmoción, salté por los aires y caí de espaldas medio pasmada. De una ojeada en el corto espacio de tiempo que medió entre el salto y la caída, recuerdo que observé un montón de cosas: unas candencias que rayaban la oscuridad de la noche; Vadó «Sietetrozos» lanzado contra una escalera de cuerda, con los brazos y las piernas esparrancadas; un farol roto, con la mecha todavía encendida, que ardía sobre la cubierta en medio de un charco de aceite; una nube de humo que apestaba; la barca entera descendiendo al abismo con los crujidos de un bosque que se despeña en un desprendimiento. Me caí y una masa de agua rugiente pasó por encima de mí, ahogándome, arrastrándome... No podía razonar, pero me defendí instintivamente agarrándome a tientas, aquí y allá, en los asideros que encontraba.

En cuanto pude sacar la cabeza para respirar, la voz de Pablo hirió mis oídos.

—¡Ladrón, ladrón, asesino! —gritaba—. El *Marsellés* nos ha pasado por... ¡Ladrón..., y no se para! ¡Estamos perdidos, Dios misericordioso!

La voz chillona de Vadó «Sietetrozos» se oía un poco más lejos, hacia proa:

—¡Ayuda, ayuda...! ¡Ohé, ohé, gente...! ¡Ayuda...! ¡Ohé, ohé...! ¡Vira, vira! ¡Ohé, ohé...!

Yo también quería gritar; pero, como suele ocurrir en una pesadilla, mi pecho reventaba, los músculos de mi garganta se expandían, y rebasaban de tal modo los límites que la buena emisión de la voz reclama que no podía dar más que un grito sordo, parecido al de una serpiente atemorizada. Mientras tanto, me movía a cuatro patas, chapoteando, huyendo de las lucecitas fosforescentes que brillaban en el agua y que, por el pánico, me parecían ojitos horribles, sacados del abismo para espiarme, que me querían tragar. Daba vueltas..., había perdido la orientación de la barca..., me encaminaba hacia donde sonaba pisoteo, con la esperanza de encontrar a alguno de los compañeros; y, cuando el pisoteo cesaba, me amedrentaba, creía que había errado el camino, me dirigía hacia otros puntos y, por todas partes, me salían al paso los fantasmas de aquella noche infernal, que me obligaban a retirarme. Por fin, entre el fragor, me llegó un rumor de voces. Me paré y entendí algunas palabras de un diálogo frenético.

—¿...averías?

—Sí, debajo de la regala: el forro de proa...

—¿Botaremos la lancha?

—Aplastada.

—¿...chica?

—No sé.

—Gobernad vos..., derecho al hilo del viento... ¡Mariana! ¡Mariana...!

—¡Coraje, Saura!

—¡Mariana...! ¡Mariana...!

Quería responder y no podía: —¡Aquí, aquí! El grito ahogado se extinguía antes de salir de mi garganta. Me arrodillé: —¡Aquí, aquí! Mi padre se abalanzó sobre mis brazos, me cogió por debajo de las axilas y me levantó en vilo, estrujándome contra su pecho y dándome un beso debajo de mi mandíbula con la boca jadeante, mientras mi cabeza se caía desmayadamente hacia atrás: un beso que era quizá el primero que he recibido de sus labios:

—¡Hija!

Y sentí la conmoción de su ancho pecho, aturdido por los sollozos.

Se puso en seguida en marcha y, andando a trompicones sobre el puente bamboleante de la nave, me llevó en brazos a través del chaparrón. Su respiración silbaba en mis oídos. Yo no sabía dónde estábamos ni lo que me pasaba. Subimos, bajamos, fluctuamos entre las tinieblas... Al final, chocamos con un cuerpo duro, percibo una luz escasamente visible, reparo en algunas sombras y me percató de que hemos llegado a los bancos de popa.

Allí mi padre me soltó y permaneció sentado junto a mí, con un brazo alrededor de mi cintura. El infeliz jadeaba fatigado y emitía ruidosos sollozos.

—¡Dios, Dios! —iba diciendo a borbotones—. ¡Cuánta desgracia...! ¡Dios, Dios! ¿Por qué me habéis perseguido así? ¡Toda la vida me he sacrificado, he luchado..., por ti, Mariana...!, porque mis sudores eran seda sobre tu cuerpo, joyas en tus pendientes... Una llama de alegría en tus ojos me lo compensaba todo. ¿Qué más le da, a la vieja pita, secarse hasta morir, si su vástago lo aprovecha y saca una florecita más...? ¡Morir! No lo había pensado. ¡Adelante! Ahorremos doblas de cuatro para la hija. ¡Dios! ¡Esto es demasiado...! Y tú..., ¡mal haya tu cabeza vacía...!, ¡tenía que haberte apaleado, antes que embarcarte...! ¡Y tanta desgracia...! ¡Dios, Dios! ¡Ya se ve que queréis perdernos!

Yo, asfíxiada por la angustia, no podía decir ni una palabra: me retorció oprimida, ahogándome... Cogió una de mis manos y se la acercó a la garganta, fuerte, fuerte, como si con la intensidad de la caricia quisiera cortar sus sollozos.

—¡Mariana!, ¿qué te pasa...? ¡Ah, tú no podrás resistir esto! No me hagas caso: no sé lo que digo. Quería despedirme..., porque un hombre no sabe lo que puede ocurrir; pero..., nada, me he desahogado..., y ¡allá va! Aún no estamos perdidos. ¡Coraje, Mariana, coraje! Voy a trabajar. Nos salvaremos: sé lo que hay que hacer. Solo tengo miedo por ti. La noche será penosa. ¡Procura aguantar, Mariana; procura aguantar, pobrecita! Quiero ser hombre por ti y por mí.

Se levantó del banco, se agachó, abrió los cajones y sacó un haz de cabos que me enseñó.

—Mira, he de atarte: ¡es necesario! —dijo mientras comenzaba a hacerlo—. Una ola podría arrojarte peligrosamente contra algún punto. ¡No sabes la fuerza que tienen estas

malditas...! Así..., bien atada a los barrotos y a la escota, para que no puedas moverte..., así no hay peligro. La embarcación no se hundirá: no tengas miedo. Cuando venga una ola, mete la cabeza debajo de la borda. Nadie se muere por aguantar un rato la respiración. Conviene que seamos valientes, Mariana. Mi padre me lo dijo cientos de veces: «En el mar, solo se pierde el que se desespera: no hay que rendirse nunca.»

Se agachó de nuevo y sacó de los cajones unos objetos que brillaban. Eran hachas. Se puso dos debajo de las axilas y una en la mano.

—¡Adiós! —dijo—. No puedo entretenerme. ¿Oyes cómo me llaman? Enloquecen: no saben cómo apañárselas. Adiós. La noche será trabajosa, pero no pierdas nunca la confianza. Yo vigilo, ¿oyes? ¡Coraje!

Extendí los brazos:

—¡Padre, padre!

Volvió solo la cabeza, arrimando el mentón al hombro, y me miró:

—No: basta. Adiós.

En esto noté una especie de palpitación en las tinieblas y se destacó una sombra con figura humana, que venía chasqueando los pulgares y gritando desafortunadamente.

—¡Misericordia, Señor...! ¡Saura, Saura...! ¡Sucumbimos, nos anegamos...! ¡Misericordia, Señor...! ¡La bodega se colma...! La proa empieza a hundirse...! ¡Nos vamos a pique sin remedio...! ¡Mise...!

Enmudeció de golpe y retrocedió un paso tambaleándose. Mi padre, que había levantado un hacha y la descargaba con un movimiento de enojo, la desvió en zigzag, para no rozarlo y la abatió lentamente.

—¡Cobarde! —exclamó—. Por poco no os he dejado marcado para siempre. ¡No quiero cobardes a bordo! ¿A qué viene esta escandalera? ¡Gritad fuerte que tal vez bajará el *Sursum corda*...! ¡Pasmarote! Dios dice: «¡Ayuda y te ayudará!». ¡Hala, a trabajar! Ya lo sé que nos anegamos, sí; pero también sé que nadie que siga mi voz sufrirá daño. ¡Hombre, Pablo, no seas lechuzo...! Aquí tienes una herramienta: hay que trabajar. En la mar, solo se pierde el que desespera. Venid.

Ambos se fueron uno al lado del otro y la sombra de sus cuerpos se disipó, zarandeándose, en la noche espesada por la lluvia.

Quedé sola. La tensión nerviosa, la opresión, la fatiga, los terrores quiméricos se habían calmado. Con una serenidad honda y desesperada, mi alma entraba en posesión de la realidad incuestionable: el temporal, el topetazo, el naufragio inminente... Escuché. ¿Quién sabe si estaba muy cerca la ola que venía por mí? Cada cabeceo de la barca me parecía un nuevo escalón en el descenso hacia la muerte que nos esperaba. He aquí la hora suprema, la que pesa sobre todos los instantes de nuestra vida. Era necesario prepararse, cristianizar el corazón, tan mundano, tan despreocupado de los asuntos de ultratumba: era necesario, ¿pero cómo...? Pensé en Jesucristo y me vino a la cabeza un hecho del Evangelio, un acto que siempre me había enternecido: aquel en el que el divino maestro, camino del suplicio, dirigió una mirada de queja y de amor a san Pedro, que lo había negado. La figura amable de Jesús se me representó, mirándome de aquella misma manera, como si me dijera: «Quiero perdonarte. Abandona el último afán terrenal

que te queda, el deseo de vivir. Acepta el calvario: sígueme». Sí, hubiera deseado hacerlo; ya me decantaba e incluso encontraba cierta dulzura en el sacrificio, cierto adormecimiento del dolor en las quietudes melancólicas de la resignación; pero, de golpe, la realidad palpable y brutal me invadía con una sacudida espantosa, y un yo aterrorizado, sin más fe que en lo que percibía con los sentidos y sin más amor que el de la vida material, revolucionaba todo mi ser. ¡Vivir, vivir! ¡Luchar! Necesitaba pensar en las posibilidades de salvarnos. La barca podía resistir: ¡mi padre algo haría...! ¡Señor, vivir! No, no estaba preparada para bien morir. Y, sin embargo, el destino no se detendría... La eternidad había abierto sus puertas y yo sentía el soplo estremecedor. ¡Señor, vivir!

No había esperanza. Me respondía el viento, que esparcía sus débiles, largos y misteriosos chillidos hacia la lejanía invisible y desierta; me respondía el interminable cataclismo de aguas que describían abismos inconmensurables; me respondía una especie de jadeo que indicaba los quejidos y el acercamiento de las olas. Allá, lejos de la costa, el temporal era sigiloso. Una fuerza colosal se manifestaba a veces como un susurro. El peligro se acercaba con el sigilo de las serpientes. No se veía nada y las percepciones, obtenidas solamente por un errante recitado musical, confundían y cautivaban de una manera que no puede expresarse. Enloquecía escuchando.

Escuchaba..., y oí los chillidos de una voz humana, un grito de desesperación. Oteé a lo largo de la barca y no muy lejos me pareció divisar una reyerta, dos hombres que se enzarzaban. Venían. Uno había levantado al otro en vilo y este se defendía a pernadas y puñetazos.

—¡Bribón, verdugo...! ¡Maldito! ¡Dejadme ir, taimado! ¡Picaño!

El que hablaba era Cadenera. El otro era Vadó «Sietetrozos», que tendió al chico sobre el banco y, saltando encima y sujetándolo con una mano en el cuello y con una rodilla en el estómago, le enrolló una cuerda y lo ató y ciñó con tirones rabiosos.

—¡Escorpión venenoso! ¡Granuja! ¡Te juro que no te desatarás!

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Nada —contestó Vadó resoplando—. Vuestro padre me ha encargado que atara a este ladino. ¡Pero, cuidado, esto es un demonio!

Cadenera aún le daba puntapiés.

—¡Dejadme, maldito, ruin! ¡Quiero nadar! ¡Quiero estar libre! ¡Ladrón, más que ladrón!

Vadó aseguró los últimos nudos y se fue casi corriendo. Entonces el muchacho se volvió hacia mí retorciéndose las manos.

—¡Ahora sí que estamos perdidos! ¡Asesinos! ¡Ahora sí que estamos perdidos! ¡Huirán con el bote y nos dejarán aquí! ¡No quieren estorbos! ¡Asesinos! ¡Si por lo menos no nos hubieran atado!

—¡No, no! —repliqué—. ¡Lejos de nosotros esta duda monstruosa! ¿No somos ya bastante desdichados? Pensar esto es una infamia más negra que esta noche de horrores. Aparta de ti esta idea, que te daña el cerebro y ha de destrozarte el corazón. ¡Crear que mi padre puede abandonar a su hija! ¡Jamás, jamás! ¡Dudar de la honradez de nuestros

compañeros! ¡Nunca, nunca!

—¡No sabéis lo que es la mar! —insistió él con angustia—. Aquí no hay más que el yo, el yo y siempre el yo. La *Santa Rita* no tiene aguante. La lancha está destrozada. En el bote, no caben más de cuatro personas. ¡Han huido, han huido! ¿Aún lo dudáis? ¡Ay de nosotros!

—¡No, no puede ser! —exclamé—. ¡No y cien veces no!

—¡Mirad...! —saltó el chico—. Ahora una ola se ha llevado un remo de treinta y cuatro. ¿No lo habéis visto? ¡Pobres de nosotros! Esto es un mal augurio. ¡Cuando el mar se lleva los instrumentos para entrar en puerto, y lo he oído a menudo, es mal augurio, es que la sentencia está dictada! ¡Ay, patrona! ¿Cuántos minutos de vida nos quedan? ¡No os hagáis ilusiones, no! ¡Esto se va! ¡Y estamos solos y atados y vamos a ahogarnos!

—¡No, solos no! —grité fuera de mí—. Háblame de la noche, de los abismos, del naufragio, de la muerte... Esto lo siento y lo palpo pero, no obstante, ¡no es tan horroroso como la sombra sola de este pensamiento maldito, que no puedo creer ni creeré nunca...! ¡No, no!

Ambos gritábamos como ratoneros^[4] desanidados por la tempestad.

—¡Ah la vida, la vida...! ¡Es tan dulce la vida! —dijo—. Cada uno ama la suya más que la de todo el mundo. ¡Quién sabe qué habríamos hecho nosotros en su lugar! ¡Miseria, miseria! ¡Muerto yo, muertos todos. Compañeros, hermanos, padres... En la mar no me fío de nadie! ¡Miseria, miseria! ¡Virgen Santa del Vilar! ¡No creo sino en vos, no espero sino en vos, en vos y en nadie más!

Se conmovió y comenzó a sollozar. También a mí el corazón se me partía. No, la Santísima Virgen no desampararía a aquel muchacho que solo creía en Ella.

—¡Virgen Santa del Vilar! —exclamé con los brazos levantados—. ¡Ayudadnos! ¡Salvadme de este peligro y os prometo que subiré a visitaros a pie, descalza, con el rosario en la mano y cargada con uno de estos remos tan largos! Sí, lo haré ayudada por los marineros de la *Santa Rita*, que no se negarán. Y, si ellos no quieren ayudarme, contrataré cireneos. Cadenera, tú vendrás conmigo, di que sí. Tu ruego valdrá más que el mío.

—¡Sí, sí! —clamó el chico con los brazos fervorosamente levantados—. Dios nos lle... ¡Y yo trasladaré el remo hasta vuestra capilla, descalzo, pasando las cuentas del rosario!

Nuestras cabezas se acercaron y nuestras lágrimas se mezclaron en su ardiente efusión.

¡Con qué confianza y con qué consuelo pronuncié esta promesa! Se me representó la Virgen en aquella imagen del Vilar, tan familiar para mí: «¿Pero no sabes que soy una fuente milagrosa que mana en tu país? ¿Acaso no sabes que soy un oído del cielo, atento sobre la tierra para escuchar los ruegos de la gente de la Costa?» ¡Qué ideas más enternecedoras, querido! Y pensé en tantos cientos de exvotos de naufragos que llenan las paredes de la capilla. Aquellos naufragos habían sido escuchados, y también lo seríamos nosotros. Creo verdaderamente que la Virgen quería mi homenaje: me lo pedía, y venía envuelta en un chaparrón de recuerdos de vida y de poesía: de cánticos de mi

infancia, de aromas del romero de nuestras montañas... ¡Con qué añoranza me acordé de las soledades del Vilar, con sus alcornocales, sus bancales labrantíos, sus viejos olivos donde trinan los pájaros, sus torrentes fresquedales y sus álamos de blancos troncos, en los que las parejas de enamorados escriben sus nombres, entrelazados con la punta del cuchillo! ¡Oh, quién pudiera visitar de nuevo aquellos parajes y cantar delante del altar aquel estribillo tan repetido por los romeros!: «¡Danos gozo y alegría, Virgen Madre del Vilar!».

La barca se había calado[5] de proa. Me di cuenta por la inclinación persistente del suelo, por los botes de la marcha..., por cierta intuición de la que es difícil escudriñar los fundamentos.

—Nos encallamos de proa, fíjate —dije a Cadenera, que se había amparado en mis manos y lloraba arrimando la cara.

—Es que nos anegamos —dijo levantando la cabeza.

—¿Una vez colmados..., nos hundiremos?

—No, esto no, patrona. Llevamos carga de madera: duelas de castaño. Hemos de flotar necesariamente.

—¡Entonces no hay problema! —exclamé, respirando hondo.

—El peligro es otro. Dicen que, con el balanceo de la arboladura, la barca volcará.

—¿Quién lo ha dicho?

—Ellos: tu padre y Vadó.

—¿Y qué piensan hacer?

—No lo sé, me han echado. No he podido escuchar nada más. ¡Si por lo menos no me hubieran atado! ¿Pero estáis segura de que no han huido en el bote? No los oigo.

—No, carillo. Quítatelo de la cabeza.

—Hubiera sido una buena jugarreta, ¿verdad? Me parece que el abuelo Mauva no lo habría permitido.

—¡Y mi padre tampoco, hombre!

—Es que la vida..., ¡es tan bella la vida!

—Calla: ¿no oyes?

—¡Bravo!, sí. ¡Golpean con las hachas...! Están trabajando.

—¿Ves algo?

—Nada: noche y lluvia.

—¿Qué estarán haciendo? ¿No puedes deducirlo?

—Tal vez una armadía. ¡Mientras tengan tiempo para montarla! Conocí a un hombre que se salvó en el océano con una balsa. Saura es un buen patrón, todo lo tiene previsto.

—Sí, hombre, sí.

Nos callamos. Oíamos el hacheo. Al cabo de un rato, Cadenera me dio un codazo.

—Ya sé lo que hacen, ama. Desmochan el palo mayor.

—¿De veras?

—Sí, se había quebrado por encima del treo: acaban de cortarlo. Esto significa que no quieren abandonar la nave: intentan salvarla.

Mientras tanto, la barca corría como un arado, hurgando y clavándose en el fondo, lo

cual resultaba muy peligroso. La resistencia que tenía que vencer obligaba a veces a bornear, pero el viento podía cogerla de lado en el giro y volcarla. Por el ruido, se adivinaba que el oleaje la enterraba a menudo de proa. En cambio, Cadenera y yo estábamos bastante bien. La popa era la parte más elevada y ligera de la nave y los golpes de mar solo conseguían que bailara y que nos alcanzara alguna salpicadura. Después, esta situación se modificó. Fuera a causa del desmoche del palo mayor o a cualquier otro motivo, la proa de la *Santa Rita* se liberó de un embate[6], como si le hubieran quitado un peso de encima; circuló por la bodega un glo-glo y un ronquido como de unos intestinos gigantescos, y, al final, la popa se enclocó de golpe.

—¿Hemos tocado fondo? —pregunté alarmada.

—¡Cuidado! —gritó Cadenera, que me dió un manotazo en la nuca y me obligó a agacharme debajo de la borda.

Una mole de agua se precipitó sobre nosotros con una fuerza y un peso aplastantes. Si me coge con la cabeza a la intemperie, seguro que me habría lisiado gravemente. Bendita precaución la del chico de a bordo. ¡Cuánto sufrimos! Un golpe de mar era alcanzado por el siguiente. ¡Como si estuviéramos en una cavidad de aquellas rocas tempesteadas que habíamos oteado en Tosas y Blanes! De cuando en cuando, Cadenera gritaba pidiendo socorro. A mí, el pánico me impedía recuperar la respiración. Derrengada, rota, horrorizada por el mero contacto con el agua, como si hubiera sentido sobre mi cuerpo la frialdad estremecedora de un reptil, me debatía sin ánimo por los bancos. Los instantes me parecían eternos.

Cuando ya las fuerzas me abandonaban completamente, vino nuestra gente, nos trasladó, más muertos que vivos, a proa y nos dejó mal acostados cerca de la roda[7], donde nos ataron no sé cómo ni de qué modo. Al principio, no reconocía a nadie y no me percataba: me había desmayado. Después, me di cuenta del sitio en el que estábamos y de que los marineros estaban tumbados y atados a mi alrededor. ¡Dios mío, qué noche! Si has leído el poema de Milton y te acuerdas del viaje de Satanás a través del caos, imagínatelo, y figúrate un grupo de débiles seres humanos sujetos a la espalda de aquel monstruoso viajero; esto te dará una idea de cómo íbamos. Todo era denso y pesado a nuestro alrededor y dábamos botes, zambullidas, y respirábamos solo a intervalos a través del chaparrón, la marejada y las tinieblas. Cadenera, agachado junto a mí, gimoteaba monótonamente como un bebé enfermo en el regazo de su madre. El abuelo Mauva respiraba con un estertor que retumbaba dentro de su pecho. Pablo, al que con la humedad y el cansancio se le había agravado la herida del brazo, se retorció de dolor, y, después de haber invocado a todos los santos que le venían a la cabeza, comenzó a barbotar unas blasfemias que estremecían. Para mí que el infeliz desvariaba; y pensé: «Toma: he aquí que esta alma, acuñada con el sello del vicio, se presentará ante Dios blasfemando». Vadó «Sietetrozos» era el más entero del grupo. Con una paciencia admirable, arreglaba continuamente una bufanda que nos servía de almohada, aflojaba las ligaduras que nos hacían daño y procuraba que el brazo de Pablo descansara sobre algo muelle. Y, mi padre, ¿cómo estaría allá en la caña del timón? Solo una energía sobrehumana podía sostenerlo.

Voy a decirte algo que quizá te parecerá extraño: sufría mucho, pero apenas me preocupaba de la muerte ni de nada importante. Pensé en un montón de naderías: en un vestido que me confeccionaba la modista para el que le faltaría tela; en una receta de ratafia[8] que me había dictado el organista de Rosas: aguardiente, enebrina, nuez moscada..., siete días a sol y relente; en una cotorra muy vocinglera del vecindario, como si la oyera decir: «¡Ramona, Ramona...! Un pobre: ¡trae un ochavo!» También me vinieron a la memoria un montón de versos de un romance que me habían leído cuando era pequeña y del que no me había vuelto a acordar nunca más. Los recitaba y volvía a recitar interiormente. Me subía la fiebre. Los ojos se me cerraban y veía gotitas luminosas que descendían y crecían y crecían hasta que una única gota me arrojaba de la cabeza a los pies. Entonces me despabilaba asustada, para enseguida volver a amodorrarme cada vez más profundamente. Oía todas las palabras, todos los quejidos y ruidos; pero mezclados e identificados de tal modo con los sueños febriles que todavía hoy no sabría cómo deslindarlos. Terminé por caer en un delirio consistente en la obsesión de desembrollar los bolillos de un mundillo[9]: tira de aquí, tira de allá, ahora deshaz este nudo, ahora despasa aquel lazo, ora siguiendo un hilo ora otro..., una tarea sin fin. Y aquellos palillos tenían la fisonomía de nuestra gente, con unas caras deformes: uno era el abuelo Mauva, que con sus cabellos blancos formaba un embrollo inextricable; otro era Pablo Ternal, con un brazo vendado e hinchado, que se encontraba por todas partes y no se podía tocar sin que estallara en un gemido o en una blasfemia; las piernas de Vadó «Sietetrozos» estaban entrecruzadas de un modo incomprensible; Cadenera se perdía debajo de una madeja de nudos. Y yo iba afanándome, hala, hala... El mundillo era enorme: se apoyaba, por una parte, en mi falda; y, por la otra, en el remate de una pared altísima, cortada al sesgo, por el que se iba deslizando. Resbalaba y se me llevaba prisionera entre la maraña almohadillada, como otro de aquellos bolillos palpitantes que con sus lamentos me llenaban los oídos. Los hilos me abrían la carne. Un esfuerzo..., ¡hala...! Y el almohadón se levantaba y mi silla también..., y vuelta a empezar.

Abrí los ojos y me tranquilicé un momento. Navegábamos. Persistían la oscuridad y el aguacero. Una voz dijo:

—¡Estamos condenados! ¡Esto es el infierno!

Otra murmuró:

—¡Ave María Purísima!

Me puse a rezar a tientas. Rezaba y volvía a remover los doloridos palillos. El mundillo se balanceaba: ¡aquí, allá...! No, ya no era un mundillo: era la hoja de una puerta que se abría y a continuación se cerraba, mientras batía un colgajo de grandes llaves con cabeza humana, cubiertas de herrumbre, quejosas. Yo era una de ellas, torcida, con el cuerpo magullado y atiesado por el hierro. En mis entrañas, sentía el frío del metal. ¡Balancéate que te balancearás...! Cuando la puerta se abría, pasaba un aire helado; cuando se cerraba, la respiración se cortaba en mi pecho. Los movimientos de aquella puerta eran mi respiración. Al fin, empujada por un impacto de viento, la hoja se cerró completamente. Me ahogaba. Después se abrió un poco, volvió a cerrarse, y sentí

un intenso dolor. Había quedado encajada en el batiente y el borde herrado me atrapaba por debajo del estómago, estaba a punto de romperme las piernas. Intenté forcejear. Mis músculos, helados, tiesos, metálicos, no se movían. Mis ojos se endurecían; la vista se me cegó completamente... No había más que la noche henchida por la oscilación del dolor, ¡zum, zum, zum...! Toda yo era dolor.

No tengo conciencia verdadera de aquel sufrimiento ni del tiempo que duró, pero no puedo recordarlo sin experimentar una especie de dolor orgánico. En lo profundo de mi vida, hay un mundo subconsciente y oscuro que todavía sangra y se subleva con aquellos recuerdos.

Después de mucho sufrir, noté cierta impresión agradable, como de frescor y pureza de aire matinal, y, finalmente, ecos de una festiva charla de voces humanas. Intenté expresarme, para salir de la ola de dolor en que estaba sumergida, pero no encontraba el modo. Al fin sentí que me movían, me pareció que se iba abriendo la pesada puerta que me oprimía, suspiré y miré. Me vi enredada en el almohadón de mi delirio, en medio de aquellos monstruosos bolillos semihumanos. Así fue mi primera impresión de la realidad, pero dudé enseguida. ¿Qué ocurría? Vadó, Cadenera... ¡Ah, todavía duraba la terrible navegación!

—¡Aleluya, aleluya! Mirad, patrona, lo que teníais en el regazo —dijo Cadenera mostrándome un remo tendido muy cerca de mis pies—. ¡Aleluya!

—Resulta extraño —exclamó Vadó—. Los hemos perdido todos menos este. Miradlo: es un remo de treinta y cuatro. Necesariamente tenía que magullaros. El mar lo ha traído a vuestro regazo y yo lo he sacado para que no os matara. Si lo habéis ofrecido...

—Es el que habéis prometido a la Virgen del Vilar. Si esto no es un milagro... —comentó Cadenera, juntando las manos sobre los labios.

—¡Esperanza! —dijo el anciano Mauva levantándose de entre las maromas—. La Virgen Santa ha comenzado a hablar: vendrá a rescatarnos.

Vadó enarboló el remo y se fue a la banda acompañado por el abuelo Mauva y por Cadenera, que lo escoltaban, como dos monaguillos al que lleva la cruz en las procesiones. Una vez allí, se apoyaron muy erguidos, con el remo alzado, y miraban y miraban.

Esto alumbró con un brote de esperanza mi tristísimo despertar. Sí, la Virgen había aceptado el pacto piadoso. Había que tener fe: la fe mueve montañas. Había que tener fe y esperar.

¿Por qué no un milagro? ¡Parecía tan natural que el Cielo concentrara su interés en aquella vida que me costaba tantos desasosiegos!

Comenzaba a clarear. Ya no llovía. El cielo se había serenado en algunos claros y algunos luceros grandes brillaban, dulcemente calmosos por la luminosidad del día, que se iba adueñando poco a poco del aire. El viento había amainado bastante; ¡pero qué negra y espantosa la mar! Nuestra barca, con el palo mayor desmochado, y armada en él una pequeña vela a guisa de treo, marchaba apoplética por el gran desierto, inclinada sobre la banda de estribor y con la popa anegada por el oleaje, que no se cansaba de abordarla; ¡y... hala...: aguas arriba y aguas abajo...! ¡Qué lejos de la costa debíamos de

estar! No se veía ninguna señal. Y no había modo de arrumbar hacia allí. Nuestra ruta era fatal, porque la embarcación, llena de agua y con el centro de gravedad desplazado, en cuanto hubiera dejado de seguir la inclinación de la corriente, habría volcado irremediablemente. Era como una de esas carretas cargadas que los arrieros guían con el corazón en un puño por un mal sendero: «que no embarranquemos en este barrizal; que no cojamos aquella gleba; que si volcamos que si no volcamos...». El timonel tenía que estar siempre alerta, sobre todo para que no nos atravesáramos. ¡Y hala, hala, siempre hacia el sudoeste!, ¡siempre arriba y abajo, adelante, adelante...! ¿Hasta cuándo?

Yo era una momia viviente. Mis ropas, reseca por la fiebre, se habían acartonado alrededor de mi cuerpo. Las ataduras me impedían moverme. Sentía los ojos presos en una malla tensa, los párpados se me cerraban solos: se me cerraban solos y volvía a amodorrarme. Pero, como suele suceder cuando se duerme con angustia mientras se cuida a un enfermo, me despertaba continuamente, imaginándome que había transcurrido mucho tiempo. Sin embargo, veía siempre la misma claridad débil. ¿No terminaría nunca de levantarse el día? La estrella Arturo resplandecía siempre sobre mi cabeza. Y aquella mar, aquella mar... ¿También esto era desvarío? ¡Ojalá lo fuera!

A veces, perdía el sentido de la realidad. Éramos seres de otro mundo que, dejados de la mano de Dios, seguíamos una navegación fatal y misteriosa. La barca era una especie de sepulcro. Mi sopor volvía insensiblemente y glosaba estas fatídicas impresiones aportando nuevos fantasmas. En otros momentos, escrutaba la silueta de los tres marineros, de pie cerca de la banda, con el remo en alto, y barruntaba que esperábamos algo. Aquel remo era como una lengua común que se erguía hacia el cielo y rogaba por nosotros: *Miserere, miserere...*! Inspiraba un sentimiento religioso. ¿Por qué? Sabía que estaba unido a una idea: ¿cuál...? Faltaba el nudo, el recuerdo se había perdido, y mi desvarío lo sustituía con un cúmulo de absurdidades. Y avanza, avanza, arriba, abajo, ora con el cuerpo seco ora bañado de las caderas para abajo por el agua que invadía la cubierta. Mi pensamiento flotaba entre la realidad y el letargo, sin alcanzar nunca el descanso del sueño ni la lucidez de la vigilia. Esto duró mucho, mucho. ¿Será que en el reloj del sufrimiento los instantes no encuentran nunca el modo de acabarse?

Al fin el griterío de mi gente me alarmó:

—¡Ohé, ohé...! ¡Aquí...!

El abuelo Mauva, Vadó, Cadenera, todos gritaban y se movían como locos. Incluso Pablo Ternal, que hacía poco yacía tendido, con la boca terrosa, sin capacidad para mover un dedo, se acababa de incorporar, como un muerto que se levantara de golpe, y emitía un berrido muy prolongado:

—¡Ohé, ohé, ohééé...!

Era extraño. Aquel hombre no podía haber visto nada: gritaba maquinalmente, por instinto de imitación, por..., ¿quién sabe...?, tal vez movido por un poder sobrenatural. Me estremecí y me serené completamente. ¿Qué sucedía? Nos habíamos embarrancado: no se veía alrededor más que una masa negruzca y bulliciosa; pero, sin embargo, los marineros seguían gritando. Pensé en el *De profundis clamavi ad te, Domine!* Era algo terrible. Mientras tanto, el mar iba remontando debajo de nosotros, hinchándose,

levantándonos... Y, en un balanceo, se avistó el horizonte umbrío de poniente. ¡He ahí el milagro! Un rosetón de luz se abría en el centro de las oscuras brumas: se abría y dejaba entrever confusas redondeces del color de la carne, relampagueos de oro con vislumbres irisados..., un cortejo de ángeles en bandada. ¡Y la Virgen debía venir detrás...! Ya se transparentaban los tonos azulados de su manto. ¡Puedes imaginarte cómo latía mi corazón! ¡Puedes imaginar el enajenamiento de mis sentidos!

Las olas ocultaron la maravillosa visión y nos deslizamos vertiente abajo por una lóbrega hondonada. Cuando volvimos a remontar y vi de nuevo el horizonte, comprendí con alegría que el milagro se había convertido en una cuestión terrena y esperanzadora. Sí, aquello me plació más, se adaptaba mejor a las debilidades de mi naturaleza. ¡Ah! Seguramente los milagros no son para nuestros ojos, querido, y nuestro Padre celestial nos los escatima, porque sabe lo que podemos recibir y lo que no podemos recibir. El bello resplandor de poniente no era más que un reflejo del sol arrebolado, que miraba por una brecha de la calima de levante: nada de encarnaduras de ángeles. El velamen zarandeado y encapotado de un bergantín se iba librando de la bruma, colorido de dulce luz rosada. Ya no dudé de nuestra salvación. La Virgen nos enviaba aquella nave: de tal manera me pareció que aquella embarcación acababa de escurrirse de la mano luminosa de la Señora. ¡Qué intuición de la Providencia! ¿Acaso, detrás de la corteza material de las cosas, no hay algo divino que las embellece? ¿De dónde el sentimiento que suscitan los paisajes? ¿De dónde la poesía del polvo? Adoré a Dios en aquellas velas que venían bañadas de sol, ciñendo el viento, portadoras de vida. ¡Airoso bergantín! No estaba muy lejos. Ya sus tripulantes contestaban a los nuestros con un clamoreo que esparcía agradable música por el aire:

—¡Ohé, ohé...! ¡Coraje...! ¡Ohé, ohé...!

Los cantos de la alondra que anuncian una aurora deseada, el himno del ruiseñor en medio de la quietud de la noche, la primera serenata de amor..., nada ha sonado nunca tan dulcemente en mis oídos como aquellas voces de resurrección:

—¡Ohé, ohé...! ¡Ya vamos...! ¡Coraje, coraje!

¡Ah, gente de bien! Eran de El Masnou. Tengo sus nombres escritos en las entrañas del corazón, y, si en alguna oportunidad una de ellas necesita un favor y llama a mi puerta, no habrá joya que me pida ni paso que no dé, para procurarle consuelo. Y no me sentiré exonerada, no: estas deudas no se pueden pagar con bienes terrenos: los servicios de la caridad son jornal de la paga de Dios, como decía el abuelo Mauva.

El salvamento fue dificultoso: hubo que establecer un montón de barloas[10] de una a otra embarcación para acoplarlas y evitar los topetazos. Entonces vi a mi padre. Calado, pálido, temblando nerviosamente, dirigía la maniobra con una gran excitación y tan afónico que la voz no llegaba a formar palabras en sus labios por mucho que se esforzara. Fue el último en transbordar. Estuvo de pie, delante de mí, hasta que tres marineros vinieron a buscarme, me colocaron en unas parihuelas y me izaron con sumo cuidado. ¡Oh, noble protector! ¡Cómo trabajaba con toda el alma en mi salvamento! ¡Con qué interés lo miraba! Mientras subía por la escalera del bergantín, vigilaba mi ascenso y se paraba continuamente para contemplarlo. Una vez arriba, siguió detrás de

mí, entró en el camarote al que me destinaron, presencié cómo me metían en la cama, hizo con la mano una señal de aprobación y, con los ojos en blanco, cayó desmayado cuan largo era, como si lo hubiera fulminado un rayo. ¡Oh, qué hombre! Por encima de los desfallecimientos del cuerpo, por encima de las angustias del alma, por encima de la furia de los elementos, cuando todos nos rendíamos y solo éramos capaces de quejarnos, su voluntad de hierro lo había sostenido en el puesto más fatigoso: su voluntad de hierro y el amor; nos había guiado bien e intrépidamente; y, solo cuando ya no era necesario, se rindió en su esfuerzo sobrehumano y la debilidad recobró de golpe su disputado imperio.

[1] *Car*: extremo inferior y más grueso de la entena.

[2] *Barlovento*: parte de donde viene el viento, con respecto a un punto o lugar determinado.

[3] *Motón*: garrucha por donde pasan los cabos.

[4] *Ratonero común*: ave rapaz, de color gris pardo a casi blanco, cola corta con bandas oscuras, mide unos 50 cm.

[5] *Calar*: alcanzar un buque en el agua determinada profundidad por la parte más baja del casco.

[6] *Embate*: golpe impetuoso de mar.

[7] *Roda*: pieza gruesa y curva, de madera o hierro, que forma la proa de la nave.

[8] *Ratafia*: licor típico de la zona.

[9] *Mundillo*: almohadilla cilíndrica de seis a siete decímetros de largo y unos dos de diámetro, que se usa para hacer encaje de bolillos.

[10] *Barloa*: cable con que se sujetan los buques abarloados (situados uno al costado del otro).

V



El bergantín que nos había rescatado venía de Málaga e iba a Marsella y se ofreció a desembarcarnos en el punto de la Costa que quisiéramos.

Los tres días de navegación son una historia de náuseas y fiebres que mejor será pasar por alto. Lo que sí puedo asegurarte es que no nos faltó auxilio. El capitán era un hombre tan parco en palabras como generoso en las obras, que no nos escatimó nada y que ni siquiera aceptaba que se lo agradeciéramos.

—Saura, hoy por ti, mañana por mí. No se hable más.

Me cedió su camarote, puso la despensa a mi disposición, hizo de médico y de enfermero... Más no se podía pedir. Incluso se empeñó en salvar nuestra barca remolcándola, a pesar del estorbo que tenía que ocasionarle con mar gruesa y viento contrario.

—La *Santa Rita* es una antigua conocida. Las embarcaciones tienen algo de personas: uno las valora. Creed que, si dejara que se perdiera, tendría para siempre un remordimiento: no dormiría tranquilo.

Llegados a la vista de Blanes, decidimos desembarcar allá por muchas razones. Nuestros marineros tenían su casa allí, o la de los suyos, y deseaban descansar; allí mi padre quería que la *Santa Rita* fuera reparada, ya que, según él, no había en otro lugar del mundo mejor maestranza que la blandense, ni maestro constructor, con estudios o sin estudios, más experto que un tal Ramón Veguer que la dirigía. Y allí, finalmente, yo, que me impacientaba por recuperar la salud lo antes posible, vi el cielo abierto en cuanto me hablaron de tomar tierra:

—¡A tierra, a tierra! —exclamé.

¡No sé si saqué fuerzas de flaqueza para saltar de la cama! Demasiado caro había pagado el capricho con aquel viaje corto y terrible que por poco se me lleva al otro mundo.

Por otra parte, el mar se había calmado mucho y el desembarque se efectuó

felizmente.

¿Qué más te diré? Que en Blanes todos estuvimos enfermos, quien más, quien menos; que Pablo Ternal y yo fuimos los más remolones: él a causa del brazo lesionado y yo por unas jaquecas que no se me quitaban con nada; que los aires puros, la buena alimentación y el sosiego del alma nos curaron más que las medicinas; que durante la convalecencia pinté el *retrato* de Cadenera (el *retrátol*, decía, dando a su modo aire catalán a la incorrecta palabra castiza); que el pobre muchacho no cabía en sí de gozo; que... Pero este punto requiere un poco más de atención: te explicaré cómo cumplimos la promesa.

Todos los marineros se avinieron de buena gana a llevar el remo al Vilar.

—¿Que si lo llevaremos? —exclamó Vadó «Sietetrozos» casi bailando—. ¡Ya lo creo, y ese día será festivo! Ya me veo en el canto y la paella. ¡Viva la Virgen del Vilar! Ella nos saca a flote de todo, ama a los blandenses y se desvive por ayudarlos. Esto ya viene de tiempos antiguos. En cada casa hay historias que se transmiten de generación en generación. ¿Vamos a regatearle algo? ¿Que porteen el remo unos mozos de cuerda? ¡De ninguna manera! Tenemos buenos músculos; y, a lo nuestro, nosotros. ¿He hablado acertadamente?

—Amén —contestó el abuelo Mauva.

—Por mi parte —dijo Pablo Ternal, asentando con la palma bien extendida sobre el pecho una de sus robustas manos rojizas para resaltar su implicación—, que se me seque la lengua si me opongo alguna vez a algo que sea en honor de la Virgen del Vilar. A fe mía que le he hecho tantas promesas que ni me acuerdo; y me encuentro en tal lío que no sé por dónde tirar, si algún confesor no me concede una dispensa. ¿Confesor, he dicho? ¡Mal rayo me parta! Como soy penitente añero, en cuanto me acerco a un confesionario, todos ponen cara de perro malhumorado. ¡Pelillos a la mar, patrona! Pero, sea como sea, me parece..., la verdad sea dicha..., que bien puedo pagar la deuda de otro en descargo y a buena cuenta de tantas mías que se han borrado de mi memoria. Por la Santísima Virgen, siempre seré útil. Aquí hay una espalda que no se echará para atrás, aunque el remo fuera de sesenta y ocho en vez de ser de treinta y cuatro y nadie más quisiera arrimar el hombro para llevarlo.

—¡Ay, Pablo, Pablo, cuánto valdrías si no fuera por tu mala lengua! —observó el abuelo Mauva—. Si tanto quieres a la Virgencita, ¿por qué despotricas de toda su parentela celestial? ¿No te das cuenta de que las oraciones que le diriges no pueden subir a sus oídos, mezcladas con el rosario de juramentos que profieres al infierno cada día de la mañana a la noche? Vergüenza tendría que darte.

—Por la palabra engendrada del Padre Eterno —exclamó enérgicamente Pablo—, por el báculo de Roma y por...

—¡No jures, hombre, no jures! —saltó el abuelo Mauva, interrumpiendo la respuesta.

—Quiero decir —siguió Pablo— que se ha acabado lo de renegar. Ya me doy cuenta de que es un vicio feo. Conozco mis propósitos, abuelo.

—¡Hum, hum...! —terció Vadó, suavizando la carraspera de la garganta y acariciando con los dedos las aletas de la nariz, como si el espíritu sutil de la desconfianza se hubiera

evaporado, haciéndole cosquillas por las fosas nasales y el gaznate.

—¡Al Vilar, al Vilar! —clamó Cadenera—. ¿Cuándo es la fiesta?

Mi padre fue el único que se mostró remiso. Lo de desfilarse por las calles lo cogía a contrapelo. ¡Que aquel hombre fuera tan tímido!

Sentado, fumando, con la visera de la gorra sobre los ojos, nos había escuchado sin abrir la boca; pero, cuando le tiré de la lengua, se encaminó despacio hacia la puerta, y, antes de llegar, se paró, se volvió para mirarme, y dijo, pausada y gruñonamente:

—Te he dado el permiso para que puedas cumplir tu promesa, Mariana: estaba en mi derecho... ¡Vale...! Me privo de un remo que cuesta un montón de pesetas. ¡Vale...! Pago la luminaria del altar. ¡Vale...! Corro con el dispendio de la comida. ¡Vale...! ¡Ahora quieres... Alto! —digo—. ¿Te parece que estoy para llamar la atención por las calles? ¿Estás en la luna, tita? ¡Uf! Yo no he prometido nada.

Al escuchar la contestación, bajé la cabeza sin ganas de añadir ni una palabra, porque sé que las obras piadosas que no se hacen de todo corazón son incienso para el diablo; pero no pude evitar que los ojos se me humedecieran. El abuelo Mauva replicó:

—Yo tampoco he prometido nada, Saura; pero, cuando el buen trigo se encama de plano, no quiero ser la espiga vacía que se levanta enhiesta en medio del campo. Pensadlo bien, Saura. Tenéis una hija amada. La mar la quería. No negaréis que haya sido la Santísima Virgen la que os la ha protegido. Las pruebas son claras. ¿Entonces? ¿Por qué no queréis corresponder? Mirad que la Segadora dalla por mar y por tierra. Vamos, Saura, dormid y consultad con la almohada.

Mi padre se inmutó y permaneció quieto durante un rato. Después frunció de una sacudida la mejilla como si esquivara una mosca molesta, salió y cerró dando un portazo. No dijo nada en todo el día: calla que callarás y fuma que fumarás, y, en cuanto se hablaba del asunto, se evadía como un fantasma. Pero, al día siguiente, cuando nos vio a todos descalzos, con el rosario en la mano y el remo a cuestas, vino humildemente a situarse entre Pablo Ternal y yo.

—Ya la tarasca^[1] tiene las dos piernas principales que le faltaban —murmuró Vadó.

—¡En marcha! —gritó el abuelo Mauva.

¡Pobre padre! Yo lo observaba de vez en cuando por el rabillo del ojo. Al principio, andaba atolondrado y confuso como un malhechor que se ve expuesto a la vergüenza pública: no sabía dónde mirar. Pero, en la medida en que las calles por donde pasábamos se fueron llenando de gente y se sintió abochornado por tantas miradas posadas sobre él, señalado por una multitud de brazos y nombrado por un montón de bocas (cosas que tenían que resultarle punzantes y provocadoras), su espíritu, que se crecía ante las dificultades, se explayó. Y, conforme avanzábamos y más gente aparecía, más firme y entonado se iba poniendo el hombre y con más energía contestaba el rosario, dilatando su vozarrón, que, grave y ronco como el de la mar, como el de la mar se oía también desde lejos y se enseñoreaba de los rumores y del griterío.

Nuestra romería fue una fiesta en Blanes. Los mozos y mozas interrumpían el trabajo para vernos pasar. Los vecinos se asomaban a las ventanas como en días de procesión. De cada travesía, salía una masa de gente: pescadores, menestrales, hombres, mujeres,

chiquillos; un acervo de barretinas, gorras, pañuelos, sombreros viejos y mantillas blancas; de cabezas que se encaraman, de hombros que se empujan, de ojos que miran y de bocas sin rechistar.

Las comadres originaban un gran alboroto con sus exclamaciones canturreadas:

—¡Daos prisa! ¡Corred! ¡Ya vienen, ya vienen los de la *Santa Rita*!

—¡Pepitaaa, Ramonaaa...! ¿Dónde os habéis metido?

—¿Quién es aquel? ¡Ay, madre! ¡No puede ser otro! ¡Si es Pablito, el de casa Ternal, de la constelación de Escorpión!

—¡Calla, no grites, boba!

—¡Mira, mira! Aquel tan feo es Saura.

—¡Viva! ¡Sí, tiene la nariz de los Saura!

—¡Buen hombre! ¡Mira cómo le caen las lágrimas!

—¡Reina, esto enternece!

—¡Benditos de Dios! Ya naufragaban, pero la Virgen...

—¿Adónde se mete ahora este carro? ¡Atrás, atrás! ¿Queréis provocar una tragedia?

—El que va delante es de los Cadenera de Raval: el menor de la coja Oriola.

—¿Y aquella chica? ¡Malograditos pies! ¡Miradlos, si son lirios blancos, hijitas! ¡Cómo se nota que no han tenido mucho roce con la tierra desnuda!

—Nació en Rosas, pero tiene sangre de su padre.

—Es una chica de buena casta. ¿De quién se ha acordado, en los peligros, sino de la Santa Madre de los blandenses? ¡Qué gran acierto! ¡Salud, hija de Rosas! ¡Difunde, difunde la devoción del Vilar!

—¡Gloria a la Virgen del Vilar!

—¡Viva la gente de la *Santa Rita*!

Las madres levantaban en alto a sus hijos.

—¡Mirad, vecinos, mirad, qué acto de fe!

Y nosotros rezábamos y llorábamos: sí, llorábamos todos, incluso mi padre, que se había enfervorizado más que ninguno y continuamente tenía que secarse con el dorso de la mano las lágrimas, que le caían por las mejillas.

Estos acontecimientos me parecen de ayer, tan vivo guardo el recuerdo; y, no obstante, ¡cuántos años han pasado! La humilde ermita del Vilar es la misma de entonces; las sendas que llevan hasta allí son tan poéticas y solitarias como en aquel tiempo: los mismos pinos les dan sombra, olor y murmullo; los centenarios olivos no han envejecido ni una pizca más y los pájaros cantan las mismas serenatas; pero los hombres que transitaban entonces por allí, ¿dónde están? De los que hicimos la romería, grata sea a Dios, no quedamos más que Cadenera, que ya es un anciano, y yo, que en el árbol de la vida soy una hoja seca arrastrada por el viento de la eternidad, que no tardará en llevarse. El remo durará seguro más que los oferentes. Memorial de una oración, lengua muda y elocuente, dirá: *Miserere!* por nosotros cuando ya no perteneceremos a este mundo. Si alguna vez subes a la ermita, lo verás colgado en la bóveda entre lámparas y arañas, en medio de un montón de naves en miniatura que son otros tantos exvotos. El pueblo lo designa con el nombre antonomástico de *remo de treinta y cuatro*.

El ermitaño quizá te cuente una historia exagerada: tú conoces la verdadera.

[1] *Tarasca*: figura de sierpe monstruosa, con una boca muy grande, que en algunas partes se saca durante la procesión del Corpus.

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
ÍNDICE	4
A MODO DE PRESENTACIÓN	5
EL REMO DE 34	6